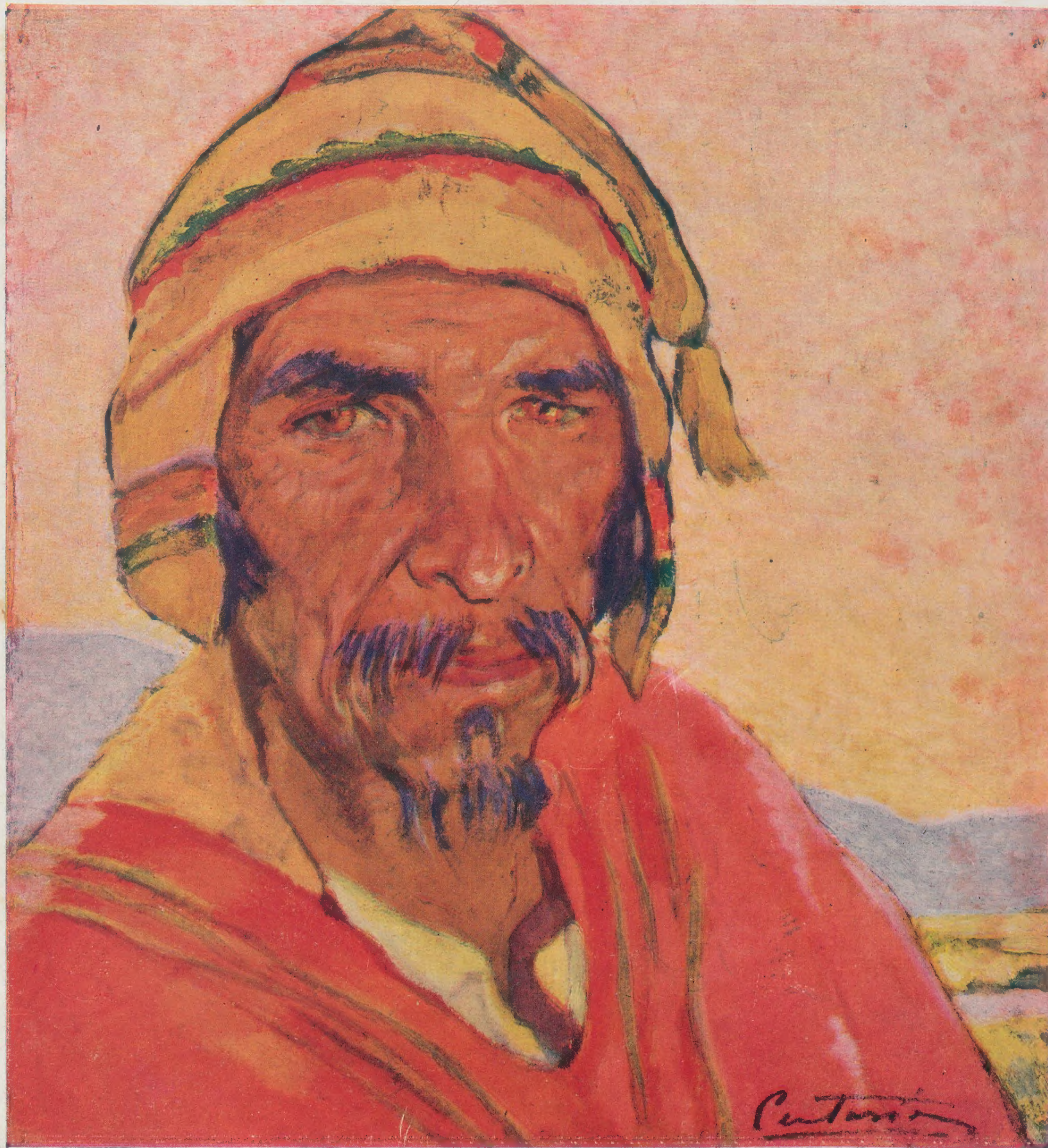
FRAY MOCHO



"INDIO PERUANO"
Gouache de CENTURIÓN

N.° 638


FÓSFOROS
MARCA
VICTORIA
RESISTENTES Á LA HUMEDAD





FRAY MOCHO

Año XIII | Buenos Aires, 15 de julio de 1924 | Núm. 638

Ecos de la celebración del aniversario de la Independencia



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, acompañado de los ministros del Poder Ejecutivo, dirigiéndose a la metropolitana para asistir al tedéum oficiado en el mencionado templo.



Las novedades del desfile militar: camiones de la Escuela de Tiro, arrastrando los arcaicos cañones Krupp, de sitio, de calibre 13 centímetros.



El regimiento 8 de infantería montada que, por primera vez, se presentó en público. El armamento de esta unidad se compone de fusil máuser y sable-bayoneta.





El regimiento de granaderos a caballo, desfilando ante la casa de gobierno.



Artillería montada.



La cabecera de la mesa en el banquete de camaradería, al cual asistieron los jefes y oficiales de la primera y segunda región militar. El acto, presidido por el primer magistrado, se llevó a efecto en la sala del teatro Coliseo.



El general de brigada, Eduardo Broquen, que mandó las fuerzas militares que tomaron parte en el desfile del 9 de julio.



Vista parcial de los comensales que asistieron al banquete de compañerismo organizado por la Sociedad de Empleados Civiles del Ministerio de Marina y realizado en el restaurant Villa.—Hicieron uso de la palabra los señores doctor Luis Vieyra, presidente de dicha asociación, el vicealmirante Juan Pablo Sáenz Valiente y el capitán de fragata Pedro S. Casal.



Con el presidente provisorio del Senado de la Nación Dr. Leopoldo Melo



Doña Rosa González, madre del Dr. Melo.



El doctor Leopoldo Melo, presidente provisorio del Senado, y presidente de la República, para el caso de acefalía.



Don Nereo Melo, oficial de Brown, padre.



Durante su estada en Estados Unidos, fotografiado al pie de las cataratas del Niágara, en compañía del doctor Felipe Espil.

Los últimos acontecimientos políticos han puesto de relieve la figura de este prestigioso hombre público, quien gentilmente se ha prestado al reportaje favoreciendo a los lectores de FRAY MOCHO con un autógrafo que define las normas que deben guiar al legislador.

El doctor Melo se ha mostrado siempre un espíritu justiciero, y así se explica el cariño que le guardan sus discípulos, el número de personas que se honran con su amistad, y los altos prestigios de que goza entre sus correligionarios políticos.

Su crédito como profesional es de los más cotizados, y como profesor de Derecho Comercial de la Facultad ha logrado que su nombre pase las fronteras por las sanas doctrinas y el alto espíritu de sus enseñanzas.

El doctor Melo desde su juventud fué un gran estudioso que se señaló a la consideración de sus condiscípulos, pues ya, en 1883, en el Colegio Nacional del Rosario, donde hizo sus primeros estudios, sacaba la más alta clasificación, y en la Facultad de Derecho, se destacó de manera tan sobresaliente, que en el año de 1891 ganaba la medalla de oro y el premio Facultad.

Toda su vida la ha consagrado al estudio, pues es un verdadero aristócrata del pensamiento, dando pruebas en toda ocasión de ser un espíritu selecto, al que sus hechos y sus obras, presentan a la consideración pública como una figura prócer.

Como político guardó siempre respeto por la Constitución y de ello dió pruebas últimamente fundando el proyecto de intervención a Córdoba, como presidente de la Comisión de Negocios Constitucionales, demostrando que en su conciencia de ciudadano no hacen mella ni banderías ni personalismos.

Tales méritos justifican, que dentro del Partido Radical, sea uno de sus más prestigiosos dirigentes en la hora actual, y que sus correligionarios le hayan elegido para ocupar el alto puesto de presidente provisorio del Senado y de presidente de la República para el caso de acefalía.

Siempre que se discuten problemas institucionales vinculados a intereses políticos, queda en evidencia el erróneo concepto difundido aún entre muchos ciudadanos, de que existe un interés político determinado por los intereses ocasionales y transitorios de la agrupación en que militan, y llamado á primar sobre los generales y permanentes de la nación y las normas constitucionales.

Buenos Aires Julio 5 de 1924.

Leop. Melo

Autógrafo.



El doctor Melo, acompañado de su esposa, doña Eufemia Cáceres de Melo, de sus hijas, señoritas María Elvira y Julia y de la señorita Luisa Raquel Alegre.



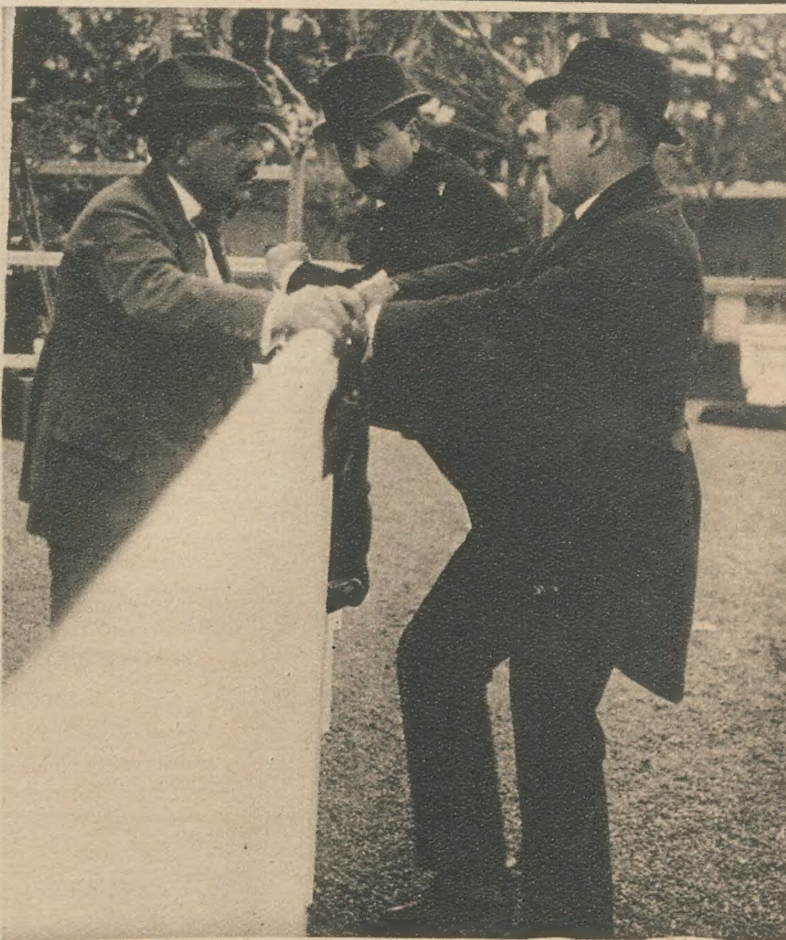
Retrato del doctor Melo, obtenido al terminar sus estudios en 1890.



Con la muerte del doctor Francisco J. Beazley, el país ha perdido un esclarecido ciudadano y uno de sus más meritorios servidores



Beazley, político. — En el comité central de la Concentración Nacional, acompañado de los señores José Vieyra y Manuel Villanueva. Fotografía obtenida en febrero de 1922.



Beazley, sportman. — En el paddock del Hipódromo Argentino, en unión de los señores Antonio Santamarina y Arturo E. Bullrich.



Entre periodistas. — El doctor Beazley, en ocasión de celebrarse uno de los aniversarios de "El Oeste", con los señores Manuel J. Aparicio, Pedro Colombo, Enrique Loncán, Ernesto Weigel Muñoz, José Luis Fernández de la Puente, Antonio Prado, Julio Noble y otros miembros de las redacciones de "La Nación" y del periódico citado. Vista sacada después del almuerzo criollo con que se festejó aquel acontecimiento periodístico.



Durante el acto del sepelio de los restos del doctor Beazley, inhumados en el cementerio de la Recoleta, y mientras el doctor Mariano de Vedia pronunciaba una sentida oración fúnebre, ante la numerosa concurrencia que acompañara al extinto a su última morada.

Comentarios

Las dos culturas y las obras de gobierno

Mientras nuestros más ilustres pedagogos y nuestros más expectables hombres de gobierno discuten desde hace años, sin arribar a nada concreto, la manera eficaz, ingeniosa y perdurable de resolver el pavoroso problema de la instrucción pública, de modo que no tengamos más doctores sin ortografía ni bachilleres enemistados con la tabla de Pitágoras, es justo reconocer que en mucho menos tiempo, y con muchísimo menos trabajo, los propagandistas de la educación física han visto coronados sus esfuerzos, al punto de ofrecer al comentario de la crónica mundial más de un motivo de alabanza.

No poseemos campeones de ciencia pura, ni ejemplares de esos atletas que anualmente ganan el premio Nobel en las pistas intelectuales de Europa. En cambio, ya contamos con catedráticos celebérrimos de boxeo, con eximios pensadores de tiro al blanco, con estupendos magísteres de polo, y no nos asiste la menor duda de que en football, en florete, en rugby y en otras nobles especialidades de análogas disciplinas, pronto estaremos en condiciones de rivalizar con los más engreídos fisicultores del viejo mundo.

La diferencia se presta a interminables comentarios. Por lo pronto, sería injusto decir que en el sentido gimnástico o atlético estábamos antes mejor preparados o predispuestos, que en la faz intelectual. Nadie ignora que hace apenas un cuarto de siglo, era tema obligado para cualquier crítico de costumbres juveniles argentinas la consabida lamentación acerca de la escasísima simpatía de nuestros muchachos por el deporte o los ejercicios físicos. A lo sumo, las carreras, por el lado de la jugarreta, y el baile, por el de la galantería, lograban rivalizar con las aficiones noctámbulas y las jiras en patota hacia los cafés pecaminosos o los centros de diversión desconocidos de los cronistas sociales. Al revés, el famoso asunto de si había demasiados doctores, o de cómo podría obtenerse una generación de hombres prácticos, más peritos en lides comerciales que en aficiones a la empleomanía, estaba siempre sobre el tapete. Los ministros y el público vivían en una perpetua zozobra del exceso de sabios con que amenazaba el porvenir, y toda precaución era poca para defender a los padres de familia de la tentación de la Universidad para sus vástagos delicados y enfermos de intelectualismo...

Para comprender el fenómeno, bastaría quizá caer en la cuenta de la distinta suma de efectivo entusiasmo, de verdadera sinceridad, con que en una y otra esfera de acción han actuado todos los factores. Para sobresalir en el ring o en el stand o en el field, es indispensable no sólo una vocación firme, sino una voluntad a toda prueba. El ánimo flojo, la desigualdad del esfuerzo, la inconstancia, el desamor, en una palabra, al género de actividad elegido, jamás conducirán a un éxito, ni siquiera mediano. Basta enterarse de los antecedentes deportivos de un Firpo, de un Rico, o de los Nelson, Miles y Padilla de las últimas proezas de polo, para deducir la lógica cerrada de sus respectivas carreras. Desde los primeros pasos de estos jóvenes deportistas que hoy son merecidas celebridades, pudo predecírseles el triunfo a que ahora asistimos llenos de regocijo.

No es posible, desgraciadamente, comprobar en el otro campo muchos ejemplos de idéntica consagración. Ni en la enseñanza secundaria, ni en la Universidad, sea dicho con todo respeto, puede observarse aquel ambiente de estímulo, de esfuerzo vibrante y continuo que cualquiera echa de ver en los centros de cultura física. El país necesita muchos Firpos en la cátedra, en el Congreso, en la Casa de Gobierno, en el teatro nacional, en todas las tribunas de donde deben irradiar la luz del saber y del acierto para la prosperidad de la nación, y en tanto, para un ministro que presenta fantásticos planes financieros y dos diputados que discuten por deber político más que por convicción técnica, hay centenares de hombres públicos que no saben una palabra del asunto...

EL EQUILIBRISTA EN PELIGRO



Molina. — ¡Qué susto me ha dado ese maldito gato; a poco pierdo el equilibrio!

Un nuevo deporte

—Vengo de balconear un reñido partido de palo.

—¿De polo, dirás?

—No, che; de palo.

—¡Palo?... ¿Y eso?

—Es un nuevo deporte. Y está de moda, che.

—¿Cómo se juega?

—El palo tiene cierto aire de familia con el polo, pero se juega sin petisos. Veamos cómo se juega. Ante todo, hay que madrugar y residir en los pueblos suburbanos de las líneas del F. C. C. A.

—¿Subo en San Fernando?

—O en Villa Ballester o en Florida, que lo mismo da para el deporte en cuestión. En el palo, hay dos categorías: 1.ª y 2.ª clase. La última es la más brava y la que invariablemente se apunta con el "score" más abultado. ¿Te vas dando cuenta?

—¡Avanti, che!

—Arrancas de Villa Ballester, y antes de llegar a Parque 3 de Febrero, el tren marcha con atraso, imputable a la neblina y a que hay que entrar con precaución en las estaciones, para no pasarse de éstas al poner los frenos en juego.

—Desde luego que se debe cuidar el detalle del pellejo de los pasajeros.

—¡Claro, pues! Pero el respetable público protesta por el atraso. Y se inicia el partido de palo, con una ofensiva formidable. El bastón de un pasajero de 1.ª clase o el martillo de un obrero que viaja de 2.ª clase, hace las veces de mallete de polo, y... ¡pum!, el primer goal que se traduce en la rotura del vidrio de una ventanilla.

—¡Qué manera de abrir el "score"!

—Los goals se suceden y los arcos de las ventanillas quedan huérfanos de los vidrios. Al llegar al quinto "chukker", los pasajeros más revoltosos, pelan los cortaplumas y la emprenden a tajos con el cuero de los asientos.

—¡"Barbijo", de punta a punta!

—Con la llegada del tren a Retiro como si hubiera atravesado la línea de fuego en la batalla del Marne, y con el silbato de un vigilante de la comisaría de Puerto Nuevo, termina el partido de palo. A veces, la policía consigue detener a los bochincheros más denodados y los pasa a la sombra, pero invariablemente, el jefe de tráfico, que es inglés, al elevar a la gerencia el "score" de los daños, agrega en el "cabin" de las observaciones: "Argentine todavía muche South América."

SE SALVÓ LA PATRIA



—¿Usted no ara?
—¿Para qué? Tengo segura la cosecha. Firpo ha prometido vencer en Norte América.

La pornografía cunde

Existía una Comisión de caballeros, que la Intendencia creyó oportuno formar, en defensa de la moralidad pública.

Cuando se presentó el feo asunto de "La Garçonne", por unanimidad resolvió la referida Comisión, eliminar como a un bicho venenoso la desgraciada obra de Víctor Margueritte. Pero el Concejo Deliberante, autorizó su difusión.

Desde entonces la población está indefensa y el comercio indecente se multiplica en forma alarmante. Ya no es el libro pornográfico, ni la revista cuyo ejemplar llega hasta las mismas escuelas, como lo hemos visto. Las vidrieras de nuestras calles centrales, cúbrense de fotografías y reproducciones de dibujos en un comercio libre e indigno, ostentando su insolente procacidad.

Ya que la Municipalidad o sus inspectores, no quieren apercibir el gran mal y cierran los ojos, ante el desagradable y perverso espectáculo que nos ofrecen mercaderes sin conciencia, debiera adoptarse una medida privada y extrema, para defender a los niños de la corrupción que cunde.

No es posible soportar por más tiempo una situación, que venimos señalando con nuestra continua protesta, como un daño gravísimo, cuyas proyecciones no calculan nuestras autoridades, en una indiferencia peligrosa y culpable.

El uniforme

Aparte de que el pañuelo que a su cuello anudan hoy todas las niñas de Buenos Aires, les da el aspecto lastimoso de un enfermo, que puede hallarse atacado desde el mal grave hasta el ridículo forúnculo, su tono rojo subido, en contraste con el obscuro "tailleur", recuerda el traje demasiado vistoso de ciertas muchachas humildes de París.

Trátase de una moda inexplicable — que tiene sus atingencias con el tango. Es el suburbio, que lo está arrollando todo, y que llega, aunque sólo con un gesto, a los salones y hasta los mismos hogares. No somos moralistas empedernidos. Pero deseamos la eliminación del pañuelo, aunque más no fuera que en beneficio de la belleza y de la gracia.



UNA AVENTURA

Pasó indecisa mirando el nombre de la calle. Sus pasos menudos y graciosos tenían algo del aleteo de las mariposas. A poco se volvió desandando el camino.

La penumbra, iba envolviendo en sombras el ambiente. En la acera solitaria no estaba más que Armando, que con interés observaba la vacilación de la mujer.

Ella, se detuvo cerca suyo. Sus ojos interrogaron nuevamente el nombre de la calle.

Entonces Armando, se permitió hablarla.

—¿Busca usted alguna calle señorita?

Esta vaciló un segundo. Luego dijo ruborosa:

—Sí, señor. Salgo tan poco, que las calles de la ciudad me son casi desconocidas.

—Si usted me permitiera...

Ella lo miró con recelo.

—Me llamo Armando Laguirre para servirle—dijo descubriéndose.

Con una ojeada, la mujercita reparó en la elegancia de su traje, el brillante de su corbata y el zafiro de su anillo ajustado en el dedo meñique. Y en seguida, volvió a esconder sus ojos, tras las sombras de sus largas pestañas. Al fin, le dijo:

—Mi hermano me envió a esta calle y este número. Extrajo de su bolsa de seda un papel, y se lo extendió.

—¡Ah!—exclamó Armando al leer la dirección—Pues si sólo dista cuatro cuadras del lugar donde nos encontramos. Mire usted. Tres cuadras derecho y una para el norte. Yo la acompañaré.

La mujer dudó unos minutos. Al fin se resolvió a caminar.

—¿Vive usted muy lejos?

—No, señor.

Continuaron conversando.

Frente a una casa de discreto aspecto, se detuvieron.

Armando exclamó sincero:

—¿Ya hemos llegado? Y como la joven no respondiera, insinuó con cierta timidez: ¿Nos podríamos ver otra vez?

Ella ocultó más sus ojos tras las sombras protectoras de sus largas pestañas.

—Acepte entonces mi tarjeta. Tendría sumo placer en verla nuevamente a cualquier hora y en cualquier parte.

La mujercita tomó temblorosa la tarjeta, y sin extenderle la mano, desapareció rápidamente tras la puerta de la casa.

....

Dos meses después, Armando se paseaba febril en su departamento de soltero. El ambiente de esas habitaciones, adornadas con el lujo de los altares profanos, estaba saturado por el incienso perfumado que un pebetero oriental esparcía desde un rincón. El "chaise longue" lleno de cojines de toda clase, invitaba a reposar en una dulce embriaguez de amor.

Armando esperaba esa tarde a la mujer que un día encontrara extraviada en una calle de la ciudad. Sus ojos, a los que tan bien defendían, la malla de sus pestañas, habíanse llenado de lágrimas y de dulces expresiones al vibrar en su corazón, el amor que Armando supo inspirarle.

Cada hora que pasaba, cada día que transcurría, era una flor más que se agregaba al humilde rosal de sus amores. Y Armando, orgulloso de poseer el corazón de esa virgencita, se sentía íntimamente halagado.

Un día, en la penumbra de un cine, habíale dicho:

—¿Me quieres mucho Magdalena?

—¿Y lo dudas?—exclamó ella con los ojos húmedos por las lágrimas que la emoción ponía en ellos.

—¿Y si algún día yo te pidiera?...

—Pide...—contestó. Esta vez, sus ojos no rehuyeron los ojos del hombre. Su voz adquirió tal firmeza, que Armando se consideró seguro de su triunfo. Pero hombre de mundo, a quien las aventuras galantes habían dejado un poco de hastío en los ojos, y otro de desencanto en el alma, prolongó todo cuanto pudo aquella cita suprema, mediante la cual, Magdalena sería suya para siempre.

Hasta que una tarde él la dijo:

—Mañana te espero en mi departamento. ¡Estaremos solos! ¿Comprendes lo que significa esta palabra para nosotros? ¡Solos! Hablaremos de muchas cosas. Nos daremos muchos besos...

—Mañana... ¡oh! No me será posible, Armando. Bien sabes que mi hermano me tiene enclaustrada casi. Pasado... si te parece... podré ir.

—Bien. Pasado mañana entonces.

Al final de la sección, ella se despidió como siempre dentro del recinto.

—Quisiera acompañarte una vez, Magdalena...

—¡No! ¡Por Dios! ¡Si mi hermano me viera!

Sus ojos temerosos, dirigieron una mirada a la concurrencia.

Armando tuvo piedad por ella. Sabía que vivía con un hermano malvado, que la castigaba por cualquier insignificancia. Y ésto, para su corazón sensible, era una tortura. Recordaba que una tarde, dentro de un palco, ella se echó a llorar.

—Magda... ¿qué tienes?

No podía responder. Los sollozos le ahogaban.

—¿Pero por qué lloras? Acaso tu hermano...

Por toda respuesta, le enseñó su brazo en el que Armando vió una herida.

—¡Oh!

—Porque el otro día que te vi llegué tarde, me arrojó un cuchillo y... El hombre, en ese instante, sintió que todas las fibras de su corazón, se sensibilizaban. ¡Pobrecita! ¡Los martirios que sufriría en su casa bajo las garras de ese hombre desalmado!

Tomó el brazo y se lo besó con cariño, mientras una idea germinó en su cerebro. ¿Y si se la arrebatara para siempre? ¿Y si se casara con ella?

Se fué un minuto que se esfumó entre los velos que cubría su decepción. ¿Casarse? ¿Quién pensaba en semejante locura? Ligar su vida a otra, perder su libertad, su idiosincrasia de hombre mundano... conformarse con una sola mujer... ¡qué necio pensamiento!

Y ahora, frente a ella, en esa tarde de primavera en cuya luminosidad, parecían esparcirse los sueños de todas las almas juveniles, sentía que aquella idea, volvía a su mente, cargada de perfumes y de tibiezas de nido.

Magdalena le interrumpió en sus pensamientos.

—Bueno... entonces será hasta pasado mañana.

—Sí, a las cuatro. No tardes querida.

Y a esa hora, el día señalado, la aguardaba impaciente.

Al fin, unos golpes nerviosos le hicieron correr hacia la puerta. Magdalena se precipitó dentro de la casa.

—¡Cierra! ¡Cierra!

Armando obedeció.

—¡El... me persigue... estoy segura!

—Pero querida... cálmate... Ven... La llevó dentro de la sala con el deseo de hacerla tomar asiento, pero la joven se acercó a la ventana.

Armando se unió a ella.

—No... parece que no hay nadie... ¿verdad?

En efecto. La calle estaba solitaria. A lo lejos, un auto avanzaba velozmente. Nada más...

Ella entonces, cayó sobre el "chaise longue" sollozando.

—¡Mi pobrecita! ¡Y todo ésto lo haces por mí!. Se arrodilló besando con un amor que tenía mucho de santo, las manitas enguantadas.

—Armando... necesito confiarte un secreto, algo que jamás quise decirte porque la ilusión de este cariño que había nacido entre pétalos blancos, me obligó a callar.

—Un secreto... ¿tú? ¡Dilo!

—Armando... ¡Soy casada!

El se levantó asombrado. Sus ojos de continuo lánguidos y adormilados, se llenaron de luces.

De "Los poemas de la montaña"

I

Neblina montañesa

Oh!, bajo la neblina la montaña semeja
un ensueño que surge, se agiganta y se aleja.
En las lomas distantes, que se yerguen mimosas,
hay mil formas inciertas, transparentes y unciosas...
El ambiente deslíe sus finísimos tules,
que de blancos se tornan poco a poco en azules.
En el límite augusto del gran templo de oriente,
hecho rosa de fuego, vuelca el sol su torrente.
Y hay mil luchas sangrientas, sudorosas y raras
por quebrar los celajes de las cumbres preclaras...
Por fin viene un momento indeciso y extraño
en que todo el ambiente se hace tosco y huraño...
Y cual surge del fondo misterioso del alma
la visión transcendente que las penas ensalma,
al fluir de una suave claridad montañesa
se iluminan las cimas como flor de belleza!

II

El villorrio

Hay un rumor de vida junto a las alquerías
que están cabe los valles, frente a las serranías.
A la vera, jugando, los arroyos murmuran
su canción matinal.
En las aguas fulguran,
cual difusas serpientes, los caireles de plata,
que entre frondas y arpegios el buen sol desbarata.
Luego viene el contento de los largos caminos,
por donde van los bueyes pausados y cansinos,
mientras las alamedas de acacias y de arabias
nos dan las remembranzas de mil lecturas sabias.
En seguida se extienden los fecundos viñedos,
como glorias agrestes de laboriosos credos,
y en las largas ringleras de los troncos opimos
se insinúa el portento de los negros racimos...
El poblado está lejos, enclavado entre huertos,
para gloria de afanes y de esfuerzos despiertos.
En el centro la quieta placita soleada,
como dulce refugio de gente enamorada.
Y al calor de unos plátanos, silenciosa y pequeña,
se destaca la iglesia de la fe lugareña...
A lo lejos se abate, rumoroso y potente,
el caudal del gran río.
Como torvo torrente,
cuanto encuentra a su paso resquebraja y azota.
Es el amo del pueblo.
A la gente alborota
con su enojo sañudo.
Y el buen criollo del pago
cuenta de él mil historias de dolor y de estrago!...

Ricardo Tudela

Mendoza, 1924.



—¡Perdóname! ¡Perdóname! Se retorcía las manos, presa de una desesperación grandiosa. No me condenes... sin antes oírme. Me casé a los veinte años.

Sola, sin padres, sin parientes cercanos, no hallé otra resolución que definiera la incertidumbre de mi destino. Y desde ese día llevo una cruz tan pesada, que mis espaldas se doblan, y mi corazón, no puede más!

Algo más calmada prosiguió:

—¡Es un canalla! Cuando se cansó de mí, me insinuó la idea de trabar relaciones con hombres de dinero. Y para tal efecto, llevaba a casa individuos cargados de brillantes, entre cuyas luces, debía quemar las alas de mi virtud. Y como me negué rotundamente a ello, me martirizó en toda forma. Y sigue haciéndolo aún. Mira ésto... me lo hizo con un trozo de leña ardiendo... Se desprendió el vestido. Sobre el pecho, una mancha roja se destacaba como una rosa encima de la nieve.

Pasado el primer momento de estupor, Armando se postró vencido por la piedad.

—¡Mi santa! ¡Mi pobrecita! ¡Te quiero más que nunca! ¿Pero por qué me lo ocultaste? Te hubiera llevado lejos, muy lejos, y hubiéramos sido felices...

Comenzó a besarla amorosamente primero, con deseo después. La conquista tenía otros incentivos para Armando. Y eso contribuyó a disipar la ingrata revelación.

Habían pasado apenas media hora durante la cual, las dos vidas se unieron en un mismo beso, ardiente y amoroso, cuando se sintió un violento golpe en la puerta.

—¿Has oído?—susurró ella temblando.

—Sí—respondió Armando.—Iré a ver...

Pero no tuvo tiempo de levantarse porque una figura tosca, se presentó en el marco de la puerta blandiendo un revólver.

—¡Mi marido!—gritó horrorizada.

—¡Canalla! ¡Así te quería encontrar!

Armando comprendió que estaban perdidos. Frente a ese hombre ofuscado por los celos, ¿qué resistencia podría oponer? Pero rápidamente recuperó su sangre fría. Además, su espíritu gastado, no podía sostener por mucho tiempo, la violencia de las grandes sensaciones.

—¡Hipócrita!—rugió el hombre.—¡Y después clamabas tu honradez! Espera... primero tú y después él...

—Armando... gritó la voz de Magdalena, cubriéndose con las colchas.

—Vamos—dijo Armando dirigiéndose al hombre. Lo que le ofusca, es el hecho de que su mujer me haya querido a mí y no a los individuos que usted le ofreció. ¿No es eso? Veamos... ¿con cuánto se puede arreglar esto?

—¿Con cuánto?—dijo el hombre en cuyos ojos, se reflejó la codicia.

—Sí.

—¡Con veinte mil pesos!

—¡Veinte mil!—exclamó el amante sorprendido.

—Veinte mil, sí. Ni un centavo menos.

—¡Es usted un canalla!

—¡Y usted un seductor que gusta que la mujer no le cueste nada!

—¿Eh?

—Y ahora mismo, primero a ella...—exclamó volviendo a apuntar con el revólver.

—¡Por Dios Armando!—gritó Magdalena aterrorizada abrazándose a él.

Al oír esa voz desesperada, Armando se decidió.

—Sea. Le extenderé un cheque porque ese dinero no lo tengo en casa.

—¡No, quiero la plata!—exclamó brutal.

—No la tengo en efectivo... pero si usted quiere, pueden descontarle ese cheque en el club que concurro.

—Bien... Largue ese cheque.

Armando saltó del lecho, y poniéndose una "robre de chambre" se dirigió a una mesita y firmó el cheque. Luego se lo tiró.

—Tome usted. Ahí va esto. ¡Y acuérdese que ya no tiene mujer! Magdalena es mía.

El hombre tomó el cheque, leyó la cantidad y luego guardó el revólver.

—¡Gracias... y que le aproveche ese confite!

Luégo desapareció cerrando con brusquedad la puerta de calle.

Breves momentos después, Armando trataba de volver en sí a Magdalena.

Cuando lo consiguió, la dijo:

—¡Ahora eres mía! Nadie tendrá derecho a maltratarte...

—¡Armando! ¡Qué bueno eres! No merezco tanto...

—¡Calla! ¡No seas tonta! Te quiero y me siento feliz! Verás qué vida de amor y de dulzura se iniciará desde este día. Ni una sombra, ni una lágrima. Esta casa, será nuestro nido de amor.

—¡Oh! No es posible quedarse en Buenos Aires... Viviría intranquila... ¡Mira, Armando... llévame lejos esta misma noche! Nos iremos a Montevideo... ¿Quieres? Tú irás a tu casa a despedirte de los tuyos y a preparar tus cosas. Y en seguida, me vienes a buscar.

Después de muchas vacilaciones, Armando concluyó por aceptar.

Se despidió con un beso, y dentro de un auto, se trasladó a su casa.

En el "hall" su amigo Ernesto le aguardaba.

—¡Hombre! ¿Eres tú? ¿Qué habías hecho? Seis meses ausente de Buenos Aires...

Se abrazaron.

—¡En qué momentos vienes! Parto esta noche para Montevideo. No tengo más tiempo que el de arreglar mis valijas y despedirme de mi madre.

—¿Pero... qué tanto apuro? Siéntate unos minutos Armando. Necesito contarte el motivo que originó mi ausencia.

Armando satisfizo su deseo, aunque algo nervioso e impaciente.

—Huí de Buenos Aires, por un fracaso amoroso, una decepción inmensa que una aventurera me infirió.

—¿Una aventurera?

—Te extraña que una mujer de esa clase haya arrojado la más cruel decepción sobre mi vida... Pero cuando me oigas, lo admitirás. La conocí en una tarde de lluvia. Era hermosa y gentil. ¡Qué formas! ¡Qué gracia en su paso! Era tan pudorosa, que hasta tenía miedo de ofenderla inconscientemente. Pasó el tiempo y sucedió lo que debía suceder entre dos almas enamoradas. Una tarde en mi "garçonnière" me confesó llorando que era casada y que su esposo quería obligarla a venderse a otros hombres. Y como ella se resistía, la castigaba cruelmente.

Armando lo escuchaba ansioso.

—Sigue...

—Una tarde, se presentó el marido revólver en mano amenazando matarnos. ¡Imagínate qué situación! Por fortuna, recordé que repetidas veces la mujer me había dicho que su esposo era un hombre que por dinero, sería capaz de vender a su propia madre. Y se lo ofrecí. Pidió diez mil pesos y...

—¿Se lo diste?

—¡Qué otra cosa iba a hacer! Pero esto nada hu-

biera implicado. Sabes que soy rico y ese dinero no me afectará. Lo que sucedió después...

—¡Habla! —exclamó Armando jadeante.

—A la noche, cuando regreso a mi departamento, la paloma había volado con todos los vestidos, y todas las cosas de más valor...

Armando lo miró con ojos aterrados.

—¡Ella! ¿Cómo era?

—Regularmente alta, de ojos obscuros y largas pestañas...

—¡Ah!

—¿Pero qué te pasa?

—Que recién... acaba de pasarme algo parecido... Pero no... sería horroroso... ¡No puede ser! Ella tan buena... tan sufrida... La he visto llorar...

—No comprendo...—decía Ernesto asombrado.

—¡Ven... acompáñame!

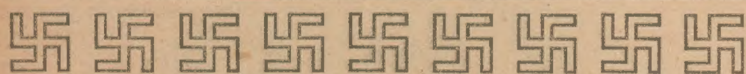
Tomaron un auto y breves momentos después, penetraron a la casa. Estaba sola. Magdalena se había ido. Y con ella, las mejores joyas de arte que con cuidado, había conservado en la salita.

—¡Ella! ¡Ella! —cayó sobre el "chaise longue" con la cabeza oculta entre las manos.

—Es la misma... ¡Canalla! —exclamó Ernesto comprendiendo. —Pero levanta ese espíritu y no te desesperes. Esta aventura no te ha costado mucho... veinte mil pesos...

—¡Y el corazón!—exclamó Armando en un sollozo.

Sofía Estudofa



LA TELEFONÍA SIN HILOS

(Como una curiosidad, reproducimos el siguiente suelto, referente a la telefonía sin hilos, publicado hace 20 años)

"La última maravilla científica"

"Cuando el eminente hombre de ciencia norteamericano, Graham Bell, consiguió tras numerosos experimentos que llegase su voz desde uno a otro aposento de su casa por medio del teléfono, todo el mundo se hizo lenguas de la importancia del descubrimiento. Hoy no hay quien ignore los progresos hechos por la industria telefónica durante la pasada generación, pero desde que se ha perfeccionado la telegrafía sin hilos, parece que el teléfono ha sido relegado a segundo término, considerándole demasiado sencillo.

El vulgo ha empezado a comprender el sistema de la telegrafía sin hilos y sabe que una descarga eléctrica producida en un punto determinado comunica ciertas ondulaciones a las ondas etéreas, las cuales son reproducidas a cientos de kilómetros de distancia en forma de signos convencionales. El hecho es maravilloso, sin duda alguna, pero no tiene comparación con el de que dos personas puedan conversar separadas por muchos cientos de metros sin hilo alguno intermediario y sin utilizar la tierra como conductor. Esto que casi sobrepuja los límites de la imaginación humana es una realidad, y de ella vamos a comunicar algunos detalles interesantes dados por M. Maiche, el inventor, a un periodista que fué a visitarle en su villa de Saint Germain, no lejos de París.

El sistema de la telefonía sin hilos es sencillísimo. En una mesilla colocada en el ángulo del jardín más distante de la casa—dice el periodista—veíase un aparato telefónico puesto en comunicación con las baterías de timbres pequeñas y de forma corriente, un carrete de inducción inventado por M. Maiche, y una especie de armadura de hilo de cobre aislado por la que pasa la corriente de las baterías. En el despacho del inventor había otra instalación semejante colocada en el punto más distante de la primera, de suerte que entre ambas mediaban varios tabiques y muros de bastante grueso, y sin embargo, poniéndose al oído el receptor de un aparato se oía perfectamente lo que se hablaba junto al otro.

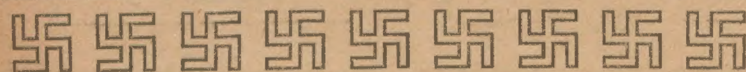
Las vibraciones así transmitidas a través del espacio tienen que ser necesariamente débiles, pero se perciben con perfecta claridad, mejor que en el teléfono ordinario y producen la ilusión de que está al lado de la persona que habla.

"Respecto del origen de mi invento—dijo M. Maiche:—en Saint Germain hace cinco años, y posteriormente en Chateau de Marchais, efectué varias series de experimentos con la telegrafía y la telefonía sin hilos utilizando la tierra como conductor, pero no fueron completamente satisfactorios los resultados, aun cuando logré establecer comunicación entre distancias de tres kilómetros.

Un año después establecí comunicación telefónica sin hilos entre Tolón (Francia) y Ajaccio (Córcega) a una distancia de más de trescientos kilómetros utilizando el mar para la transmisión de las ondas eléctricas. Inútil me parece advertir que mi invento está en embrión porque es muy restringida la distancia que alcanzan mis instrumentos, si bien es de tener en cuenta que éstos son muy primitivos y que pueden ser muy mejorados."

Las ventajas del descubrimiento son innumerables; una de ellas será la de poder sostener comunicación con un submarino a cualquier distancia bajo el agua, cosa que hasta aquí es casi imposible ni con el teléfono ordinario ni con el telégrafo con hilos y sin ellos. El teléfono sin hilos salva todas las dificultades; y en tiempo de guerra naval prestará grandes servicios y se evitará el que, como ya ha ocurrido, un submarino eche a pique un crucero de su propio país.

M. Maiche espera que no pasará mucho tiempo sin que la telefonía sin hilos sea un rival terrible de su hermana mayor la telegrafía sin alambres, que ahora impera."



LA AMARRA

Por

CARLOS AURELIANO MIRANDA

—Alguna vez tenía que disentir contigo—articuló Arsenia, detenida en el vano de la puerta.

—Lo sensible sería que no hubieses jamás pensado en disentir...—contestóle Artemio sin dejar de seguir hojeando aquel álbum que acababa de recibir.

—¿De manera que poco te da?—Repúsole ella, avanzando hacia el centro de la sala.—Está bueno...—agregó con un dejo en la voz un tanto displicente, mientras contorneando la cola de su vestido sobre la opulenta comba, dejábase caer en el muelle arrobo de un encantador sofá...

—No es que poco me dé; es que hay algo que es violento para el espíritu de todo artista...

—¿El qué?

—Llegar a la convicción de que una mujer se nos adhiere como un molusco a la concha.

—¿Entonces... hemos hecho un camino en vano?

—No; tú tienes un poco de encanto en medio de ese sensualismo que te asedia. El es algo así como la aureola que el destino ha puesto sobre tu vida. Tienes y proyectas, esa ansia de vivir que me suele subyugar... ¡Qué más quieres!... Sólo que eres mala...

—¿De veras?

—Sí, eres demasiado obsecuente y la excesiva obsecuencia tiene la virtud de pervertir el gusto.

—En este caso, estamos a la recíproca...

—En efecto. Por eso nuestras horas se resumen en un prosaísmo que sofoca.

—¿Te aburres de estar a mi lado?—repuso Arsenia mientras su cara se ocultaba entre sus manos como en una enajenación intimista.

—No me aburro; lo que sí te hubiese convenido guardar cierta distancia. Así tendrías en este hombre un verdadero admirador.

—¿Un verdadero admirador y nada más?

—Precisamente, para renovar en el espíritu un deseo de posesión, hay que hacerse interesante...

—¡Te quiero mucho... mucho, sí!

—No lo dudo; pero es necesario que convengas en que ni puedo ser todo para ti: el arte tiene en mi espíritu un ascendiente superior a otras formas de vida.

—Lo hubieses visto antes; ahora tú, nada más que tú eres la fuerza que me atrae... Puedes despreciarme, puedes arrojarme de tu lado...

—¡Oh, no! Jamás podría hacerlo...

—Y aúnque lo hicieras, yo me quedaría a tu lado, para servirte ya que no para vivir en la intimidad de tu vida...

—¡Nunca, nunca lo podría!

—Y aunque lo hicieras, yo te seguiría... ¡Estoy demasiado identificada a tu destino, como la sombra que proyecta un cuerpo!...

—No tendría valor para tanto... Sería menester que fuera otro...

—Y aunque lo hicieras, yo te seguiría... Tú eres como una fuerza ciega, algo así como una vorágine de amor y locura... ¡Yo te quiero mucho, sí, mucho!...

—Eres una apasionada...

—No sé lo que soy; sé únicamente que te amo, que muchas veces, ante tu indiferencia, hubiese querido alejarme de tu lado, arrancarte de mi corazón... Sí, arrancarte para siempre; pero no puedo. Te quiero mucho y por ese cariño, he arrojado mi cuerpo, mi dignidad de mujer a la piara de tus pasiones...

Habíase incorporado y aproximado hacia Artemio que, con la vista baja y las manos metidas en los bolsillos de un exótico "robe de chambre", parecía ensimismado.

—¡Ahora empiezo a quererte!—repuso él levantando la vista y yendo hacia ella que lo miraba como arrobada en la emoción de la victoria intuída.

—¿Ahora, recién?

—Sí, recién, acabas de revelarme tu contenido. Nunca te había sentido con la intensidad de estos instantes... Ahora sé que tienes corazón, que eres capaz de sentir... Has creado un estado de belleza a través de la materialidad que nos acecha.

—Así es como te amo...

—¡Yo también!... ¡Yo también!

Los brazos de Arsenia, a manera de un dogal, se habían extendido alrededor del cuello de Artemio. Sus labios se confundieron en un ósculo hondo como en el instante en que vivían.

Un árbol milenario en el Estado de Louisiana

La quinta cosa viviente más antigua del mundo, y la tercera de América, es un inmenso ciprés que existe en el Estado de Louisiana.

Los entendidos en la materia se inclinan a creer que dicho árbol tiene más de dos mil quinientos años. Existía ya cuando Nabucodonosor entró en Jerusalén; tenía ya seis siglos cuando Jesucristo vino al mundo, y más de dos mil años cuando Cristóbal Colón descubrió América.

El árbol en referencia pertenece al millonario William Edenborn, propietario también de uno de los edificios comerciales de importancia en New Orleans, el llamado "Title Guarantee Building" y de las líneas de ferrocarril que llevan su propio nombre.

Mr. Edenborn conserva el milenario ciprés con toda la atención posible y no consentiría, bajo ningún concepto, en derribarlo, no obstante la considerable cantidad de madera que podría obtenerse.

A propósito de árboles milenarios se recuerdan el Boabab, del Senegal, que cuenta la friolera de cuatro mil años; el llamado "Redwoodtree", de California, y el "Dragón", de Tenerife, cuentan aproximadamente la misma edad que el árbol de Senegal.

En cuanto al famoso ciprés de Méjico, se supone que su edad no es menor que la insignificancia de seis mil años.

Cada año consume la población de los Estados Unidos, fósforos por un valor de doce millones de pesos papel argentino.

LA PRIMERA ESCUELA, por Pastor S. OBLIGADO

I

Regresábamos ciceroneando por los rincones de la ciudad al ilustrado literato que una de las repúblicas hermanas acaba de enviarnos como su digno representante, cuando, deteniéndose frente al número 463, en la antigua calle de Representantes, dijo:

—¿Qué significa este rezago o anacronismo en barrio tan modernizado? ¿Cómo ha quedado olvidada fachada de tan mala facha, vis-a-vis a esas hermosas vitrinas? Veo al través de sus amplios cristales los últimos perfeccionamientos en máquinas, que, abriendo esta tierra fecunda, tornan en ricos propietarios a los inmigrantes de la víspera. Momia mejicana semejante, numerosas parientas tiene en Quito.

—Más inmediato es el contraste—contesté,—al fijarse que su vetusto frontispicio triangular soporta el tenue alambre que ilumina la ciudad y sus vejeces.

Y como siguiera el galante huésped elogiando edificios de escuelas y métodos de enseñanza, en educación popular tan desarrollada, agregué:

—No siempre tuvimos palacios de la Cartilla, ni cómodos edificios para su majestad la infancia en esta república que ya cuenta cinco millones de soberanos. Precisamente, resto es de primera escuela, y no por esto, sino por haber sido típica en su época, ya que nos sale al paso, referiré algo de lo que aquí pasaba en luengos años. Tomando pie de la observación del diplomático, grato fué recordar escenas de un pasado que se va!...



II

Desde cien años atrás pertenecen a las antiguas familias de Arana y Alzaga esos solares, cuyos elevadísimos muros se tocan en martillo por sus fondos y adosados al último este otro de sus mismas dimensiones (diecisiete y media varas de frente por sesenta de fondo), sobre el que no menos tiempo ha se levanta el edificio, próximo a demoler su progresista propietario el joven Alzaga.

Su saliente balconcito, contemporáneo del de Rivadavia, que le acaba de mostrar (Defensa 453), no se ha derrumbado, porque, cuando su primitiva puerta, coetánea de la número 553, en la cuadra siguiente (cuna y tumba del cantor de la patria) y de la más anciana (Defensa 153), cuando en años mayores tuvo familia, abriéndose para dar paso a otras más jóvenes y modernas, se le agregó tabique de refuerzo.

Desde el año 1840 a 1860 leíase sobre el pintarrajeado frente verde cotorra, en tablero color de sangre, como postes, puertas y ventanas de la época: "Escuelas de Niñas y Niños". Allí las hermanas Rodríguez ejercían el cristiano precepto de enseñar al que no sabe. ¡Cuán dignas son de la gratitud de dos generaciones, cuyos primeros pasos encaminaron con tesón, cultivando inteligencias infantiles, enseñando en época que nadie enseñaba; desde la Escuela de Huérfanas a la Universidad, todo centro cerrado, o entornado, por la férrea mano del tirano.

Las señoritas Rodríguez (Misia Margarita, Inés y Eulogia), virtuosas e instruídas hermanas, ligadas por el triple vínculo de la sangre, de la vocación y de la caridad, rodeando la madre anciana porque se desvelaban, pertenecieron al numeroso batallón de las olvidadas, no obstante ser dignas del mejor recuerdo y del aplauso que alienta a sus colegas. Verdaderas hermanas de la caridad social, si blancas tocas no cubrían sus cabezas, blancas almas reflejaban en todos los movimientos de su vida, consagrada por entero a la educación. Con paciencia incansable, todos los días del año, y por muchos años, desde la hora matinal hasta la tarde, consumieron su salud y su vida, inclinadas sobre el grupo de cabecitas doradas, cuyos rulos de oro caían sombreando sonrosadas mejillas, semejando cada grupo desbordante canastillo de flores animadas. Ellas alentaban entre mimos y sonrisas, con bondad infinita, aun las más perezosas, aconsejando que, acostumbrándose a vencer las primeras dificultades, quedarían habituadas para vencer luego mayores tropiezos en la vida.

Precioso invernáculo fué esta pequeña escuela, donde germinaron tantas semillas de virtud, injertadas por sus consejos y por su ejemplo, en las que hoy, madres y abuelas, prosiguen su noble iniciativa. Empezaron por enseñar a leer y escribir, y después de la "Cartilla", con Cristo más grande que el del "Silabario Argentino" de Wilde, se pasaba al "Catón Cristiano", antes de llegar al "Amigo de los Niños".

Todavía pedagogo tan competente como el autor de la "Anagnosia" sin silabeo, no colgaba sus cuadros murales de grandes letras, pero ya anticuado era el "cajoncito de arena" de D. Rufino Sánchez, y enseñábase a escribir en pizarra y también en papel con pauta. Llegando en aritmética a las cuatro reglas primeras, salía el niño tan sabio, tan gran sabio, que, si no por esto último, por grande despedíase de la clase de los chicos. Aunque escuela primaria de niñas, se empezó por aceptar pequeños hermanos de las grandecitas, que, si no servían de compañía a las que conducía todos los días la negra vieja cargada de libros y cuadernos, dejando caer más de uno, sí, les acompañaban a embrollar la lista, en las horas de asueto, que para los chicos eran todas. Porque, si en la escuela de las Rodríguez no llegó la "educación a caramelo", desusada era ya la regla: "la letra con sangre entra", y ni se colgaba lengua de bayeta colorada a la charlatana, como en la vecina escuela de Barbosa, ni ostentaba el penitenciado cucurucho de amarillento papel marquilla, como en la de don Juan Peña, ni menos asomó la palmeta con agujeritos, del activo señor Larroque. Luego la escuela fué creciendo como sus discípulos, aumentando entre sus ramos: costura, bordados, labores de aguja; clase de gramática en la que Navarro Viola, de renegrida cabellera rizada, erguíase los martes y viernes, explicando preferentemente tiempos del verbo amar, quisicosa que, si no comprendía por entonces, supe más tarde que de las condiscípulas (las más bonitas sobre todo), ninguna salió reprobada. Hasta se aumentó clase de narices y orejas, que si los traviesos muchachos dibujaban siempre la enrojecida y floreciente de don Pedro Angelis—sin tenerla por modelo,—orejas de suegra parecían las que, corrige que corrige, enmendaba los sábados don Martín Boneo. Sin duda sobresaliente profesor de ojos, le juzgara cierto jefe de policía, pues al regresar de obtener el primer premio en Florencia, lo llamó para retocar el ojo del "Gallo Policial" que lluvias dejaron bizco; preferencia que no hemos llegado a averiguar por qué rehusara el decano de los pintores argentinos. Aun atentado musical se inauguró en clavicordio perniquebrado, donde el mulato Ambrosio nunca consiguió llegaran a dar el "sí", sus discípulas de solfeo.

Larga sería la descripción de la enseñanza diaria en escuela, que, empezando por palotes, fué ampliando sin programa impreso muchas de las materias que sólo quedan impresas en programas de actualidad.

III

El otro día entré hasta el tercer patio, y al penetrar en el primero al salón de los chicos, a la izquierda, subdividido por doble tabique con artefactos que no son precisamente los de un gabinete de física, parecíame revivir todo mi pasado infantil como si hubiera quedado archivado dentro de sus viejas paredes. Cerrando los ojos, divisaba desde el obscuro rincón de los chicos, a Joaquinito Cazón, al lado de aquel travieso Vicentito Cané, con mayor profusión de rulos que su hermana Nieves, tan blanca como su nombre, el de las botitas de charol, por cuyas cañas coloradas se me iban los ojos. ¡Cuando al concluir la carrera allí empezada, pude adquirir más de un par, nunca obtuve una, pues, sin tocarme suerte tan perra, "nunca me puse las botas!"

Allí estaba entre las mayores "el banco de las monjitas", discutiendo siempre Juana y Genoveva Constanzó, si más monjas eran las Clarisas por su estrictez, que las Catalinas. El canónigo Víctor Silva, virtuoso párroco de la Concepción, cantado por Florencio Balcarce, les profetizó llegarían a ser abadesas de uno y otro convento, como hasta el presente lo son. Hacia el banco siguiente, divisaba la Pascualita del lado (cuyos adormidos ojos, bien temprano se abrían para llegar a la hora del beso paternal y abrazando al ministro todopoderoso, dejar sus bolsillos llenos de solicitudes y memoriales de tanta madre afligida que acudía a la intercesión de esa buena hija), contigua a su prima Joaquina Arana, tan espiritual desde chiquita, como Elena Torres. Y tras Máxima y Teresa Andrade, Paula Carbone, las Achinelly, Fernández, Rivera, Masculino, otras muchas preciosas niñas...

Y pasando del salón grande de los chicos, a la sala chica de las grandes, como fresca reminiscencia inmediata presentábase la primera distribución de premios que presencié en año que no fijo, nombrando damas vivientes, que como otras muchas no recuerdan la edad de sus recuerdos.

Sobre alta tarima, a la cabecera, bajo el cuadro pintado por el sordo García, Jesús, diciendo a los Apóstoles: "Dejad que vengan a mí los niños", en medio de la mesa atestada de diplomas, libros y medallas, relumbrando los filetes dorados de la librería de Steginan, frente al colegio, presidía tan solemne acto Misia Crescencia Boado de Garrigós, por muchos años presidenta de la Sociedad de Beneficencia y eximia retratista, de más suave pincel que su maestro Mauvausin. Sentábanse a uno y otro lado las señoras: Agustina Rosas de Mansilla, hermana del gobernador, la mujer más hermosa de su época; la de Arana; María Antonia Beláustegui de Cazón; Estanislada A. de Anchorena, protectora de los pobres, y la señora del Pino, descendiente del virrey de su nombre. Como en aquel tiempo todavía no se decía: "¿Quién es tu enemigo? ¡el de tu oficio!", directores de colegio, educacionistas, pedagogos, doctores y simples maestros, tenían a honra realzar con su presencia la fiesta de premios en una escuela de primeras letras, que, empezando por el A, B, C, había ido avanzando por la contracción de sus directoras, hasta propagar todos los ramos que se enseñaban por aquellos tiempos. Así, el Padre Majesté del colegio Republicano Federal, (sobresaliendo por su amplitud) entre profesores, como Larroque, Larsen, Mariano Martínez, Montero, Larguía, Aravena, don Juan A. Peña, Negrotto, y las señoras de Guerra, de Pintos, doña Juana Lagaña, Misia Josefita "Idem", rodeaban la mesa, de la que también formaban parte el sabio doctor Gafarot, médico del barrio, que a tantos niños salvara del "crup", M. Lerbet y Mr. Ramsay, maestros de francés e inglés que insinuaron en los primeros pininos de uno y otro idioma, la generación a que perteneció.

Y, como en años anteriores habían pasado por ante mesa semejante, Mercedes Aguirre, de aire majestuoso desde su niñez, quien como Carmen Nóbrega, su compañera de banco, mereció llamarse "Madre de los pobres", por su beneficencia, esa víspera de Navidad, las tres Dolores, sin ninguno todavía (Bajá, Somoza, Marcó), desfilaron, y pálida y elegantísima Sofía Nazar en pos de las Miguens, Crisol, Manuelita Martínez, Juana, Rita Casá, pasaban y pasaban a recibir medalla de plata y libro de 'premio a la aplicación", por lo que tan aplicadas siguieron en el curso de su vida a todos los deberes que con tanto cariño insinuaban las buenas señoras Rodríguez. Al nombrar Misia Eulogia, la última: "M. F. O." lectura, escritura y doctrina cristiana, sobresaliente, resbaló al subir la tarima la más pequeñita, de rubios rulos, llegando a la silla de Misia Agustina Rosas, que al prenderle la medalla, le dió un beso, juntándose un momento dos bellezas, en sus extremos: la espléndida hermosura que se ponía en el horizonte de una vida, y la angelical belleza infantil que surgía en otra.

... ...

El vecino de la cuadra siguiente, "la canción de la patria andante", como llamaron viejos unitarios al doctor Vicente López y Planes, había tenido la feliz inspiración de hacer ostentar pendientes de sus blancos vestiditos, a las catorce premiadas que iban a cantar el himno nacional, pequeños escudos de las Provincias Unidas, y al concluir, abrazándose, vibrante la última nota:

"¡Al gran pueblo argentino, salud!"

empezó su elocuente alocución señalando ese grupo encantador con estas palabras: "He ahí las Provincias Unidas enlazadas en fraternal abrazo, unidas como hermanas, y así deben encontrarse siempre el nacido en Jujuy y en Corrientes, el mendocino y el porteño, prontos a estrecharse para defender la patria, cuyos primeros deberes se enseñan en la escuela".

IV

Al salir de aquella casa, cuya fachada triangular aparece coronada por verdinegra melena de

La desgracia de la suerte

Por VICENTE DEL OLMO

—La vida, como el mar, tiene sus altas y bajas marcas.

No recuerdo si, a guisa de pensamiento filosófico, leí lo anterior en una hoja de calendario o en una epístola peticionaria. En la duda, hacéos cuenta que la conozco por el doble concepto. Pero el que de la misma usaba en tan pintoresca ocasión no creo la retuviera de malas andanzas bohemias.

—¿Me invita usted, caballero?

—¿Cómo así, señor?

—¡Pch! La vida, como el mar, tiene sus altas y bajas mareas... Antes era yo el conde, e invitaba; ahora busco buenos hidalgos de la bebida y les pido que me inviten.

Miré de hito en hito al desdichado, que, incapaz de implorar un pedazo de pan en el instante de desfallecimiento, encenagado en el vicio de la bebida, mendigaba un vaso de tinto. Por piedad—¿qué importan diez céntimos, si con ellos nos evitamos una agria discusión?,— negué al beodo el óbolo del convite.

El personaje, ante mi rotunda negativa, clavó sobre mí sus ojos saltones, desorbitados. Me miraba y le miraba... La jeta de aquel hombre, estigmatizada por el desenfreno de la embriaguez contraíase trágicamente. Cien mil ideas atropelladas debieron romperse en su cerebro. Una impotencia espiritual debía contener su cólera... Este diálogo mudo—¡retador, el alcohólico; frío y glacial, yo!—fué cortado por el dueño del establecimiento, quien:

—Ya estás de más aquí, Aniceto... ¡Hale, a la calle!—destempladamente y con algo más contundentes razones, le dijo.

Un hombre, en el alcohol encanallado, viene a ser un guiñapo social. La embriaguez, como la lepra, tiene un espectáculo desagradable. Y el beodo, como el perro sarnoso, maltratado y acosado por todo el mundo es.

El "campeón de sí mismo" es un caso de voluntad; el vencido es el enfermo de la abulia. En el concierto social existen hombres débiles u hombres fuertes, abúlicos o de voluntad. Sin embargo, ¿puede degenerar en abulia la voluntad? "Si la voluntad tiene su raigambre espiritual, hija de una educación psíquica, no"—acaso me contestara un docto de la voluntad. Empero, la metamorfosis que se verificara en el que solicitó de mí el vaso de vino desmiente tan gratuita afirmación. Cuando vemos un hombre fuerte, hercúleo, por esas calles decimos:

—¡Valiente titán! ¡A ese no le parte un rayo!...

¡Ilusión de óptica! Un airecillo cualquiera le horada los pulmones, y a los pocos días aquella mole de carne cae pesadamente sobre la losa que ha de marcar su tumba. Aniceto Martínez, en tiempos pretéritos, había sido un gran ebanista. Hábil y mañoso en el oficio, con el culto del trabajo como credo de su vida, y dócil y obediente para sus maestros, jamás faltóle trabajo. De niño, según me cuentan, con una entereza digna de encomio, sostuvo a su viejecita madre. Hasta que murió la pobrecita anciana, Aniceto Martínez no pensó en el casamiento. Y casado que hubo con una mujer hacendosa y no exenta de belleza—uno, dos, tres, cuatro..., bastantes años,—fué un marido modelo y un amantísimo padre de sus hijos. Frecuentaba la taberna, alternaba con unos y otros: jamás viósele sin sus facultades mentales.

—¿No te da vergüenza el ridículo que haces?—en cierta ocasión recriminando a un compañero beodo exclamó.

Y agrególe:

—El hombre debe beber y saber cómo bebe...

Si la felicidad es un don positivo, si la desdicha no transforma en algo negativo a la felicidad, indudablemente, Aniceto Martínez había logrado ser el monopolizador de la dicha... Un buen día compró un décimo de cuatro pesetas, el 6644, y le tocó un premio de la "pedrea": ¡cuarenta pesetas!...

—¿Convidas con el premio, Aniceto?

—¡Ni borracho ni jugador soy!

Y dirigiéndose a su esposa exclamó:

—¡Anda, que te den el billete entero del 6644 para el 11 del que viene!...

¡Maldición! ¡Las ciento veinte mil pesetas!... El vértigo de la felicidad le embriagó. En holgazán, borracho y pendenciero se "metamorfoseó". Y gracias a la habilidad de su mujer, que con los últimos cuartos montara un taller de planchado en el barrio de Salamanca, no perecía de hambre...

El del mostrador, filosóficamente, puso fin a su relato:

—¡Mire usted cómo la suerte puede ocasionar una desgracia!...

Llegó un viajante, compañero de profesión, que esperaba. Juntos teníamos que visitar a otro tabernero que, para venderla a sus parroquianos, deseaba adquirir una remesa de paños ingleses que yo tenía. En la taberna del comprador topéme a Aniceto Martínez que decía a uno de los del establecimiento:

—¿Me invita usted, caballero? Porque... ¡la vida, como el mar, tiene sus altas y bajas marcas!

exuberante florescencia espontánea, entre cuya maleza yérguese el árbol del duraznillo y palán-palán (huerta que recuerdo lejano trae de los jardines suspendidos de Babilonia, de cuyos pagos vuelvo sin hallar vestigios), creía encontrar el pequeño carbonerito que, cargado de leña, llegaba deletreando en su cartilla. Vivía en la casa contigua, frente a la de Bejarano, y la esquina del poste blanco. Tan aplicado y de fácil comprensión era, que todos los días al entrar la bolsa de carbón al último patio, sentábase sobre el umbral, del que no pasaba por no manchar blancos vestidos, pero de memoria tan feliz, que de oír repetir cualquier lección, quedábasele más impresa que los tiznes del carbón en sus manos. Ese niño precoz creció rápidamente en conocimientos y aptitudes, prosperando en cuanto se dedicaba. Grumete, marinero, baquiano del patrón "Bachichín" en la Boca del Riachuelo, dueño ya de balandra propia, La Joven Italia, transportaba por su cuenta leña de las islas del Paraná, y naranjas del Paraguay después, desde Villeta y Lambaré. Cuando por el ensanche de las Obras de Salubridad salió de quicio la ancha y claveteada puerta, a que tantas veces me así para subir el umbral desgastado por pisadas de tanto escudero, la compró, colocándola en su depósito de Barracas, en agradecimiento de que por ella se le habían abierto de par en par las puertas de la fortuna.

Ráfaga luminosa de su tránsito dejaron las señoras Rodríguez en numerosísimas discípulas, adoctrinadas en sus buenos principios de moral cristiana, fecundando nobles sentimientos, más profundamente inoculados con su vivo ejemplo. Llegue a donde os encontréis este eco de reconocimiento, que al evocar vuestros nombres bien deseara poder convertir la pluma que pusisteis en mis manos, en guirnalda de agradecimiento, digna de ornar frentes por tantos años inclinadas sobre el duro banco de la enseñanza!

¡Y al echar la última mirada a esa vieja casa de mi primera escuela, parecíame ver todavía resplandeciente la dulce y suave imagen de mi bondadosa maestra sobre el umbral del que me alejaba, señalando con su índice inflexible el camino recto del deber y del honor!

Los terrores de la agorafobia

Westphal descubrió en 1871 un estado especial de angustia que sobrecoge a ciertas personas siempre que deben atravesar un espacio libre y descubierto. La sensación angustiosa puede llegar a la muerte inminente acompañándose de temblor general, opresión torácica y palpitaciones. Los pacientes no pueden atravesar la plaza o lugar espacioso objeto de sus terrores, y se ven obligados a dar un rodeo, o bien, si el acceso les sobrecoge a mitad del espacio fatal desandan el camino antes que concluirlo. En cambio, pueden dominar la angustia valiéndose de triviales recursos como andar con un bastón o un paraguas, dar la mano a un niño, seguir un carruaje, acelerar el paso, etc.

También desaparece el temor cuando el enfermo se halla preocupado por otros pensamientos y no se da cuenta de dónde se halla.

La sensación de angustia no se despierta sólo en las grandes plazas, sino en las calles desiertas, ante los grandes edificios de pocas ventanas y entre las aglomeraciones de gente, como en los teatros, cafés, iglesias, etc.

La aparición del acceso no viene determinada por motivo alguno explicable para el enfermo. Al contrario, lo sobrecoge durante el estado de ánimo más indiferente y siempre con los mismos caracteres. Así que el enfermo deja de luchar con sus temores, todo entra en orden quedando sólo, a veces, un leve sentimiento de cansancio y disgusto. Algunos enfermos se quejan de un vértigo que no existe más que en su imaginación y otros confiesan francamente que se ven libres de él.

La agorafobia puede complicarse con otros trastornos nerviosos, ya como síntomas aislados y pasajeros sin importancia, ya como formando parte de un cuadro más complejo, sea del delirio emotivo o del vértigo estomacal de Trousseau.

Las causas de la agorafobia son muy poco conocidas. Las condiciones hereditarias juegan verosímilmente un gran papel entre ellas.

Como causas especiales determinantes se han citado los esfuerzos mentales excesivos, los desórdenes gástricos y los abusos.

El mecanismo de la agorafobia ha sido muy discutido por la relación que tiene con otras formas de estados angustiosos, designados en general, por el nombre de fobias, que son variadísimas, aunque la sensación es la misma en todas ellas. En la claustrofobia, por ejemplo, los enfermos sienten un horror indecible al estar encerrados en su habitación y sólo los tranquiliza ver una ventana abierta.

El llamado "vértigo de las alturas" o ipsofobia entra también en este grupo relacionándose con alteraciones de la acomodación visual. En general, estas neurosis, cada vez mejor estudiadas, han recibido el apelativo común de topofobias, por presentar un conjunto de síntomas análogos.

La agorafobia puede durar años y aun toda la vida. En cambio, las remisiones pueden ser largas, y hasta equivaler a la desaparición del mal.

Reconocimiento

Para "Fray Mocho".

Me sosiega y me humaniza
la bendición de ternura
que tu querer me concede
con insinuaciones únicas.

Desprendida de tu ensueño,
esa caricia, que es música
atenuada a la sordina
de la intimidad, circula
por mi sensorio implorante
de delectaciones puras.

Y entre el arpegio de mimos,
y la cromática fuga
de los besos, que matizan
la exquisita partitura,
más divino el corazón
en su resonante acústica,
hace esfuerzos por cantarte
y te quiere más que nunca!

Alfredo Eusebio MARTÍNEZ.

El agua explosiva

Que el vapor de agua recalentado posee una enorme potencia de expansión susceptible de transformarle en un explosivo formidable, es un hecho que no debía ignorar nadie. Y sin embargo, a cada momento en la práctica industrial corriente se ponen al fuego, sin asegurarse de que no contienen agua, piezas metálicas que han estado expuestas a sufrir infiltraciones. Si por consecuencia de imprudencias tan poco excusables, ocurre una desgracia, las víctimas no pueden echar la culpa más que a sí mismas.

El peligro que señalamos no es imaginario. Una información llevada a cabo ha demostrado que son muchos los obreros que ponen inconscientemente al fuego piezas de fundición, sin asegurarse previamente de que dichas piezas no contienen cavidades en las que puede haber penetrado el agua por cualquier grieta.

El accidente puede no llegar a producirse bien porque el caldeo sea escaso, bien porque las paredes de la cavidad sean bastante fuertes para resistir la presión del vapor, pero el peligro existe.

La información a que nos referimos se hizo precisamente a consecuencia de una explosión que ocasionó la muerte de un hombre. El hecho ocurrió en Ludgershall en un taller de reparación de locomotoras. Para componer un pistón fué preciso calentar una pieza, que encerraba bastante agua en unas cavidades ignoradas, y no obstante el grueso del metal, (unos 10 centímetros), a los ocho minutos explotó el pistón como una granada de cañón.

En estos casos, la prudencia es la madre de la seguridad.

Cangrejo con rostro humano

En el mar del Japón, y sobre todo en la costa de Takamatsu, se agarran algunas veces unos cangrejos cuya cáscara tiene cierta semejanza con la cara de una persona, y todavía más con esas caretas niponas de aspecto feroz. La especie, que es bastante rara, se conoce en el país con el nombre de "Heike-gani", que significa "cangrejo Heike", y acerca de ella cuentan los japoneses una curiosa tradición. Según la leyenda, hace ochocientos años riñeron descomunal batalla en Takamatsu las dos grandes familias Heike y Genji. La primera fué derrotada, y muchos de aquellos bravos guerreros fueron arrojados al mar. La tradición local pretende que cada cangrejo con la cara humana encierra el alma de uno de los héroes.

LA COMPAÑERA

Por ANDRÉS DE LOR

—¡Maravilloso!... ¡Maravilloso, sin duda, pero, como todos los negocios a condición de que tenga éxito!...

Sentado ante su escritorio, Juan Bernon hablaba con voz grave, que iba animándose por instantes.

La señora Delange que le miraba, sentada cerca de él, en un sillón bajo, no podía dejar de encontrar en aquella silueta elegante de hombre que aún no cumplió los treinta y cinco años, en aquel rostro afable, la impresión de la fuerza y de dominación que le había seducido desde un principio, al conocerle, la última estación veraniega en una playa normanda.

Casada con un funcionario colonial, de anémica voluntad y de cuerpo desmedrado, esta joven de treinta años, muy bella, sufría extrañamente la atracción de Bernon.

Y él, a su vez, unido desde hacía diez años, a una mujer de belleza mediocre, débil, física y moralmente, con la que se había casado, en una capital de provincia, cuando era auxiliar de abogado, gustaba de la seducción de aquella mujer. Y un mismo anhelo pasional era el que había lanzado al uno en brazos del otro.

—¡Es muy grave!... No me considero con derecho alguno a arriesgar la fortuna de tu marido en una especulación como esa.

Ella replicó.

—Tengo en ti entera confianza. Estoy ciertísima de que este asunto, como todos aquellos en que tú te empeñas, saldrá a las mil maravillas... Más allá de tus mismas esperanzas.

Y como él moviese la cabeza en un gesto de duda, ella agregó:

—Recuerda la especulación en los carbones de Madagascar... ¡Ah, si yo te hubiera conocido en aquella época!... Vamos, te lo ruego. Tú sabes bien que disponemos de poca fortuna. Los ingresos de mi marido son casi insignificantes...

Se había levantado. Lo miraba con sus ojos verdes, extraños y turbadores. El vértigo se apoderó de él. Pero un ruido de pasos los separó bruscamente, y Juan, se instaló ante su mesa de trabajo.

—Escucha,—le dijo ella.—Seré razonable, no te confesaré más que la mitad de lo que tenemos... Ya ves que soy todavía más prudente que tú que comprometes casi toda tu fortuna.

—Sea... ¿Cuánto me confiarás?

—¡Cincuenta mil!...

Se trataba de grandes yacimientos de carbón en Portugal. Un "affaire" por todo lo alto, en el cual Bernon había comprometido capitales considerables y toda su fortuna personal. Pero él tenía la seguridad de duplicar el dinero...

———

La señora de Bernon acababa de almorzar. Comía distraídamente, y sus ojos se posaron sobre el lujo del amplio comedor.

Jamás había podido habituarse a aquella decoración, y con frecuencia añoraba su vida modesta de otra época, en provincia cuando recién casada.

Continuaba siendo la provincianita a quien asustan los golpes de audacia y las grandes empresas... La lucha le causaba miedo... Fuera de su centro, nunca había protestado.

Se disponía a salir cuando la avisaron de que su marido acababa de llegar... Carecía de habilidad para descubrir en su rostro los sentimientos secretos del alma; no obstante, cuando estuvo en presencia de su marido, quedó sobresaltada por la alteración de sus rasgos y el desmayo que evidenciaban sus ojos.

—¡Qué pálido estás!

El respondió, volviendo la cabeza:

—Sí... Un poco de fatiga.

Como no tenía costumbre de interrogarle sobre la marcha de sus negocios, se separó de él tranquila.

Ya solo, Juan Bernon se dejó caer en una butaca y rompió en sollozos. ¡Oh! Sí... Era el derrumbe total, irremediable... Aquella empresa en la que había comprometido toda su fortuna, acababa de fracasar... Le sofocaba, quebrado, anonadado por el destino. Pero muy pronto, sacando fuerzas de flaquezas, consiguió dominarse.

Había oído el timbre de la puerta de la calle. Casi de inmediato se abrió la de su despacho y entró la señora de Delange. Estaba muy pálida.

—He recibido tu telegrama. ¿Qué sucede?

El tuvo un gesto de aplanamiento.

—No he podido triunfar... Estoy arruinado...

Ella se estremeció.

—¿Tú?... ¿Tú?

—Sí... Este asunto ha devorado toda mi fortuna... He tenido que luchar contra un poderoso sindicato de financistas... Estoy arruinado.

Ella le miraba, estupefacta, sin hablar una palabra. Sólo al cabo de algunos instantes exclamó, casi medrosamente:

—Entonces... ¿Has perdido también el dinero que te había confiado?

—¡Todo!

Ella se desplomó sobre una silla, lívida.

—¿Pero, qué va a ser de mí?

—Te queda algún dinero... No me habías dado más que la mitad de la fortuna...

—No... toda.

—¡Desdichada!... Sin embargo.

—Sí, pero fué para decidirte a que aceptaras... ¡Estaba tan segura de ti!

El tuvo un movimiento de hombros.

—No me acuses... Sólo las circunstancias...

Hubo un silencio lúgubre... Ella preguntó:

—¿Qué es lo que dices?

—Voy a ponerme nuevamente a trabajar.

Ella le miró asombrada.

—No... yo te pregunto qué vas a hacer para reembolsarme...

Juan Bernon no tenía frente a él a la mujer amorosa que venía a consolarle, sino a un ser áspero, egoísta y feroz, que no pensaba sino en ella, en su lujo, en su bienestar.

—¿Qué es lo que dices?

—Te pregunto, ¿cómo te propones reembolsarme mi dinero?—volvió a decir ella duramente.

—¡Estás loca!... Te repito que no me queda nada, nada, ¿comprendes?... Ni siquiera mil francos.

—No se trata de ti... Tú me has arrastrado a una especulación desastrosa... Me has arruinado... Debes reembolsarme.

Bernon se acercó a ella y le dijo muy dulcemente.

—Escucha...

Pero ella retiró la mano que él le había tomado.

—Déjame... Por última vez... ¿Qué te propones hacer?

—Ya te he contestado... El porvenir me dará la revancha... Entonces, serás reembolsada íntegramente.

Ella se echó a reir con ironía.

—Resulta cómico, en medio de todo... ¡El porvenir! ¡Si te parece que puedo conformarme con eso!...

Bernon se hallaba todavía vibrante de la gran lucha de que había salido; aquel tono mordaz que insultaba, le exasperó:

—¡Calla!—gritó.—¡Tú no eres ya la mujer a quien he amado!

—Ahora me arrojas como una cosa inútil, despreciable... ¡Miserable!... ¡Cobarde!—y acercándose más a él, repitió:—¡Cobarde!... ¡¡Ladrón!!...

El se tornó lívido e hizo ademán de arrojarse sobre ella, como para estrangularla... Pero su mano volvió a caer y rugió con voz sorda:

—¡Vete! ¡Vete!... ¡Eres una desdichada!

Ella ganó la puerta, gritando iracunda:

—¡Ladrón! ¡Miserable!

Cuando Bernon volvió a su despacho, después de haberla echado fuera encontró a su mujer que le aguardaba, pálida y temblorosa:

—Yo estaba ahí, detrás de la puerta... Lo he oído todo.

El consideró inútil mentir.

—¿Qué he de hacer?

—Reembolsarle su dinero inmediatamente.

—¿Con qué?

—Con mi dote.

El la miró estupefacto.

—Tu dote es de cincuenta mil francos. Es precisamente esa suma la que ella me había confiado... ¿Qué te quedará?

Ella pronunció sencillamente:

—Nada.

Juan la tomó las manos... Ella no temblaba ya. No era la mujer tímida y temblorosa de todos los días.

—No te conocía,—murmuró él con una emoción que le apuñaleaba el corazón. Te he descuidado. Te he engañado... y ahora vienes a socorrerme... Te pido perdón...

—No tienes por qué hacerlo. Te doy mi dote. La sacrifico de buen grado... Pero voy a rehacer mi vida fuera, lejos.

—¿Me abandonas?

—Tú también reharás tu vida.

—No. Tú acabas de revelarme un alma, un corazón que no sospechaba, una generosidad, una fuerza y una belleza moral, que ignoraba... Contigo, tendré suficiente valor para resarcirme, para volver al combate y vencer todavía. Pero si tú me dejas, la vida no tendrá para mí ningún objeto...

Vaciló por un instante y agregó con voz sorda, extraña:

—¿Es irrevocable la resolución?

Y como ella no respondiera, continuó:

—Adiós, entonces. Y se dirigió hacia la puerta como un ebrio.

Pero ella con un grito lo detuvo.

—¿A dónde vas?

—¡No me queda más que morir!

Ella le tomó de la mano. Toda su juventud volvió, bruscamente, a su espíritu. Los pobres días de otrora, la lucha común, la ascensión, el éxito, la fortuna... Le había amado... Acababa de recuperarlo, estaba segura de ello. La vida podía ser bella aún. Pensando así, súbitamente le abrazó y acariciándolo como a un niño, le dijo:

—¡Vamos, quédate!... ¡Quédate!... Yo soy tu compañera... ¡No te abandonaré nunca!

PAN

(Del libro "Rimas de inquietud", de Germán Carrasco).

Un ritmo inquieto de aflautado son
esparce su cadencia sensual
en tupido boscaje, es la canción
Primaveral.

Ignívomo deseo, en el ambiente,
su vaho grande en todo vivo ser,
dos pájaros se miran en la fuente
donde, después de amar, vánse a [beber.

Una pintada mariposa, inquieta,
el polen deposita en una flor.
Zumba un insecto tras una coqueta
compañera de amor.

Un límpido arroyuelo serpentea,
penetra de la tierra en el regazo
fecundando su seno; cabrillea
la luna, sobre su largo espinazo...

A rojo contraluz, el horizonte
recorta una soberbia estatuaria:
Dos cornúpetos préndense en el [monte
con seis de sus pesuñas. Canta una [aria
con tono febriciente un ruiseñor;
la hembra escucha el canto con [afán.

¡Todo en la tierra es un canto al [amor
al conjuro de Pan!

Germán CARRASCO.

"LOS PRINCIPALES DEBERES DE LA MUJER"

Según la escritora Pan-Hoei-Pan

Un libro feminista de hace 1900 años

Hay una obra china que es un verdadero monumento: es el libro "Principales deberes de la mujer", escrita por Pan-hoei-pan, célebre literata que floreció en los comienzos de nuestra era.

Durante la disnatía de los Han, en el reinado de Ho-ti, en el primer siglo de la era cristiana que los mismos historiadores chinos llaman de "sabiduría y probidad", a pesar de estar empeñado el imperio en reconquistar algunas provincias que habían sido perdidas, su afán fué principalmente ilustración del pueblo, moderando sus costumbres. Para ello se entendió necesaria la educación de la mujer, que hasta entonces había quedado alejada del consorcio intelectual.

No fueron pocas las dificultades con que se tropezó para este objeto, pues según las tradiciones chinas, la mujer era considerada como cosa y no como persona, y la multitud no miraba con muy buenos ojos el que la mujer estudiara y aprendiera, ante el temor de que pudiera algún día llegar a dominar al sexo fuerte... Para evitar este "peligro", cuando nacía una niña era relegada al olvido, y si demostraba aptitudes intelectuales, bien pronto éstas eran reprimidas, prohibiéndosele escribir y hasta encarcelándola. Algo de esto aconteció a la literata Pan-hoei-pan, por más que tuvo la suerte de vivir durante el reinado de Ho-ti, sucesor de Thang-ti, ilustrado emperador y protector de la mujer, a quien se había propuesto instruir y educar dentro de los límites que permiten las funciones que éstas ha de ejercer en la familia y en la siciedad.

Pan-hoei-pan, era hija de Pan-piao, esposa del mandarín Tsao-cheé-chou y hermana de Pan-kou, historiador de Ho-ti; algunos historiadores la distinguen con el nombre de Tchao, palabra que en chino significa agradar manifestándose y con el que se quiere expresar la simpatía que despertaban sus escritos; otros la llamaban Hoei-pan, que quiere decir lo que embellece la verdad manifestada con orden; hay finalmente quienes la llamaban Ki, por la belleza extraordinaria, que, según se aseguraba, agregaba a su inteligencia y sabiduría. Había nacido esta escritora en Fou-song-hieu, en la provincia de Chen-si.

La mayoría de las obras de esta literata quedaron confundidas, por su gran modestia, con las de su hermano Pan-kou, de quien era eficaz colaboradora.

A la muerte de Pan-kou, el emperador, temiendo que las bellas dotes de esta mujer extraordinaria quedaran relegadas al olvido, la nombró su historiador a la vez que maestra de poesía de la emperatriz, asignándole el título de Ta-kia, que quiere decir Gran Señora. Desde entonces vivió en palacio, honor hasta entonces no concedido a nadie.

Su obra maestra, escrita a los 70 años de edad, se titula "Niú-kié-tsi-pien", es decir "Los principales deberes de la mujer".

Del conocimiento debemos estar agradecidos a una hija política de la escritora, que la hizo imprimir, permitiendo que llegara a nuestros días. Cuando el jefe de los sabios de la Biblioteca Imperial, Mayoung, se enteró de ella, reconociendo sus méritos, ordenó que fuera entregada a las mujeres de los mandarines para su estudio.

Dieciséis artículos tenía entonces la obra: a nuestros días han alcanzado sólo siete.

En el primero, en el que trata del estado de abyección y de debilidad en que se ha tenido a la mujer, demuestra que, si la mujer es más débil, su misión no es por ello menos alta ni menos importante. Recuerda las ceremonias al nacer una niña china, su oferta a los lares junto con objetos inmundos y exclama:

Todo era expresivo en esta costumbre, todo era una lección para las personas de nuestro sexo, pues el desprecio con que se recibía a las niñas al nacer tiende a que las mujeres se convenzan de su inferioridad y no hallen penoso nada de cuanto se las mande.

El segundo trata de "los deberes de la mujer cuando entran bajo la potestad del marido", aconsejándoles con palabras, persuasiva sumisión a sus esposos, mostrarse siempre reservadas y modestas, celosas siempre de los deberes que les imponen su nuevo estado.

—Yo comprendo—decía—que los maridos que no están en el seno de su familia más que para tomar alimento y reposo, pueden estar satisfechos de sus esposas si ellos encuentra en ellas las cualidades esenciales de su estado. Terminaba exigiendo a la mujer completa obediencia.

El tercero habla del "respeto sin límites que la mujer debe profesar a su marido" y "del cuidado que debe tener de sí misma", pues opina que el respeto de la mujer para el esposo trae el del esposo para ella; "del respeto, dice, nace la estimación y de la estimación el amor más duradero; vigilando y corrigiendo la mujer sus faltas hará que el marido no las note, consiguiendo su propia felicidad y la ajena".

El cuarto artículo habla de "las cualidades que hacen apreciable a una mujer"; las que, a su juicio, son cuatro: virtud, palabra, belleza y acciones.

La virtud—dice—debe ser sólida y constante; no debe ser feroz, ni grosera, ni pueril, ni demasiado minuciosa.

La palabra debe ser siempre honesta, dulce, mesurada y nunca fuera de propósito. La mujer no debe ser ni taciturna, ni habladora, ni alardear de ser instruída, ni ser presuntuosa.

La belleza no consiste únicamente en la finura del cutis, proporción en los miembros y en el talle ajustado; la mejor belleza de la mujer, y que la hace siempre agradable a los ojos de su marido, es la limpieza de su traje y de su persona y la modestia en su porte.

Su modo de obrar debe ser siempre decente; no debe hacer nada que no tenga por objeto el cuidado de su casa y de sus hijos; debe hacer las cosas sin prisa, para que salgan bien, y con oportunidad, con gracia, pero sin afectación.

El artículo quinto habla del "afecto inviolable que la esposa debe a su marido". Con verdadera poesía exclama: "El esposo es el cielo de la esposa y así como no hay lugar sobre la tierra que no esté bajo el cielo, un único cielo, la mujer, no debe tener sino un único marido". Para Pan-hoei-pan era deshonroso, según las costumbres chinas, que una mujer contrajera segundas nupcias, aún cuando el hombre podía tener dos esposas, viviendo ambas.

En el artículo sexto, ampliando sus consejos sobre la obediencia que la mujer debe al marido, habla de las "relaciones que deben mediar entre la casada y sus suegros", a los que debe amar, puesto que son amados por su esposo.

El artículo séptimo trata de "la armonía entre las relaciones con los cuñados", algo esencial para la tranquilidad de la familia y del imperio.

Termina su obra con estas palabras:

"Jóvenes solteras, que aún pasáis vuestros días bajo los ojos de un padre y de una madre, aprovechad el tiempo que os quede para instruiros a fondo de vuestros deberes; jóvenes esposas, que de la casa paterna habéis pasado a la de un esposo, si hasta ahora os habéis descuidado y no habéis adquirido los conocimientos necesarios para cumplir las obligaciones de vuestro estado actual, procurad reparar una falta cuyas consecuencias pudieran seros muy funestas.

La lectura de estos artículos, si la hacéis con cuidado, bastará para poneros al tanto de lo que debéis hacer y de lo que debéis evitar; su práctica bastará para asegurar vuestra tranquilidad y para prepararos a ser buenas madres de familia; tendréis después buenos hijos, que os indemnizarán de todas las molestias que os habéis tomado, de todas las humillaciones que hubiereis sufrido, de todos los disgustos y de todas las luchas que hubiereis tenido que sostener para cumplir vuestros deberes.

Como vemos, nuestros más modernos pedagogos no podrán sino reconocer que esta milenaria escritora no dijo nada que esté en gran desacuerdo con sus conceptos actuales, si se exceptúan las pequeñas variantes naturales, que se desprenden de la evolución de los pueblos y del tiempo transcurrido.

FRESCURA



El secretario del club. (Después de un altercado con el "maitre d'hôtel").— Ves, John, estoy resuelto a separarme de usted.
John. (Como si la indirecta no fuera para él). — ¿Y a qué club piensa irse el señor?

LITERATOS AMERICANOS
Enrique González Martínez

Cuando me encontraba en mi envidiable Buenos Aires, yo era, quizás, el más asiduo concurrente a las pequeñas reuniones, que, casi a diario, se formaban en el local de la administración de la revista "Nosotros", donde brillaba como límpida estrella de cordialidad y simpatía, la sonrisa abierta, franca y bonachona de mi gran amigo Alfredo Bianchi, alma de la reunión, y ponía una nota agradablemente seria y reflexiva el espíritu claro y la verba elegante de Julio Noé, ambos, en ese entonces, directores de la notable revista, la más importante, bajo el punto de vista literario, de habla española.

Fué en una de esas reuniones que Bianchi me presentó al ilustre poeta mejicano Enrique González Martínez, al que tuve el placer de estrechar su mano y cambiar con él algunas impresiones sobre diversos temas artísticos de actualidad.

Confieso, sin rubor, que en esa fecha no conocía un solo verso del poeta aludido.

Los directores de la revista "Nosotros", inteligentes y oportunos como siempre, dieron una comida en honor del poeta, quien, a los postres, y después de agradecer con nobleza y sencillez a las palabras de homenaje, cálidas y sinceras, de Julio Noé, recitó, accediendo al insistente pedido de los comensales, varias poesías, de su nutrida cosecha lírica, perfectas de forma y ricas de contenido.

Claro está que esto sirvió para intensificar mi deseo de conocer su obra, difícil de hallar, entonces, en Buenos Aires.

¿Es posible—me pregunté a mí mismo sorprendido, después de conocer gran parte de sus composiciones poéticas—es posible que su nombre no haya llegado hasta nosotros, en alas de una justa fama, así como llegó el nombre, bien amado de Amado Nervo?

Porque González Martínez es un digno hermano espiritual de Nervo; un hermano mayor, más reflexivo, más puro, más serio; en una palabra más hondamente poeta. Su forma poélica es excelente y su emoción es más depurada, más exquisita, más humana, más real que la de Nervo.

La dulzura de Nervo, en ocasiones se hace terriblemente monótona por su languidez un tanto femenina, y a veces se acerca y aun llega a una franca cursilería sentimental que se hace insoportable. Eso no pasa con González Martínez: podrá tener alguna composición un tanto floja; podrá no tener en su obra una poesía superior a los tres o cuatro dignas de grabarse con letras de diamante en un libro de oro, de Amado Nervo y (que se cuentan entre las más bellas que se han escrito en lengua castellana); pero, en cambio, las émulas de las mejores de Nervo, y jamás cae (¡Dios sea loado!) en languideces sentimentales, o en cursilerías chirles de loro desocupado. Su fuerza de emoción enciérrase en estrofas discretamente viriles: su dolor no se derrama en blandas canciones como un pájaro enjaulado; su dolor es un corcel de luz que frenado por el Arte galopa rítmicamente.

Oidlo:

Alas, todos pedimos alas, pero nin- [guno
sabe arrojar el lastre en el tiempo [oportuno...
A todos nos aqueja un ímpetu de [vuelo
una atracción de espacio, una ob- [sesión de cielo;
tendemos nuestras manos codicio- [sas de lumbre
a la divina llama de la olímpica [cumbre;
pero al hacer impulsos de volar, [nos aferra
el misterioso lazo que nos ata a la [tierra.
Un amor, un recuerdo, un dolor es [bastante
para apagar las ansias de la pasión [errante.
¡Oh, la cruz afrentosa, los afectos [humanos!
¿Cuándo desclavaremos nuestros [pies, nuestras manos?
¿Cuándo sacudiremos la pesadum- [bre infecta?
¿Cuándo revestiremos la desnudez [perfecta
de nuestro propio espíritu? ¿Cuán- [do daremos con
la ruta que nos marque nuestra li- [beración?

... ...

Enrique González Martínez es médico recibido, desde 1893 y ejerció dicha profesión hasta el año 1910, época en que la dejó definitivamente. El bisturí del médico no le impidió que hiciera sonar, con relativa frecuencia, su alta lira de poeta, y, en ese entonces, varios libros, todos de versos, vieron la luz pública, así como también una serie de artículos en prosa desparramados en periódicos y revistas. Aunque estudiaba y conocía los cuerpos, nunca se olvidó que tenía un alma y la dejó que se expansionara cantando.

Once libros de versos ha publicado hasta el presente: 9 son originales y 2 contienen traducciones de poetas franceses. Publicólos en el siguiente orden: Preludios (1903); Lirismo (1907). *(De estos dos primeros libros hizo más tarde un volumen que tituló:* La hora inútil. *En esos libros se comienza a esbozar su personalidad literaria, sujeta como la de todos los que se inician, a ciertas influencias). Luego vinieron:* Silenter (1909); Los senderos ocultos (1911); La muerte del cisne (1915); Jardines de Francia (traducciones) (1915); Pensamiento de los jardines, *de Francis Jammes (traducción)* (1916); El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño (1917); Parábolas y otros poemas (1918); La palabra del viento (1921), *y* El romero alucinado (1923).

Aunque ha escrito mucho en prosa, generalmente sobre asuntos de crítica y de arte, no ha publicado ningún libro de prosa. Como se siente, antes que nada, poeta y considera que esa es, tal vez, su única fuerza y que si se sobrevive, será gracias a unas cuantas de sus bellísimas poesías, piensa que lo más probable es que nunca publique un libro de prosa.

Como Gutiérrez Nájera podría decir:

No moriré del todo, amiga mía:
de mi ondulante espíritu disperso,
algo, en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

En Méjico, su patria, fundó varias revistas en las que puso todo su entusiasmo artístico; pero, ¡ay!, si no le faltó un núcleo selectísimo de colaboradores, sí escascaron demasiado, gentes capaces de apreciarlas en su noble valor y en el esfuerzo de ideal que representaban, y por consiguiente dichas revistas murieron poco tiempo después de ver la luz. Fueron esas revistas Arte (1909-1910), Argos (1911), Pegaso (1913) *y finalmente* México moderno.

... ...

Enrique González Martínez, por sobre todas las escuelas, por sobre todos los estilos, admira la grandeza de los conceptos, la belleza de los pensamientos, la calidad de las imágenes, la hondura espiritual. Él nunca ha pretendido ser novedoso en la forma del verso, sino en la esencia misma, o sea en el alma del verso. Su ideal es verter vino nuevo en odres añejos. ¿Cuál es el ideal de casi todos los poetas modernos de algún valor, sino todo lo contrario, o sea, verter vino añejo en odres nuevos? ¿De donde sino de ese afán sale la forma del verso flexibilizado hasta el acrobatismo; contorsionada hasta el sufrimiento; sintetizada hasta la puerilidad o la ridiculez? No quiero, con esto, decir que González Martínez sea refractario de un modo absoluto a las modernas escuelas poéticas; muy por el contrario, también él, a ratos (claro está que siempre dentro de las normas que deben presidir un discreto buen gusto) ha sido un modernista. Pero ser modernista como González Martínez, no quiere decir tener el afán de la novedad, del que no tiene talento o tiene muy poco y se desespera por hacerse notar, sea como sea, aún a riesgo de desnucarse, espiritualmente, para siempre, haciendo toda clase de cabriolas inverosímiles con las palabras y con el sentido común.

¡Viva la novedad, *amigos míos! pero la novedad que encierre algo, o emoción, o talento, o belleza; como la de D'Annunzio, la de Jiménez, la de Lugones, la de algunos pocos poetas actuales, y hasta la de González Martínez, que en el número de febrero de* Nosotros *me ha sorprendido con la fresca originalidad y novedad de sus nuevas poesías, que ya se vislumbraba en su último y precioso libro* El romero alucinado.

Mayorino Ferraria

Madrid, mayo 21 de 1924.

A punto de perecer bajo el escalpelo

Según anuncian de Nueva York, hace pocas semanas se produjo una violenta querella entre varios individuos en uno de los suburbios de dicha capital.

De pronto se oyeron varios tiros de revólver en la obscuridad de la noche, y el tumulto cesó instantáneamente.

Cuando acudió la policía encontró tendido en el suelo, sobre la acera, a un sujeto, peluquero, italiano, que no daba señales de vida.

Pocos momentos después era trasladado al hospital, sin que recobrase el conocimiento. Cuando acudieron presurosos los médicos y lo reconocieron observaron que tenía cinco heridas que interesaban diversos órganos vitales.

Como quiera que la víctima no ofreciese señal alguna de vida, el facultativo de la sala firmó el certificado de defunción, y acto continuo fué trasladado el cuerpo al depósito para practicarle la autopsia.

A poco de colocado el cuerpo sobre el mármol del depósito para que la corriente de aire y agua contuviesen la corrupción, un guarda de nochhe, que vigilaba en el interior, oyó un ruido extraño, que procedía del lugar en que se encontraba el italiano.

Con la linterna eléctrica reconoció el sitio de donde partían los ruidos, y vió con espanto que el peluquero muerto se sentaba sobre la piedra de mármol y lo miraba con ojos de asombro, como una persona que de pronto hubiese sido despertada de profundo sueño.

Un rápido examen permitió al vigilante nocturno observar que el peluquero italiano, aunque gravemente herido, se hallaba completamente vivo.

Inmediatamente fué transferido al hospital, y allí los médicos le practicaron una detenida cura, extrayéndole tres proyectiles.

A no haber vuelto en sí durante la noche, el pobre peluquero hubiese perecido, no por consecuencia de los proyectiles de sus enemigos, sino bajo la influencia del escalpelo destructor, que usan los hombres de ciencia.

LAS MIGAJAS DE LA HISTORIA

Influencia de la barba, en los destinos humanos

Al doctor Tedeschi.

G. Lenoire, que es un ameno divulgador de los sucesos históricos, publicó no ha mucho en una revista francesa un interesante artículo sobre la influencia del aditamento capilar masculino en los destinos de la humanidad.

Dice el insigne escritor francés:

"Aunque sea un poco vieja la historia lamentable del rey Luis VII, no está del todo desprovista de actualidad. Tornando victorioso de las Cruzadas, este pobre "sire", antes de presentarse a la reina, su esposa, la irascible Leonor de Guyenne, cedió a la desdichada coquetería de rasurarse la barba, que no había podido recibir, sin duda, durante la larga expedición contra los infieles en un país desprovisto de peluquerías, los perfumes y cuidados indispensables.

Leonor, indignada con esta infracción de las buenas costumbres, declaró que el rostro afeitado de su esposo le causaba horror y que ella se había casado con un rey, no con un monje; furiosa, cerró su puerta al marido, pidió el divorcio y lo obtuvo del concilio de Beaugency, y Luis VII, no sólo perdió por su desdichada idea su mujer y su barba, sino lo que era más sensible, la dote que aquella había aportado, es decir: la Guyenne, la Gascuña, el Poitou, la Saintonge y otros territorios no menos deseables.

Lo peor de la aventura fué que la iracunda Leonor casóse con Enrique Plantagenet—príncipe opulento y barbudo—el cual se encontró por efecto de esta unión, poseedor de la cuarta parte de Francia. Como en seguida fué nombrado rey de Inglaterra, surgió el descontento entre los gascones y los poitevins: conflictos, disputas, reivindicaciones, invocaciones tumultuosas de la ley sálica, guerra de los Cien Años, desastres de Crécy, de Portiers, de Azincourt, conspiraciones, asesinatos, revoluciones. Dugueselin, Juana de Arco, muerte de millones de hombres y cataclismos se sucedieron sin ejemplo y sin número. Luis VII estaba muerto y olvidado, y muchos años después los bisnietos de sus contemporáneos se mataban porque él se había afeitado.

La barba ha sido en todos los tiempos venerada como un signo de valentía: sin remontarnos a las legendarias ficciones de Homero—un "poilu" él también—vemos que la antigüedad griega consideraba como un axioma que un hombre corajudo no podía ser sino copiosamente barbado.

Les afeitaban la barba a los cobardes que habían huído durante el combate. Todos peludos los héroes de Plutarco; peludos los viejos romanos de la buena época, peludos también los druidas galos, como si barba negra o blonda fuera el indicio de la fuerza y se convirtiera al blanquear en signo de experiencia y garantía del saber; un patriarca imberbe no habría sido jamás tomado en serio.

Pero la barba no siempre fué distintivo del valor y de la fuerza. Es curioso observar a lo largo de los sucesos las fluctuaciones de esta creencia semisupersticiosa de los pueblos sobre la influencia del aditamento piloso de los hombres en sus destinos.

La barba, que en unas épocas considerése señal de valor y tuvo una innegable importancia social, fué en otras marca infamante, signo de servidumbre. En lo que concierne al mundo latino, las alternativas sufridas por la barba fueron tan numerosas como mal explicadas.

Los galos, como todo el mundo sabe, se rasuraban la mejilla y la barbeta, llevaban largos mostachos caídos, según se dice, para distinguirse de los romanos. Estos se dejaban crecer la barba desde tiempo inmemorial; pero en los últimos tiempos de la república abandonaron su costumbre. Escipión el Africano puso de moda los rostros rasurados; los elegantes siguieron su ejemplo y pronto se impuso la nueva costumbre a todos los ciudadanos de veintiuno a cuarenta y nueve años. Pasada esa edad era prohibido afeitarse.

Hacia el año 120 de nuestra era, el emperador Adriano observó que su barbilla estaba cubierta de cicatrices, y para disimularlas se dejó crecer el vello de la cara. El emperador fué en seguida imitado por todos. Esta costumbre duró algunos siglos, después de los cuales la humanidad civilizada volvió a las barbillas y los labios barbilampiños.

En este tejer y destejer de las costumbres, hay un verdadero misterio. ¿Qué es, por ejemplo, lo que decidió al mundo cristiano al uso de la barba después de la toma de Constantinopla por los turcos en el año 1453? Hasta los papas adoptaron la moda: Julio III era barbudo como Moisés.

En Francia, los reyes Valois usaron la barba. En la época de Luis XIII, los cortesanos decidieron afeitarse, y la costumbre duró hasta los días revolucionarios de la toma de la Bastilla, en que las caras barbudas e hirsutas fueron un símbolo democrático.

En tiempo de Napoleón III, casi todos los franceses adoptaron los bigotes y la mosca.

En los años que precedieron a la pasada guerra se habían impuesto en casi todo el mundo los rostros pulcramente rasurados, pero desde agosto del año 1914 aparece el poilu y no se concibe un guerrero que tenga aspecto de tal sin luengas barbas hirsutas. Hasta los mismos ingleses, tan aficionados a las caras limpias de vello, descuidan a menudo su costumbre, y así nos fué dado ver en las ilustraciones de sus revistas y en las fotografías de las trincheras hombres barbudos y bigotudos como los antiguos normandos que invadieron las costas de Albión.

Arsenio G. BUFFARINI.

De la población del mundo, hay constantemente 3.500.000 de personas embarcadas.

* * *

Empleando las líneas aéreas establecidas actualmente en Europa, una persona puede salir de Londres a las 8 de la mañana y estar en Moscú, a 1830 millas de distancia, a las cinco de la tarde del siguiente día.

* * *

Durante el año 1923, viajaron por vía aérea 28.801 personas en Alemania; 11.947, en Inglaterra; 7.361, en Francia y 3937, en Holanda.

Los aparatos aéreos ingleses condujeron 306 toneladas de efectos diversos; los alemanes 102; los franceses 755 y los holandeses 175.

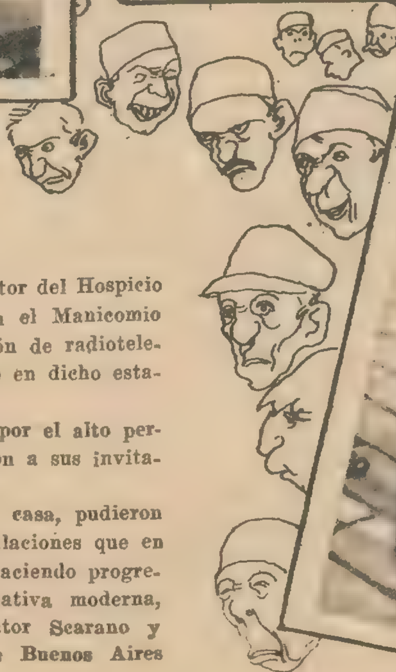
Los locos y la radiotelefonía



El director del Hospicio de las Mercedes, doctor Scarano (1), acompañado del doctor Sierra (2).



Los enfermos del manicomio toman el sol apaciblemente en el jardín del hospicio.





Un alienado cuenta su historia a un grupo de periodistas.

Amablemente invitados por el doctor Scarano, director del Hospicio de las Mercedes, varios periodistas se reunieron en el Manicomio Municipal, con motivo de inaugurarse una instalación de radiotelefonía, que por iniciativa del director se ha realizado en dicho establecimiento benéfico.

El doctor Scarano y el doctor Sierra, secundados por el alto personal del manicomio, atendieron a sus invitados con exquisita cordialidad.

Durante la recorrida por la casa, pudieron admirarse las magníficas instalaciones que en aquel establecimiento se van haciendo progresivamente, gracias a la iniciativa moderna, científica y práctica del doctor Scarano y que colocan al manicomio de Buenos Aires



El pupilo de la trompetilla.



Periodistas y alienados escuchando una audición radiotelefónica.

[illegible]



El director de manicomio rodeado de varios periodistas e invitados que asistieron a la inauguración de la instalación radiotelefónica



Los médicos del establecimiento



Un grupo de invitados



El místico.

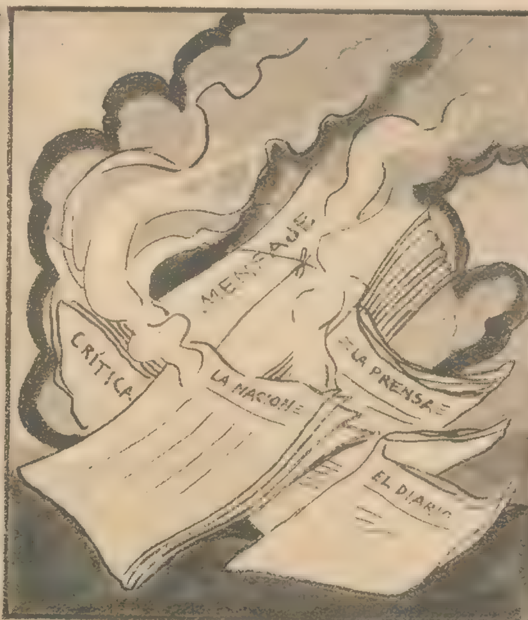
ninguno de esos procedimientos que el vulgo cree, por haberlos leído en los novelones o visto en cintas terroríficas, y que presentan a los locos dándose de cabe[illegible] acolchonadas d[illegible]

En el Hospicio de las Mercedes los exaltados están reunidos en salas espaciosas en las que reposan tendidos en cómodas camas como las de cualquier hotel. La fantasía popular cuando no se conocen las cosas, exagera las proporciones de lo desconocido: la palabra manicomio crea una imagen espeluznante y terrorífica; pero el visitante del Hospicio de las Mercedes sólo saca de aquella cas[illegible] dolorosa impresión de todos los que penetran en un sanatorio, por que tanto aquellos, como todos los demás enfermos son dig[illegible] [illegible] son, unicamente, unos pobres enfermos, quizá más felices que [illegible] [illegible] las amarguras de su [illegible]

EL INCENDIO POLÍTICO



Un señor tira un fósforo al pasar



Se prende un montón de papeles...



El fuego se comunica a un edificio.



Hay varias victimas.



El viento hace mas intensa la catastrofe



Se queman varios edificios valiosos



Pero el fuego es tan voraz que se propaga a la provincia.



Y no queda ningún rincón de la República donde no se queme algo.



Como consecuencia de esto, se forma un cuerpo de bomberos voluntarios, del cual se nombra Presidente hono[illegible] al doctor Alvear.

Dib. de Rojas.



Frente del palacio de don Ernesto Bosch, situado en la avenida Alvear y Darragueira, visto por la parte que da al jardín posterior.

Durante su permanencia en Buenos Aires, el príncipe Humberto se alojará en una regia mansión.



El príncipe Humberto de Saboya, heredero de la corona de Italia, que llegará a esta capital el 20 de agosto próximo.



Hall de la planta baja. Fotografía tomada desde la escalera.



El magnífico jardín, que, con sus sencillas líneas, completa la suntuosidad de la mansión.



Vista general del palacio donde se alojará el príncipe Humberto. Detalle de la fachada y del jardín.

LA OBRA DE ITALO BOTTI



El pintor Italo Botti



[illegible] solitaria

Italo Botti, el joven artista nues[illegible] profundo conocedor de la paz de los caminos, puso su alma toda en la serenidad de las rutas sub[illegible] [illegible]ndidas a la reflexión de los solitarios en la humildad de los pueblecillos. Una casita, un árbol, un aldeano carretón, suelen, como un signo, animar de presencia humana las telas plácidas de este poeta, que buscó también un campo para sus expresiones, en el abrigo de la Vuelta de Rocha, donde las barcas andariegas se detienen, uniéndose como para encontrar en el calor de sus maderos, el recuerdo de un hogar o de una cabecita rubia, único dolor de los [illegible] buscadores de imposible. Pero el puerto o el Riachuelo, no inspiraron a Botti en el ajetreo de una ruda labor o en la vivacidad que hace brilar los cascos asoleados. Los buscó en horas apacibles; en el gris que envuelve las formas en la indecisión de las humaredas; en los días de bruma, cuando la voz de las bocinas se alarga como un grito; en lo indefinido, que dice a cada una de las almas lo que independientemente les sugiere.

Por ello, dijimos, que no debiera nunca abandonar el árbol que es verso, la barca [illegible] camino, que dentro de su mayor sencillez, es tortuoso como la propia vida. Fueron viejos [illegible] ros suyos [illegible] tu[illegible]



"Camino"





[illegible]







Sin [illegible]
Y ten[illegible] caso, pero bueno es de[illegible] influencia extraña y [illegible]terna y pernic[illegible]

Solo, con su propio corazón, ha encontrado en la montaña adusta la verdad, humilde como [illegible] campesina. Y en esa soledad, propicia a la meditación, que no es otra cosa que un diálogo consigo [illegible] una ramita verde para fresca alegría de su huerto.

Ricardo GUTIÉRREZ.

Notas Mundanas



Señorita Luisa Guerrero, que re[illegible] con el señor [illegible] Carrillo.



La señorita Josefa Cabaс y el señor [illegible] Almaceña, después de [illegible]



Bodas de la señorita Amelia Maria Simonetti con el señor José Pedro Viglioni. — Los contrayentes después de la ceremonia nupcial.



Señorita [illegible]

GENTE MENUDA



María Amelia Paglinca



María Ivone Filippini Ortiz



Yeye Kiperman



[illegible]



Renato Forrirela



Alida Súñivas

LA PAGINA DE LOS DEPORTES



Señorita Lilian G. Harrison, que en breve intentará, a su vez, la travesía a nado del canal de la Mancha. (Caricatura de Méndez Mujica).



Mayor Pedro A. Zanni, que está ultimando los preparativos para intentar la vuelta al mundo en aeroplano.

Inauguración del magnífico field del C. A. Boca Juniors



Parte de la columna de manifestantes, entre los cuales figuraban los jugadores y delegados del Nacional de Montevideo, que se trasladó desde el antiguo al nuevo field del Boca Juniors, para izar en el pabellón oficial de éste, la bandera de la institución. El acto fué eminentemente popular en el barrio de la Boca, congregándose los viejos y nuevos dirigentes de la entidad.



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear, su esposa, doña Regina Paccini, los ministros de Guerra y de Relaciones Exteriores y otros invitados en la tribuna oficial, presenciando el match de football entre los primeros equipos del Boca Juniors y Nacional, ganado por aquel por 2 a 1 goals.

LA BATALLA, por el conde de GOBINEAU

(Traducción de Sara Fabregat).

Los gendarmes franceses acaban de cargar. El rey, con la espada baja, levanta su visera; por su frente corre el sudor y sus ojos brillan como rayos. Su caballo está jadeante. Las lanzas se mueven como las espigas en los trigales y los gonfalones ondulan y flamean. Los pendones de todos los colores flotan, ostentando el esmalte de las armaduras; llamadas de trompetas y clarines; redoble de tambores y tamboriles; gritos en la planicie, gritos de armas, de cólera, de dolor, torbellinos de polvo se levantan por todas partes; ruido de las descargas de cañón; por todas partes se ven muertos, heridos, en pilas, en filas, caídos, al azar.

Bourdillón (saludando al rey con su espada).—¡Mi señor el rey hace maravilla!

El rey.—¡Francamente, Bourdillón, habladme como a un amigo de corazón! ¿Me he comportado bien?

Bourdillón.—¡Por todos los santos! ¡Mejor que Amadís!

El rey.—¡Bella cosa es la guerra! ¡Mi corazón llega al cielo! ¡Adelante!... ¡Mirad!... ¡La refriega está rabiosa en la izquierda!... ¡Caballero, adelante, carguemos! (Baja de nuevo su visera, agita su espada y parte con la muchedumbre, que grita: ¡Viva el rey! ¡San Dionis! ¡Francia!)

OTRA PARTE DEL CAMPO DE BATALLA

Los suizos formados en grandes batallones.

El capitán Ruttimann de Lucerna.—¡Oh, jóvenes, mirad los gascones! ¡Su tarea está cumplida! ¡Los albaneses huyen derrotados! ¡Si no os precipitáis, adiós el pillaje; los camaradas tomarán lo mejor!

Los soldados.— ¡Es verdad, es verdad, adelante!

El capitán.—¡Bajad el bosque! ¡Apresuraos! ¡Firmes!

Los suizos se precipitan con grandes golpes de alabardas sobre un escuadrón de hombres de armas milaneses, que, en un instante se dispersan y huyen; matanza, gritos, tambores, trompetas.

DEL LADO DE LOS ALIADOS

Un altozano. — El marqués de Mantua, general de la armada Veneciana; capitanes de aventureros y stradiotas, los dos proveedores, nobles con su séquito. En la planicie, los diferentes cuerpos milaneses y venecianos comienzan a hacer pie.

Primer proveedor.—¡Pero, señor marqués, no comprendo lo que pasa! La serenísima señoría ha pagado la soldada de los hombres hasta el último maravedí. Vos habéis tenido todo lo que habéis pedido! ¡Nada os falta!... víveres, cañones, municiones... ¿Por qué las tropas no se sostienen?

El marqués.—Estoy dando órdenes; no tengo tiempo de responderos. (Habla a muchos oficiales, que se alejan rápidamente en diferentes direcciones. Pasa la artillería..

Segundo proveedor.—¡Es intolerable! Yo daría mis razones. Me parece que los alabarderos huyen

Primer proveedor. — Aquí pasa algo grave.

El marqués. — Seguramente, nuestro centro se comporta mal.

Segundo proveedor. — ¡Señor marqués, tenemos el derecho de interrogaros y vos de contestarnos!

El marqués.—¿No encontráis que los milaneses nos sostienen fríamente? No sé con qué piensa su general Gayazzo.

Primer proveedor.—¡Hacedlo detener!

Segundo proveedor.— ¡Reflexionad, por Dios!, ¡reflexionad, señor colega! Caso semejante no está previsto en nuestras instrucciones. ¡Vuestra propocisión es muy atrevida!

El marqués.—¡Por San Marcos! ¡Lo que yo temía llega! ¡Los stradiotas se desbandan para pillar sus bagajes! ¡Nuestras gentes de pie no están muy cubiertos en su derecha! ¡Los aplasta la caballería!... ¡Huyen!

Los dos proveedores.—¿Todo se ha perdido?

El marqués.—¡Por mi fe, casi!... ¡No quedarse aquí, señores! Los gascones llegan corriendo... al galope! ¡Reunamos nuestros hombres!...

(Las trompetas francesas anuncian la carga; la batalla de Fornone está perdida para los venecianos y los milaneses.)

El cofre antiguo

Por CLAUDE MARSEY

El señor Gavotte hubiera podido ser el hombre más dichoso. Llevaba una vida tranquila, ganando bastante en su oficio de carpintero, que ejercía en su modesto taller de la calle de Bolívar. Pero un buen día se hizo anticuario. Le dolía que un hermoso mueble nuevo, sólido, se vendiera mucho más barato que un mueble antiguo desvencijado. Y entonces se decidió a construir él muebles antiguos.

Inmediatamente se dedicó a ello, de un modo clandestino, naturalmente. Detrás de su taller había un cuartucho, al cual se entraba por una puertecilla estrecha, por la que apenas cabía un hombre de regular talla. Era cuanto necesitaba para trabajar lejos de miradas indiscretas.

El señor Gavotte construyó primero sillas antiguas, que vendió a muy buen precio. El éxito le animó, y no tardó en encontrar clientela bastante.

Entre sus parroquianos había un opulento banquero, aficionado a cuantos objetos antiguos, sillas, mesas, camas, etc., se le ofrecían. Cuando conoció a Gavotte andaba buscando un cofre de la época de Enrique IV.

—¡Un cofre Enrique IV!—le dijo Gavotte.—Yo sé quién tiene uno soberbio, espléndido, uno de los poquísimos ejemplares que quedan. Pertenece a un marqués del "faubourg" Saint-Germain, muy necesitado de dinero. Es una pieza auténtica, y, pagándola bien, estoy seguro de que nos la llevaremos.

—Daré hasta diez mil francos—contestó el banquero señor Brock.

—Por esa cantidad podemos contar con el mueble.

Aquel mismo día se puso a trabajar. Adquirió a bajo precio maderas de un derribo, y fabricó el cofre, procurando darle el aspecto de la mayor autenticidad. Lo barnizó en forma que adquiriese la pátina del tiempo, lo desvencijó convenientemente y simuló los estragos de la carcoma disparando sobre el mueble varios cartuchos.

De vez en cuando el señor Brock iba a ver al anticuario.

—Un poco de paciencia—le decía Gavotte.—El marqués pide demasiado. Al fin y al cabo es un mueble de familia y se resiste a venderlo por ese precio. Pero yo le aseguro que cederá. Es cuestión de tiempo.

Cuando Gavotte hubo terminado su obra y creyó que la mixtificación no podía descubrirse, mandó a decir al banquero que ya tenía el cofre en su poder.

El señor Brock se presentó a los pocos minutos en automóvil. El anticuario lo llevó al cuartucho, y mostrándole su obra dijo:

—¡Esta es la maravilla! La traje ayer con toda clase de precauciones, y la he encerrado aquí para que nadie la vea. ¿Qué le parece?

El señor Brock contemplaba el mueble extasiado. Nunca hubiera soñado con poseer semejante ejemplar. ¡Era un Enrique IV auténtico! Y quiso llevárselo inmediatamente en su automóvil.

Cuando el señor Gavotte quiso sacar el mueble se vió que no cabía. El cofre era dos veces mayor que la puerta. No había medio de que cupiera por aquella puertecita tan estrecha.

Hubo un momento de silencio angustioso, que el banquero interrumpió con estas palabras, dichas en un tono singularmente irónico:

—Dígame, señor Gavotte: si hoy no puede usted sacar el mueble, ¿cómo se las compuso ayer para entrarlo?

LA OCASIÓN HACE AL LADRÓN



—¿No cree usted que ese abrigo me sentará admirablemente?
—¿Es de usted?
—Todavía no.

SECCIÓN VERMOUTH

CONSECUENCIA LÓGICA

—Jaime, se me declaró mientras íbamos paseando en su automóvil...
—¿Manejaba él?
—Eso es. Y le di el "sí" en el hospital.

HAZ BIEN...

—Señor. ¿Puede darme veinte centavos para reunirme con mis padres?
—Como no, hijito. Aquí tenés los veinte centavos. ¿Dónde están tus padres?
—En el cinematógrafo.

SEÑAL DE PELIGRO

—¿Adonde vas?
—A casa. ¿No oyes que me llama mi mamá?
—¡Qué importa! Ya te ha llamado dos o tres veces y no has ido...
—Pero es que ahora está en la puerta y lleva un palo en la mano.

MALA SUERTE

—¿Qué fué de aquel alocado de Pablo?
—¿No sabe? Hace tiempo abrió un comercio...
—¿Y le fué bien?
—No tuvo tiempo de nada, pues llegó en seguida el vigilante.

EN LA ESCUELA

El profesor.—Vamos a ver, Tomasito. ¿Por qué saca el perro la lengua cuando corre?
Tomasito.—Para que haga contrapeso con la cola.

UN MARIDO CARIÑOSO

—¡Juan!—dice la esposa desde el dormitorio.—He oído que el reloj dió dos campanadas cuando has llegado anoche a casa.
—Sí querida,—responde el marido.—Empezaba a dar las once y yo lo paré para que no te despertase.

SE LE ACABÓ LA PLATA

—Mi dentista es un rico tipo, cada vez que me saca un diente, me da un vaso de whisky.
—¿Y por qué no has vuelto más?
—Porque ya me ha sacado todos los dientes.

DESEO SATISFECHO

—¿Ha visto usted satisfecha alguna de sus aspiraciones de muchacho?
—Sí. Recuerdo que una vez cuando me llevó mi madre a hacerme cortar el pelo desee ser calvo...

PISADITA

—Gracias por su regalo, tía.
—¡Oh! No hay de qué, no vale nada...
—Ya lo sé. Pero mamá me ha dicho que le dé las gracias lo mismo.

LECCIÓN DE GRAMÁTICA

La maestra.—Juanitó. ¿Cuáles son los géneros?
Juanito.—Masculino y femenino. El primero se divide en dos zonas templadas y el segundo en frías y tórridas.

RESPUESTA CONVINCENTE

Vagabundo.—Señora. ¿Quiere darme un trozo de carne fría?
La señora.—Aquí no hay carne fría. Somos vegetarianos.
—¡Ah! Yo no quiero entenderme con gente que no le gusta la carne.
—Espere un poco llamaré al perro, a ese le gusta.



QUERÍA CONVENCERSE

—¿Por qué gritas de ese modo, muchacho?
—Porque mamá me ha dicho, que si grito y lloro vendrá un ratón grande con ojos verdes y rabo colorado y se subirá a mi cama... Pero no viene.

ENTRE MADRES MODERNAS

—Ahora acaba de pasar mi hijo...
—¿Cómo sabes?
—Porque he conocido a la niñera.

TOMANDO PRECAUCIONES

—¿No puedo cambiar de nombre, mamá?
—Por qué. ¿Qué idea te ha dado?
—Porque papá me ha dicho que en cuanto llegue a casa me dará una paliza tan cierto como me llamo Roberto.

RÁPIDA

—Antonio, ¿puedes decirme cual es el animal más apegado al hombro?
—Sí. El perro de presa.

TIEMPO PERDIDO

—Papá, nuestro profesor de economía doméstica, nos está enseñando la forma de gastar el dinero...
—¡Qué pavada! Eso equivale a enseñar a nadar a los peces.

GOLPE EN FALSO

—¿Puedo pedir cinco pesos prestados?
—Seguramente, siempre que no sea a mí.

UN PAR DE BOFETADAS

Por ALBERT ACREMANT

—Miguel, mira ese hombre.
—¿Qué le pasa a ese hombre? Parece muy simpático.
—No me quita el ojo.
—¿Tú crees?
—¿Piensas que miento?
—Está vuelto del otro lado.
—Porque lo vigilas. Deja de observarlo un segundo, y verás cómo vuelve a mirar.
—Por lo visto estoy condenado a no darme nunca cuenta de nada.

Cada vez que el señor Arnaut lleva a su mujer al café se desarrolla la misma escena. La señora de Arnaut, que ha cumplido los cuarenta y cinco años y es bastante fea, tiene la manía de creer que todos los hombres la desean. ¡Pobre mujer!

En vano ha tratado el marido de volverla a la realidad. Tiene en contra suya sus fracasos de empleado. Subjefe en una casa de banca, no ha podido llegar todavía a jefe. La señora de Arnaut se lo echa en cara veinte veces al día.

El desventurado vuelve a sumergirse en la lectura de "L'Illustration", y viendo las fotografías del desierto se esfuerza por olvidar la cara avinagrada de su esposa.

Esta le da de pronto un fuerte codazo.
—Míralo ahora.
—¿A quién?
—Al tipo ése.
—Espera que me ponga los lentes.

Este gesto indigna a la señora de Arnaut. Cuando su marido se vuelve hacia el culpable éste tiene una actitud nada inconveniente. Escucha la orquesta con gran atención. Representa unos cuarenta y cinco años. Tiene una barbita gris, recortada en punta. Nada revela en él al Don Juan de café.

—Me ha guiñado un ojo—concreta la señora de Arnaut.
—Tienes demasiada imaginación.
—Y tú demasiada confianza. Pero no te fíes; cualquier día pudiera aprovecharme, y...
—No digas tonterías.
—No las diré; pero las haré. Ya te arrodillarás a mis pies para que vuelva a tu lado, tonto; que ni siquiera has podido llegar a jefe de negociado.

El señor Arnaut ha vuelto a coger el periódico Su esposa habla tan alto, que los vecinos de mesa apenas pueden contener la risa. Todas las miradas están fijas en el marido, que no se atreve a contestar.

A los dos minutos, la señora de Arnaut le cierra bruscamente la cubierta de "L'Illustration" y exclama:
—¡Esto ya es demasiado!
—¿Qué?
—Que me ha sonreído.
—Pues no lo mires.
—¡Eso me faltaba, que tuviera yo que humillarme! ¡Pues no! ¡Tengo mucha dignidad! ¡Él es quien debe marcharse!
—¿Y si no se va?
—¡Irás a abofetearlo!
—¿Yo?
—Tú, sí... Si no eres capaz de ser jefe de negociado, creo que serás capaz, por lo menos, de castigar a un insolente.
—¡Nunca!
—¡Entonces eres un cobarde! ¡Mira, ahora acaba de hacerme un gesto significativo! Se burla de ti y me dice por señas que no eres hombre capaz de castigarlo.

El señor Arnaut se detiene un momento. ¿Es posible que un caballero de fisonomía tan apacible sea capaz de ciertas cosas? No.

—Estoy seguro—dice a su mujer—que ese caballero es muy simpático y que si nos presentaran seríamos muy buenos amigos.
—Pues, siendo así, adiós. ¿No sabes hacer que me respeten? Nos divorciaremos y diré que me separo de ti por adúltero y borracho.
—¡Eso es un "chantage"!
—¡Pues abofetea a ese individuo!
—¿Y en cuanto lo haga me juras que me dejarás tranquilo?
—Sí.
—Bien.

El señor Arnaut ha tomado una resolución. No se podrá decir que no ha hecho todo lo posible para tranquilizar a su esposa. No piensa en las consecuencias del paso que va a dar. Se levanta como un autómata, se dirige hacia el señor de barbita gris y le dice:
—¡Caballero, acaba usted de mirar a mi señora de un modo inconveniente!
—¡Es falso, caballero!
—¡Es verdad!

¡Pif, paf! Sólo los tímidos son capaces de semejantes audacias. Después de abofetear a aquel pobre señor inocente, Arnaut queda frente a su adversario en una actitud estúpida. Toda su voluntad se ha desvanecido. ¿Qué espera? ¿Que su adversario responda a la agresión? Indudablemente. Pero el agredido se limita a sacar una tarjeta del bolsillo y a entregársela. El señor Arnaut le da la suya. Habrá duelo. La señora de Arnaut está satisfecha.

Al día siguiente Arnaut, que es un hombre bueno, quiere reparar la injusticia que ha cometido. Su adversario se llama Julio Dupont y vive en la avenida Marceau. ¿Por qué no ir a su casa?

El señor Arnaut cuenta su historia a Julio Dupont. En términos conmovedores le cuenta el calvario de su vida. Y el señor Dupont le contesta en estos términos:

—No necesita usted excusarse. Nadie mejor que yo puede comprenderle. Yo también tengo una señora por el estilo de la suya. No deja de censurarme porque no soy todavía oficial de la Legión de Honor. Lo menos que podemos hacer los mártires es ayudarnos. Nos batiremos con toda la dulzura que impone nuestra simpatía recíproca. Seremos amigos, y confío en que nos veremos a menudo. Por otra parte, estoy satisfecho, porque puedo hacerle un favor. Le doy a usted la plaza de jefe que desde hace tanto tiempo desea. Soy presidente del Consejo de Administración de la casa de banca donde presta sus servicios. Yo soy el abofeteado, pero le perdono. ¿No somos hermanos de miseria?...

El fósil de John Hallam

Por

GABRIEL TIMMORY

Unos meses antes de emprender su primer viaje a Francia, el multimillonario John Hallam, deseoso de asegurarse un brillante recibimiento, decidió hacerse preceder de un magnífico regalo.

—Quiero mandar—dijo a su secretario, Percy Stradford — un regalo al Museo de Historia Natural de París. No me importa el gasto. Encárguese usted de comprarme un fósil, vivo o muerto.

Como se ve, Hallam, antiguo matarife, convertido en rey de los embutidos, poseía nociones muy vagas de paleontología; pero como era rico se creía infalible y no admitía que se discutiesen sus órdenes. Stradford se libró mucho de hacerle la menor objeción.

Vió en primer término a los anticuarios. Le ofrecieron valiosos bargueños, relojes Luis XVI y aun cocodrilos disecados, que le dijeron eran contemporáneos de los Faraones. Pero no encontró fósiles, por no figurar los monstruos antediluvianos en el catálogo de objetos antiguos. Recorrió luego las tiendas de novedades, pero tampoco encontró ningún ejemplar. Fué entonces cuando encontró a Archibaldo Clark. En otras circunstancias hubiera fingido no verlo, pues su amigo, condiscípulo de colegio, fracasado en cuantos negocios había emprendido, no le abordaba sino para pedirle dinero; pero en aquella ocasión necesitaba un confidente.

—¡Bien! — exclamó Clark cuando Stradford le dijo lo que le ocurría. — ¡Ya puedes decir que has tenido suerte al encontrarme!

—¿Es que tú sabes dónde hay un fósil?—le atajó Stradford.

—No cuento con ninguno entre mis amistades; pero si lo pagas bien, me encargo de procurarte uno.

—Tus condiciones están aceptadas.

—Necesito diez mil dólares, de los cuales me darás ahora mismo cien.

—¿Y cuándo tendremos el fósil?

—Dentro de un mes, a más tardar.

Stradford le entregó los cien dólares. Clark, al quedarse solo, empezó a arrepentirse del compromiso contraído. Cierto que tenía cien dólares a su disposición; pero, en caso de fracaso, no podría en lo sucesivo contar con un amigo que le había salvado más de una vez en situaciones críticas. ¿Pero dónde encontrar un fósil? Estuvo pensando un rato, y al fin sonrió. Tenía la solución.

—Querida Winnie—dijo a su mujer al entrar en su casa,—te traigo la fortuna.

Y arrojó sobre la mesa del comedor dos chuletas. Winnie le miró asombrada, y creyó que se había vuelto loco cuando le oyó decir:

—Desde mañana traes todos los días veinte chuletas de éstas y cinco piernas de carnero.

Cuatro semanas después dijo a Stradford:

—Ya lo he encontrado.

Stradford lo llevó a casa de su amo.

—Enséñeme usted el fósil,—le dijo Hallam.

—No está aquí—respondió Clark.—Se encuentra en unas tierras que poseo en Connecticut.

—¿Es grande?

—Veinte pies. Es un hermoso ejemplar.

Al día siguiente, a ruegos de Hallam, el sabio profesor de Paleontología de la Universidad de Columbia, Quickwell, salía, acompañado de Clark, para Connecticut, en uno de cuyos bosques acababa de ser exhumado un ejemplar de la fauna prehistórica. Clark recibió sus diez mil dólares.

El fósil pertenecía a una especie desconocida.

El profesor Quickwell publicó en una revista el resultado de sus investigaciones. Se trataba de un animal antediluviano, pájaro y reptil a la vez. Por esto le dió el nombre de *ornitosauro*. Debía de ser de forma alargada y su esqueleto estaba compuesto de huesos fuertes unos y débiles otros, lo cual le permitía arrastrarse y volar. Tenía dos patas, que en caso de necesidad se transformaban en aletas. Es de suponer que tendría alas y que gran parte del cuerpo estaba protegido con escamas. De la composición de su cuerpo, el sabio profesor deducía las hipótesis más ingeniosas acerca de las costumbres del *ornitosauro*, monstruo terrible que debía de lanzarse sobre sus víctimas para ahogarlas y alimentarse luego de su sangre. Debió sucumbir la especie en su lucha contra otras más fuertes.

Todos los periódicos reprodujeron el artículo de Quickwell, y anunciaron que el fósil la había adquirido el multimillonario Hallam para ofrecerlo al Museo de Historia Natural de París.

El acto de la entrega en la capital francesa fué una solemne ceremonia, a la que asistió el ministro de Instrucción Pública, el cual condecoró al generoso donante.

De regreso a su hotel, Hallam tuvo que salir al balcón para agradecer las ovaciones de los estudiantes, que lo aclamaban en la calle.

Cansado de la jornaba iba a acostarse, cuando le anunciaron que Archibaldo Clark quería verlo.

—¿Qué viene usted a hacer en París? — le preguntó, sorprendido por aquella visita tan inesperada.

—Confesarle que le he engañado,—dijo humildemente Clark.—El *ornitosauro* no existe. Lo he fabricado yo con huesos de chuletas y de pierna de carnero, a los que he dado un aspecto de antigüedad gracias al empleo de una preparación química. Perdone usted que no le dé más detalles: ya los leerá en un artículo que pienso publicar descubriendo mi superchería. Lamento ponerle a usted en ridículo; pero mi conciencia no me permite prolongar la farsa. Tengo remordimientos.

Hallam cogió el libro de cheques.

—¿Cuánto me costaría acallarlos?...

—Diez mil dólares.

—Es usted un canalla—dijo Hallam mientras firmaba el cheque.

Clark salió, pero volvió a la semana siguiente, y las otras, asaltado por nuevos remordimientos, cada vez que se le acababa el dinero. París lo arrastraba a gastos fabulosos, que podía satisfacer gracias a Hallam.

Desde entonces el millonario vivió en una constante angustia. Temía el escándalo que se produciría tan pronto se negase a dar más dinero.

—Querido—dijo un día a Clark, que iba a hacerle una nueva petición:—voy a permitirme hacerle una proposición. Supuesto que usted ha fabricado un *ornitosauro*, ¿podría usted fabricar otros?

—Desde luego.

—Entonces, véngase conmigo a América. Es usted mi socio. Vamos a montar una nueva industria.

La fábrica de productos antediluvianos que Clark dirige en Andrinópolis por cuenta de Hallam está ahora en plena actividad. De allí salen los ejemplares más raros de la fauna y flora prehistórica.

Archibaldo Clark ha llegado a ser millonario y John T. Hallam espera triplicar su capital fundando el *trust* de los fósiles.

PUCHITOS

De la población de Gran Bretaña, el 80 por 100 vive en las ciudades.

* * *

A fines del pasado marzo el número de abonados telefónicos de la capital de Inglaterra ascendía a 220.000.

* * *

En las escuelas técnicas de Tokio (Japón), se dictan actualmente clases especiales de arquitectura para muchachas.

* * *

Para resolver el problema del tráfico se ha propuesto en Estados Unidos construir aceras para peatones, a una altura de trece pies sobre el nivel de la calle.

* * *

Los abanicos de plumas de pavo real vuelven a ponerse de moda a pesar de que los supersticiosos afirman que "traen mala suerte".

* * *

De 42.000 médicos que practican su profesión en Inglaterra, 2.000 son mujeres.

* * *

Los accidentes callejeros que se produjeron en Londres durante el año 1922 fueron el doble de los acaecidos en 1909.

* * *

El exceso de baile produce perjuicios al corazón. Por lo menos así afirman varios doctores quienes "han puesto de moda" la enfermedad de los bailarines.

* * *

En París empiezan a ponerse de moda guantes rojos o azul fuerte que hacen juego con zapatos del mismo color.

* * *

Se han traducido unas inscripciones halladas recientemente en el Sinaí. Están trazadas en antiguo hebreo y se dice que fueron escritas por Moisés.

* * *

La práctica ha demostrado que las lecciones enseñadas en las escuelas por medio del cinematógrafo son aprendidas más pronto y mejor que por otro sistema. Siguen en orden las dictadas con ayuda de la linterna, y las orales ocupan el tercer lugar.

* * *

Lofty, el hombre más grande del mundo mide 9 pies y 3 y ½ pulgadas de estatura. Ha fumado desde que era muchacho. Tiene 23 años de edad y su verdadero nombre es Jan van Albert.

* * *

Durante un viaje hecho por un transatlántico, mientras los pasajeros que se hallaban en uno de los extremos del buque, presenciaban una hermosa puesta de sol, los del otro extremo sufrían las consecuencias de una tempestad.

* * *

"Graduados" en una academia de pobres, establecida en Viena, están dando que hacer a las autoridades de Suecia y Noruega, pues esos impostores van de puerta en puerta y por las calles molestando con su repulsivo aspecto a los habitantes y obtienen cantidades que les permiten vivir en buenos hoteles.

* * *

El año pasado marcharon de Inglaterra para el Canadá, en busca de mejores horizontes para su profesión 2.000 sirvientes domésticos.

* * *

En los cuarteles de Talavera, Aldershot, se han instalado grandes espejos para que los soldados estudien marcialidad.

* * *

Mientras un médico de Budapest, llamado Vinze se encontraba examinando a un paciente, se sintió enfermo de repente y dijo.—Discúlpeme la molestia, pero no voy a tardar en morir. En efecto inmediatamente se desplomó ya cadáver.

* * *

En la oficina de administración del Canal de Suez, en Port Said, hay un modelo del canal en pequeño, indicando la posición exacta de los buques que pasan por él. La situación se arregla por medio de la radiotelegrafía.

* * *

En Londres toda persona de más de dieciséis años puede empeñar objetos.

* * *

El Brasil produce, por término medio 360.000 toneladas de café anualmente, o sea la cuarta parte de la suma total que se consume en el mundo.

* * *

El arte de fabricar papel, ha llegado a tal punto que hoy es posible cortar un árbol y convertirlo en buen papel para imprimir, en el corto espacio de 24 horas.

* * *

La carne de ternera es mucho más nutritiva que la de carnero.

* * *

El corazón de los animales herbívoros late por término medio 58 veces por minuto; el de los carnívoros, 75, lo cual representa una diferencia de 20.000 latidos en 24 horas.

* * *

No es muy general que de padres jóvenes nazcan hijos de gran talento, ni tampoco suelen encontrarse entre los primogénitos.

* * *

Casi las dos terceras partes de las cartas que circulan cada año, van escritas en inglés.

* * *

El chanchito de Indias se halla completamente desarrollado a las seis semanas de edad.

* * *

La duración de un riel en una vía férrea de movimiento, nunca es mayor de doce años.

* * *

El término medio del peso del cerebro de un hombre es de 3 libras, 8 onzas,—dice un médico inglés,—y el de la mujer de 2 libras, 11 onzas.

CÓMO ACABAN LAS FAVORITAS

La que fué guillotinada

Hace ciento treinta años que pereció en la guillotina madame Du Barry, la última favorita de Luis XV de Francia, y hasta hace poco seguían en discusión los historiógrafos acerca de si era guapa o fea, morena o rubia, delgada o gruesa la referida cortesana.

Hoy ya sabemos a qué atenernos, respecto a la Du Barry; contra lo que aseguraban los aduladores de ese astro del vicio, cuando él brillaba, sin competencia, en la corrompida corte de Versalles, no tenía la audaz aventurera nada de hermosa, al entrar a disfrutar de la protección de Luis XV.

Era una mujer con eso que llaman "angel" los andaluces, de cabellos rubios, abundantes, de dientes pequeñitos y blanquísimos, y de ojos azules, en extremo picarescos. Por lo demás, su estatura no era aventajada; le sobraban algunas grasas, y padecía con harta frecuencia de erisipela y de calor de hígado.

Todo lo que no quita para que Luis XV la adorara, quizá con más intensidad que a todas sus favoritas anteriores, y que por efecto de esa pasión senil (por entonces había cumplido ya el rey sesenta y cuatro años) llegase a estar completamente dominado por su "Jeannette", como la denominaba en la intimidad. Cuéntase, que cuando iba a morir el soberano, víctima de su conducta horriblemente depravada, mandó llamar junto a sí a la Du Barry, antes que a la familia real, para despedirse de ella y pedirla perdón por las pequeñas infidelidades cometidas durante los seis años que duraran aquellos amores extralegales. Infidelidades que había compensado el monarca aumentando sus locas prodigalidades con la favorita, hasta el extremo de llegar ésta a poseer alhajas por valor de 30 millones de francos.

El contraste que ofrece toda esa enorme riqueza, acumulada en las impuras manos de una cortesana, con el humilde origen de dicha personalidad, lamentable símbolo de un período histórico francés, nos lleva necesariamente a acompañar las presentes líneas de unos cuantos datos biográficos-anecdóticos de la Du Barry.

Durante mucho tiempo, se había creído que la referida favorita era de noble extracción, no habiendo faltado un historiador que la hacía descender, por la línea femenina, de la propia Juana de Arco. Pero la verdad es que la condesa Du Barry se llamaba en realidad Juana Becú, y era hija natural de cierta mujer de costumbres ligeras, conocida en el pueblecillo de Vaucouleurs, donde residía, por el apodo de la "Quantigny". Al cumplir Juana los dieciocho años, fué enviada por su madre a París, entrando a servir la muchacha en casa de un comerciante de modas de la calle Saint-Honoré. La historia de la simpática Juanita, desde ese momento hasta el decisivo en su vida en que cayó bajo la protección de un conde libertino y poco aprensivo, encargado de lanzarla al mundo de la gente que se divierte, es, poco más o menos, la historia de muchas jóvenes provincianas llegadas a París con un físico regular, muchos apetitos de lujo y carencia de sentido moral.

Al cumplir los veinticuatro años, Juana Becú tenía ya su nombre de guerra en la galantería: "mademoiselle Lange", y estaba relacionada con todos los grandes y corrompidos señores de la corte de Luis XV. Este quiso conocerla, entusiasmado por las entusiastas referencias que de ella le hacían, y no bien lo supo el protector oficial de Juanita, el conde Juan Du Barry se apresuró a llevarla, con pretexto de una audiencia, al palacio de Versalles. La ocasión no podía ser más propicia; el viejo monarca estaba aburridísimo, no bastando a sacarle de su negra melancolía las variadas diversiones del famoso "Parque de los Ciervos", y, lo que era más favorable todavía para mademoiselle Lange, encontrábase vacante el puesto, apetecidísimo por aquel entonces, de favorita "en titre", u oficial. Todas las beldades de Versalles se habían disputado inútilmente la sucesión de madame de Pompadour.

El rey quedó encantado de la gentil muchacha. Con aquella impetuosidad que siempre le había distinguido en cuestiones amorosas, dió órdenes para que inmediatamente fuera instalada en palacio. Pero como para poder presentar oficialmente a la corte la nueva favorita hacía falta constituir a ésta un "estado", como entonces se decía, encargóse el conde Du Barry de arreglar todas las dificultades. Al efecto, y no pudiendo él mismo, por ser casado, disfrutar de las ventajas de una nueva ignominia, hizo cazar a su hermano el conde Guillermo Du Barry, con la amigo del monarca. El tal Guillermo, pobre oficial que llevaba una vida mísera en una obscura guarnición del Mediodía, aceptó complacidísimo el "alto honor" que se le dispensaba. La misma noche de bodas, recibió de manos del rey el ascenso a coronel, una fuerte suma en metálico, la asignación de una renta de 30.000 francos y la orden de marchar a un punto lejano de París.

Dos días después era presentada en la corte la nueva favorita. De cómo se condujo la Du Barry en este acto solemnísimo, da cuenta en pocas palabras otra belleza de la época, madame de Genlis, en sus curiosas Memorias. Dice así el párrafo correspondiente: "La verdad es que la condesa salió bastante bien de la prueba. Hizo las tres reverencias ante el rey con gran dignidad y no poca soltura, sin tropezarse, como otras debutantes, en la inmensa cola del vestido. El saludo resultó en extremo gracioso. Bien se pudo ver que la discípula del maestro de baile Vestris había aprovechado bien las lecciones".

No bien quedó instalada definitivamente en Versalles la Du Barry, y disponiendo ésta en absoluto de la voluntad del monarca, fué convirtiéndose poco a poco en la dueña de Francia. Sus caprichos y locuras hacían enorme brecha en el tesoro de la nación, donde tenían sus bonos o libranzas el mismo valor que los firmados por el rey. Todos los parientes de "Jeannette", próximos y lejanos, cobraban de la hacienda francesa pensiones crecidísimas, figurando entre los que mejor aprovechaban la ocasión, los condes Juan y Guillermo Du Barry. El primero se valió de la influencia de la favorita, no sólo para acumular una renta colosal, sino para casar a su primogénito con una rica heredera perteneciente a la noble casa de los Condé y los Soubisse.

Aquella fué la época brillante de la Du Barry. A sus "petits-levers" (audiencias íntimas en el lujoso dormitorio de la favorita), acudía todo lo que brillaba entonces en París por alcurnia ilustre, por el talento o por el arte. El mariscal de Richelieu, el príncipe de Soubisse, el canciller Maupeou y el duque de Aiguillon eran de la "coterie" que rodeaba a Juanita, que llegó a constituir hasta un poderoso partido político enfrente del ministro Choiseul, enemigo acérrimo de la Du Barry. No puede imaginarse a qué grado de adulación cortesana, de servilismo vergonzoso, descendió aquella arrogante nobleza puesta en contacto con la encumbrada mujer, antes objeto de todo su desprecio. Un conde de De Tresme se ufanaba con el sobrenombre de "Tití de la señora condesa"; hombres de Estado como Maupeou, magistrados, príncipes y princesas, adulaban hasta a los animales predilectos de la Du Barry, disputándose las simpatías de la cotorra y del mono pertenecientes a la favorita. El negrito de la Du Barry, un ente repugnante y grotesco, llamado Zamora, al que Luis XV, en un momento de buen humor había nombrado gobernador del palacio de Luciennes, con 2.000 francos de sueldo, era objeto de las más rastreras adulaciones, pagándole a peso de oro su influencia con la amiga del rey.

Del dominio de la Du Barry sobre Luis XV, da idea la siguiente anécdota histórica: un día que el monarca se olvidó un instante de su café (cuya decocción acostumbraba a hacer por sí mismo), para decir frases apasionadas a su "Jeannette" fué interrumpido por la condesa en esta forma, nada respetuosa:

"¡Eh, tú, "la France", déjate de tonterías y cuida de la cafetera..." Y es fama que a Luis XV le hizo muchísima gracia aquello, sobre todo, el mote de "la France" que le había colocado su protegida.

El declinar de la estrella protectora de la Du Barry, comenzó con la muerte del rey, ocurrida el 29 de abril de 1774. Apenas tomó las riendas del gobierno Luis XVI, se apresuró a desterrar a la ex favorita al convento abadía de Pont-aux-Dames, aunque autorizándola a conservar sus damas y baja servidumbre, y fijándola una pensión anual de 150.000 francos de renta. También quedaba autorizada la Du Barry a conservar sus propiedades y sus inmensas riquezas en joyas, muebles y objetos de arte. Pero, después de haber vegetado un año la condesa en su triste retiro, se reveló contra aquella soledad y obtuvo del monarca el permiso necesario para ir a habitar el suntuoso palacio de Luciennes. Allí permaneció hasta la época de la Revolución distrayendo su ostracismo con una serie de ruidosas aventuras galantes, en las que figuraron mucho Lord Seymour y el duque de Brissac.

Las grandes riquezas amontonadas en Luciennes por la antigua favorita tentaron más de una vez la codicia de los amigos de lo ajeno. Solamente en uno de los robos cometidos en el palacio, se llevaron los ladrones dos mil alhajas, la mayoría de brillantes, esmeraldas y zafiros. Esto no quebrantó gran cosa el tesoro de la Du Barry, pues al ser presa por el gobierno revolucionario, como realista furibunda, y creyendo salvar su vida tentando la codicia de sus jueces, señaló los sitios en que ocultaba sus joyas, encontrándose en ellos una cantidad increíble de piedras preciosas y de objetos de arte, cada uno de los cuales les valían una fortuna.

La Du Barry compareció ante el tribunal revolucionario el día 2 de diciembre de 1793. Al oír la lectura de la sentencia que la condenaba a muerte sufrió un síncope larguísimo. Cuando recobró el sentido, lloró amargamente e hizo protestas de inocencia, asegurando que sus repetidos viajes a Londres no habían obedecido a inteligencias con los realistas, sino al deseo de poner a salvo parte de sus tesoros. Pero todas las declaraciones testificales habían sido abrumadoras para la Du Barry, empezando por la de su antiguo criado el negro Zamora, rabioso "sansculotte" entonces, y por tanto, enemigo declarado de todo lo que olía a realeza. De ahí que los jueces se mostraran inexorables.

La antigua amante de Luis XV fué conducida al suplicio en la misma carreta que los banqueros Vaudenyver y el diputado Noel des Vosges. Acurrucada en el fondo del vehículo, loca de terror, la cara horriblemente contraída, fué dando grandes alaridos desde la conserjería hasta la plaza de la Revolución. Una vez sobre la plataforma de la guillotina empezó a pedir gracia a la multitud, a los soldados, al mismo ejecutor. "Esperad un momento, señor verdugo"—decía la sin ventura con la voz ahogada por los sollozos.—Pero el feroz Sansón, la cogió violentamente por los hombros y la arrojó sobre la báscula de la guillotina, funcionando acto seguido la cuchilla.

Tal fué el fin de esa desgraciada, la única de las mujeres inmoladas por la Revolución, que diera muestras de cobardía en su supremo adiós a la vida.

EL FAMOSO CUARTETO ARGENTINO DE POLO



Juan Diego Nelson, capitán Enrique Padilla, Juan Bautista Miles y Arturo C. Kenney, que forman el equipo argentino de polo que tan brillante victoria obtuvo frente a los estadounidenses y que se espera ha de clasificarse campeón olímpico. (Caricatura de Méndez Mujica).

ANECDOTARIO

En el tren un señor inglés recorre gravemente su diario. En una estación sube otro inglés y coloca una canasta en la rejilla que se encuentra en lo alto, sobre la cabeza del lector.

A los pocos minutos algunas gotas caen sobre el periódico. El inglés pasa el dedo sobre ellas, y luego se lo lleva a los labios:

—¿Whisky?—pregunta.

—No—responde el otro—fox-terrier.

* * *

El fotógrafo de Ostende, preguntaba con marcado acento alemán al pintor Valentín Thibón.

—Diga sinior. ¿Cuánto vale un mujer cansada y una fuelle roto?

—No sé,—contestó Thibón.

—¿No sabe? Yo te lo digo: uno y cincuenta. Mujer cansada: se sienta. Fuelle roto no vienta. Sesienta y novienta: uno y cincuenta.

* * *

Cuando Bellini hacía representar su "Beatriz", en Venecia, Donizetti componía para Florencia su "Parisina". Por una coincidencia, la misma frase musical que utilizó Bellini para su famoso quinteto, se hallaba también en el apóstrofe final de la "Parisina".

Encontrándose algún tiempo después los dos célebres compositores, Donizetti, dijo a su compañero.—Me alegro mucho que una idea mía haya servido para el sublime quinteto de tu obra.—No estoy seguro de haberte robado a ti la patética frase,—contestó sonriendo, Bellini.—En todo caso, la he colocado bien. Sin embargo, me parece que los dos la hemos encontrado en alguna parte...—Donizetti, quedóse pensativo. Luego, comenzó a tararear, exclamando de pronto:—No es tuya ni mía, compañero: es nada menos que de Weber!

* * *

El viejo pintor Bonifanti, maestro de Cupertino del Campo y de Antonio Alice, visitaba con el primero de sus discípulos una importante exposición. Detúvose un momento ante un gran cuadro muy malo, titulado "Pace". Luego, dirigiéndose a del Campo, exclamó:

—¡Prefiero la guerra!

* * *

Cuenta Descamps, que cuando el célebre Van Dyck determinó pasar a Inglaterra, dirigióse a Harlem para visitar a Frans Hals. Un día que aguardaba en el estudio—después de varias esperas inútiles—vió entrar al artista, que se detuvo mirándole con sus ojillos gelatinosos.

Van Dyck, le dijo: soy un extranjero que desea un retrato y dispone de dos horas para posar.

Hals, tomó la primera tela que encontró a su alcance y en una hora terminó el retrato. Van Dyck quedó satisfecho, pero manifestó que la pintura le parecía cosa fácil, rogando a Frans Hals que ocupara su sitio porque deseaba ensayar. Poco tiempo después, Van Dyck, a su turno, rogaba al artista que juzgara por sus propios ojos. Frans Hals, observó largo rato la tela, con una emoción profunda, y volviéndose hacia su visitante, le abrazó furiosamente exclamando:

—¡Usted es Van Dyck! ¡Solo Van Dyck puede pintar así!

El melón del desierto

En ciertas regiones desiertas del Africa, y más especialmente en el territorio de la bahía de la Ballena, existe una planta que puede ser considerada como la Providencia de las míseras tribus que habitan aquellas comarcas.

El "narrah" es una cucurbitácea, pero contra lo que ocurre con todas las demás plantas de dicha familia, ésta no tiene hojas. Para hablar con más exactitud, en su tallo se forman hojas pero apenas se forman se secan, se caen y son reemplazadas por largas espinas muy agudas y muy resistentes que brotan siempre en parejas. Estas espinas protegen eficazmente los frutos contra los ataques de los mamíferos y de las aves, y los dejan a la disposición de los hombres que saben cogerlos sin pincharse.

El fruto de la mencionada planta contiene materias eminentemente nutritivas y constituye el único recurso de numerosos nómadas que estarían condenados a morir de hambre si les faltase la cosecha, por una causa o por otra.

Las raíces de la planta muy semejantes a las de la zarza, se hunden profundamente a través de las dunas de arena hasta que encuentran el suelo húmedo el cual se halla a veces a veinte metros de profundidad.

La ausencia de hojas es otra prueba de la maravillosa adaptación del "narrah" al terreno. Como allí se desencadenan frecuentemente terribles tempestades de arena, si tuviera hojas se cargarían de una masa considerable y harían el efecto de grapas prolongando el entierro de la planta, la cual florecería muy pronto. Libre de esta impedimenta, el tallo enterrado busca solidez a través de las dunas y no tarda en reconquistar su puesto al aire libre donde puede recibir los rayos del sol.

Una sorpresa

habría de ser para muchas señoras si investigando la causa de muchos de sus malestares, llegaran a descubrir que obedecen, en la mayor parte de los casos, a la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

En efecto, basta el menor abandono en el indicado sentido, para que tal circunstancia sea la causa originaria de numerosas enfermedades propias del sexo femenino.

La desidia en la "toilette" íntima, favorece grandemente la invasión de las bacterias, y una vez infectado el organismo, las hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y hasta el cáncer, pueden constituir la consecuencia natural de la negligencia en la higiene individual de la mujer.

El empleo cotidiano de un buen bactericida como el Lysoform, que puede adquirirse en cualquier farmacia, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1000 gramos, y entre cuyas excelentes cualidades se destacan las de ser inodoro y completamente inofensivo, es previsión suficiente para destruir en gérmen semejantes calamidades.

Si las señoras y las jóvenes supieran todo lo que significa para el organismo el hábito de una escrupulosa antisepsia íntima, basada en lavajes diarios con soluciones tibias de Lysoform, es seguro que habrían de convertirse en esclavas de una sencilla costumbre que asegura la posesión de una perfecta salud general, y con ella la consiguiente tranquilidad de espíritu.

Nota. — Use usted el Jabón Lysoform, para tocador, fabricado a base de Lysoform. Precio al público: pesos 0.45 cada pastilla. Solicite una muestra gratis y comprobará su excelencia.

MENDEL y Cía.
Guardia Vieja 4439. — Buenos Aires

MANTO DE TISÚ

(Leyenda del dolor de amar)

por Oscar GIL NAVARRO

Con sus rubios cabellos mal cortados en melena, con sus grandes ojos azules de doloroso mirar, hundidos en negras ojeras, envuelto su cuerpo por policromos trapos, encontrábala todos los días Carlos Guzmán Yraola, al descender del tren, cuando llegaba a su pueblo.

Era esta "mugrienta chiquilla" —como la llamaban despectivamente "las niñas" — tan simpática y linda como harapienta. Iba en los atardeceres hasta la estación del ferrocarril para vender diarios, en las mañanas hacía "changuitas". Con eso ganaba algunos miserables centavos. Algunas veces alcanzaban para comer algo. Otras veces... Que ya para dormir encontraba refugio en el portal de alguna casa o en el mismo andén de la estación.

Nadie quería tenerla como sirvienta a cambio de un techo para dormir y un pedazo de pan. Si era una vagabunda...

Ninguna de esas beatonas que van todos los días a misa, que van todos los días a golpearse el pecho, frente al altar, en el templo de Dios, ninguna de esas beatonas que al hacer el camino hacia la iglesia, bien temprano, encontraban tendida como perro con sarna en la puerta de una casa a esta chiquilla, pensó jamás que fuese un pecado permitir que se marchitase por el dolor y el sufrir, este capullo de mujer, capullo de mujer, sí, catorce años, alborada de la vida...

Era la hora de la siesta. Sólo se oía el gorjeo de los pájaros, el chirriar de los molinos que preparaban el agua para la hora del riego y el mover de las hojas de los árboles.

El pueblo parecía dormir bajo los calurosos rayos del sol estival.

El flamante abogado, el joven doctor Carlos Guzmán Yraola, sentado junto al escritorio de su casa solitaria, trabajaba. De pronto le pareció sentir un gemido, un sollozar entrecortado en el silencio de la hora.

Salió a la puerta de calle y vió a la chiquilla aquella, Alda, la vendedora de diarios, que, como una sonámbula, caminaba lentamente, mientras de su garganta desprendíase un angustioso sollozo.

Al llegar frente a él levantó su vista y clavóle sus ojazos azules con una mirada que diríase era una súplica.

Alda no pudo pronunciar palabra alguna. Ahogábase en un llanto amargo, en un llanto de esos que impulsa la vida.

Alentada por bondadosas palabras de Carlos, contóle el motivo de su pena.

Era perseguida por el eterno hombre bestia.

Era la historia de siempre.

Era la vieja historia de instintos sin corazón ni alma...

Y Alda era buena, era alma prístina, era alma de gloria...

Fué desde entonces que Carlos convirtióse en el protector de Alda, quien bajo la paternal tutela de él, trabajaba en una casa de familia.

Ya bien lejos de la vida vagabunda y miserable de antes, quería estudiar.

—Sí, quiero aprender, y mucho, para así, ser digna del amparo del doctor...—decía ella con inocente e íntima sinceridad.

Y a recibir lecciones de Carlos iba todas las tardes, después de cumplir con sus obligaciones.

Terminada la clase, complacíase cebándole mate.

¡Y cuánto de alma hubiera dado esta buena mujercita, para pasar todo el día así, aunque sea cebando mate, pero junto a él, a su doctor, como ella le decía!

Pasaron los meses y la gratitud grabábase cada vez más en Alda.

Carlos llegó a quererla, a quererla, sí, hondamente, pero como quiere un padre, o como quiere un abuelo.

Y ella no podríase decir que lo quería, que lo amaba, no, más aún, ella lo adoraba, lo idolatraba, lo veneraba. ¡Cuántas veces pensó Alda si ese hombre sería aquel ser bueno y justo, Dios, de quien le hablara tanto su madrecita antes de morir!...

Una tarde, mientras daba Alda su lección vió sobre el escritorio una fotografía. Era de una mujer.

Rápidamente se nublaron sus pupilas y por sus rosadas mejillitas corrieron dos gruesas lágrimas...

—Doctor... ¿Quién es esa... esa señorita?... — preguntó con hondo sentir y fuerte timidez.

—Esa señorita es mi novia. ¿Te gusta?... Mírala... Si tú la quieres, ella te querrá como una madre, te querrá tanto como yo... ¿Por qué no respondes? ¿Qué tienes?... Contesta...

Las francas palabras de Carlos penetraron, como un estiletazo que hiere sin derramar una sola gota de sangre, hasta lo más profundo del tierno corazón de Alda... ¡Así son los estiletazos que matan!

Fué esta la primera vez que Alda dióse cuenta de que lo amaba.

Una palidez de muerte cubrió su suave rostro.

Y Carlos descubrió que estaba frente a un corazón de mujer...

Carlos amaba a Delia, su novia.

Amábala como sólo saben hacerlo los fuertes y los buenos. Amor que es como una marca de fuego en el corazón. A eternidad.

Alda siguió viviendo con un peso en el alma.

Cada día más pálida y más delgada.

Su linda rizada melena rubia, hecha con rayos de sol, caía, como hermoso marco, en torno de esa carita ahora blanca, ahora triste, con huellas del dolor.

Y siguió yendo todas las tardes hasta la casa de Carlos a recibir la lección. Iba como autómata, ya nada comprendía, nada podía aprender.

De jirones de amarguras y de sufrir, de espinas y de pedregullos, está hecho el camino de los buenos.

Tenía, pues, que pasar Carlos por ese camino. Si era ley misma de la vida...

La puñalada fatal tenía que llegar. Y llegó...

Delia no amaba a Carlos. Delia no lo quería. Delia pretendía casarse con el título de Carlos y con su fortuna...

Y el amor de Carlos era una marca de fuego en el corazón. A eternidad...

Carlos supo la verdad. Llegó a comprenderlo.

Al día siguiente, entre un charco de sangre, encontró Alda el cadáver de su amado...

Se había suicidado.

Un grito de dolor, un grito de espanto, salió de los labios de esa buena pequeña mujer. Cayó de rodillas junto al muerto.

Y en el silencio de muerte oyóse una imploración.

Alda, que no había olvidado a Dios, a quien le enseñara querer su venerada madre antes de morir, levantó sus pupilas y juntó sus albas manecitas.

—¡Señor!... ¡Señor!. . Dios de los buenos... ¡Señor!... no me abandones aquí, en el dolor...

Haz, Señor, que mi alma se vaya junto a la de él...

Haz, Señor, que mi alma sobre él esté siempre... y lo acompañe... y lo proteja... como él me amparara aquí...

¡Señor!... Haz que mi alma sea un manto para él... toda oro, toda plata... toda de él...

¡Señor!... ¡Señor!... Dios de los buenos... no me abandones en esta hora amarga, hora de dolor...

¡Señor!... ¡Señor!...

Su linda cabecita de muñeca cayó sobre el pecho de Carlos...

Cerráronse para siempre sus ojos azules y en su boca dibujóse una leve sonrisa. ¡Estaba con él para siempre jamás!...

Y su alma blanca, alma pura, alma buena, fuese con su amado...

Y Carlos llevóse ese manto divino de oro y plata, ese manto sublime de tisú...

Coloración artificial de las flores

Se sumerge el extremo del pedúnculo de la flor, recientemente cortado, en el baño de color. Por capilaridad el agua asciende a lo largo del tallo, y al cabo de algunas horas la materia colorante habrá penetrado ya en los pétalos, la orilla extrema de estos es la primera que empieza a colorearse ligeramente, luego, poco a poco, la coloración invade toda la flor. Parece ser que la materia colorante se transforma primero en un leuco derivado y que después se oxida en los pétalos. La ausencia de coloración en las partes de la planta que están fuera del contacto del aire, confirma la hipótesis anunciada. La coloración no se produce nunca sumergiendo toda la flor en el baño, y mucho menos haciendo actuar directamente el color sobre los pétalos de la flor. Es preciso que la absorción se verifique de la manera indicada, esto es, por capilaridad, y, mejor todavía, por inyección, como se hace para teñir la madera.

La coloración verde se obtiene con el verde brillante. El color violeta se comunica con el violeta de metilo (anilina). Para el tono rosa, se emplea el rojo de anilina llamado fucsina. Estas materias colorantes se emplean en solución más o menos diluída, según la entonación que se quiera obtener. La solución acuosa se filtra, y, si es preciso, se le añade un poco de alcohol para facilitar la disolución de la materia colorante.

Las violetas de Parma adquieren un tono rojo, sumergiendo su tallo durante media hora en agua saturada de sal de cocina. a la cual se añade una pequeña cantidad de salitre.

Las violetas sumergidas en petróleo y después lavadas con agua tibia, se ponen amarillas.

El color adquirido así es muy brillante, y las flores tratadas conservan toda su frescura y aroma.

GRIS DESPERTAR, por José LIEBERMANN

Para "Fray Mocho".

Durante todo aquel verano no pudo escribir nada. Su sentimentalidad hallábase como embotada, muda. La hermosura de la naturaleza tejía en su espíritu algo pesado y uniforme, cuadros vagos sin ton ni son. Todos los días tomaba la pluma, borroneaba algunas páginas, las leía y luego arrojábalas al fuego.

No era lo que quería. No era el estilo que en su alma vislumbraba. No había diferencia entre aquellos escritos suyos y lo que diariamente se publicaba en libros y revistas. No se oía la honda vibración vital que sentía correr por sus tejidos, no era el estremecimiento de la sangre que en su cerebro trepidaba como algo caótico e incomprensible.

No era aquella voz mágica que entonaba la naturaleza en sus paisajes grandiosos, llenos de una abrumadora melancolía. No acudían a su mente las imágenes vislumbradas, las palabras concretas huían y su escrito era un pálido reflejo de las emociones que sin cesar ardían en su alma.

Y los días se continuaban, brillantes todos, llenos de luz y de sol, inundando de flores el mundo. Los cielos estaban tan divinamente puros, las noches tan estrelladas y claras, que aquello era un amargo dolor. Nunca había sido tan hermoso el tiempo, ni nunca habían emanado los paisajes nocturnos una poesía tan intensa. Los árboles del patio, que murmuraban quién sabe qué lejanas historias en la noche, se hallaban cubiertos de un mar de hojas verdes, tan verdes que parecían negras. ¡Cómo las doraban de alma los rayos de la tarde maga! Pero nada pudo crear en aquel verano. Cuando vino el otoño pasóle lo mismo. Los recuerdos de su propia vida esfumábanse en un lejano sueño, vago y amorfo.

No podía relacionar nada. Eran trozos deformes de vida, ideas aisladas, cual nubarrones que arrastran las tormentas del invierno. Salía a pasear. Durante largas horas permanecía sentado en los bancos de la plaza, mirando al azar. Miraba las siluetas de los árboles, miraba las mujeres que pasaban, y en sus ojos había extraños fulgores.

Sí, él debía escribir algo raro, grandioso, como nadie lo había hecho aun. Sentía en su alma la potencia para hacerlo. Su emoción era intensa, infinita, abisal. Sentía la germinación de locas concepciones en su cerebro. Pero era algo tan lejano, tan vago, que se perdía en el brumoso confín de su pensamiento.

Muchas veces, furioso consigo mismo, arrojaba la pluma, apoyaba su frente en los cristales de la ventana y miraba. Miraba largamente, veía personas, hechos, siluetas y no se sentía capaz de hallar la relación de algo... Ahí estaba la torre de la iglesia cercana, irguiéndose, como una estrofa de piedra... Desesperado, furioso, sintiendo rebosarse el alma de emoción, volvía a su mesa de trabajo.

Pero los días continuaban, brillantes y hermosos, plenos de luz y de sol. En los parques y en los jardines la vegetación crecía con locura y los pimpollos reventaban, uno tras otro, en ansia incontenible de vida y amor. Las hiedras escalaban los muros y parecían asirse a ellos con pasión extraña... ¡y él seguía mudo, lleno de hondas vibraciones de belleza y sin poder llevarlas al papel!

Una vez creyó triunfar. Después de un día triste, en el que más que nunca se sintió torturado por los vagos problemas de la vida, tuvo un sueño raro. Aquello era algo extraño, raro, hondamente emocional. ¡Algo incomparable! En sueños leyó toda la obra. ¡Qué de imágenes asombrosas, qué palabras hondas, qué lenguaje era aquel! ¡y los cuadros entrevistos, y los paisajes, y los hombres y las mujeres! Fué algo que lo dejó lleno de congojas. Nadie había concebido nunca algo como aquel amor. El paisaje: montañas gigantes, cuyas cumbres penetraban en el cielo; los árboles que crecían en sus flancos, los ríos que bajaban torrentosos, todo era de una belleza sin igual. Pensó levantarse para escribirlo. Pero se quedó en cama, abúlico como siempre.

A la mañana siguiente ya no recordaba nada. Tenía el vago recuerdo de algo maravilloso, jamás concebido por mente humana, pero era sólo una visión confusa y pálida. ¡Cómo lloró de impotencia y de rabia! Desde aquel día fué su martirio. No hacía más que pensar en su sueño. Trató de soñarlo de nuevo. Acudían algunas imágenes borrosas, escuchaba desde el infinito algunas lejanas armonías, pero todo era tan vago, tan distante...

¿No podría recordarlo jamás? Aquello sería un bálsamo divino para la triste enfermedad del vivir. Era la panacea mágica que transformaba la prosa diaria en un mundo rosado y libre. Era el sueño dorado de millares de almas que en su inconsciencia sólo pudieron soñarlo. Ya no sería el eterno preguntador, el escéptico empedernido, el pesimista atroz. Ya no analizaría más cada paso de su propia vida. Sería otro, su personalidad sufriría una maravillosa metamorfosis. Una dulce claridad irradiaría sobre su vida... y miraba con extraña pasión los ojos de las mujeres, esperando hallar en sus pupilas el reflejo de aquel sueño azul. Pero los días pasaban, todos radiantes de luz, la vida entonaba sus canciones de pasión... y el sueño de la noche azul no volvía. ¡No volvía!

Una tarde, a fines de otoño ya, cuando caían las hojas de los árboles, marchando por la calle iluminada por los últimos rayos del sol poniente, se detuvo bruscamente... ¡Había tanta luz en los ojos femeninos! Una mirada dulce de una joven lo llenó de alegría. ¿No había mirado así la mujer de su sueño? ¡Eran aquellos mismos ojos, ojos pardos y luminosos, semejantes a un sol de primavera! Pero al buscarla, no la vió más. Se había perdido entre los transeuntes, después de inundar su alma de nostalgias... ¡Ay, para siempre!

Sí, ya se deshojaban los árboles. Su vida también se deshojaba, lentamente. Los árboles se vestirían de nuevo con su traje verdinegro... pero él no. "La vida humana es un continuo deshojar, desde el nacimiento hasta la muerte", como había dicho Steinberg, el filósofo extraño.

Pero... ¿aquella visión maravillosa?... ¿Cómo evocarla? ¿Cómo arrancar de las tinieblas de lo pasado aquel mágico recuerdo? y aquello fué la obsesión de su vida. Cuando se sentaba a escribir eran divagaciones obscuras las que surgían de su pluma. Las leía y las echaba al fuego.

Un hombre raro, que piensa y quiere vivir, pero no puede. Siente como nadie, habla de amor y nunca ha podido amar. Quiere dar un sentido a los días que pasan... describe la pasión ardiente y el cariño tierno y nunca sintió un beso de amor. Una vida amorfa, bajo cielos indiferentes y fríos... Un eterno vagar... No... Había sido esclavo de su propia vida... ¿No era así? Estudiaba, trabajaba, esperaba mucho del porvenir. Sería algo. Era esclavo de su ambición. ¿Cómo llegó a ser libre? Fué un día, hace mucho ya, en el puerto de Buenos Aires, en la Dársena Sur. El enorme barco lo conmovió. Lloró al pensar en el viaje lejano. Súbitamente iluminólo un grandioso, un claro pensamiento. "Viaje gratis, cuidando animales", decía en grandes letras. ¿Por qué no hacerlo? ¿Por qué no quitarse el ceñido traje a la moda, que lo ahogaba, el cuello duro, los botines estrechos, abandonar sus trabajos, tirar los libros, ponerse un simple y holgado traje azul, alpargatas blancas, un pañuelo al cuello y abandonarse libremente al mar, sin cadenas, sin obligaciones, sin responsabilidad ante nadie, ni ante él mismo? Pero... ¿Era esto el sueño? No... ¡cómo divagaba su fantasía! ¡Maldito sueño! y la noche clara lo sorprendía, pensativo ante su mesa de trabajo, mirando vagamente por los cristales de su ventana o errante por los bosques de Palermo. ¡Había olvidado, irremediablemente, aquel sueño! Así pasó el otoño. Vino el invierno y fué entonces cuando ocurrió el milagro.

Una noche se despertó bruscamente: llovía. El ruido que la lluvia modulaba en el techo le sonó a dulce canción de amada. En lo profundo de su alma algo agitóse... Aquella pena acerba que durante las hermosas estaciones lo exasperaba dolorosamente, aquel malestar infinito, no lo sentía más. En aquel instante se sintió otro. La lluvia continuaba cantando cristalina melodía en el techo y en los cristales de su ventana... Era una música deliciosa, que lo llenaba de un dulce sentimiento de plenitud y de alegría. Se durmió y en sueños llegábale, como una dulce caricia, el rumor del agua que caía. Se levantó temprano, todo transformado, y miró al cielo. ¡Qué hermoso! ¡Ya no era más aquel cielo endiabladamente azul y claro! ¡El sol luminoso no se veía más! Vió un espacio gris, plomizo, nubarrones densos... y un viento furioso hacía caer, en rachas glaciales, las últimas hojas de los árboles.

Largo rato miró, sintiendo germinar un mundo nuevo en él. Era algo raro y grande. Una oleada de emoción le subía a la garganta, casi le ahogaba... melodías interiores desbordábanse intensamente, tuvo necesidad de cantar... y en su mente apareció súbitamente, clara y nítida, la maravillosa visión soñada.

Aquel día no descansó ni salió de su cuarto. Sentado a la mesa, ardiente la cabeza, los ojos brillantes de locura, perdidos en la vaga lejanía, llenaba página tras página.

Sentía en su cerebro la capacidad para engendrar un mundo. Veía con espantosa claridad y escribía sin cesar. Fué aquello un enorme montón de papeles. Fué una obra rara, plena de visiones extraordinarias. Y cuando volvió a llover, cuando nuevamente el espacio se tornó gris y el viento gemía entre las hendiduras, se sintió con más fuerzas y en el cerebro hubo un caos de visiones y de ideas. El problema de los problemas se aclaró ante él. El Universo ya no guardaba secretos para su mente. Llegó a la esencia de la materia, comprendió el principio y el fin de todo... y sólo sintió una infinita piedad por todos los que no podían ver como él y corrían delirantes en pos de la dicha...

Vió claramente a millares de hombres y mujeres, agobiados bajo la enorme carga de la vida, encorvados y sin fe, arrastrando su opaca existencia, sin objeto ni fin, azuzados cruelmente por el deseo de vivir. Vió a pobres mujeres, demacradas y pálidas, los ojos sin luz y el alma seca de llanto, avanzando, avanzando a millares, en busca de algo, algo que ni ellas sabían bien lo que era...

Un día lo hallaron muerto en su cuarto. En el fuego, apagado apenas, quedaban algunos restos de hojas quemadas...

LA HORA DEL CIERRE DE LOS COMERCIOS, EN ESPAÑA



—¡No falta un letrero!
—¡Sí; el de "Cerrado por defunción"!

PAPEL Y TINTA

LA LEVITA GRIS, cuentos judíos de ambiente porteño, por Samuel Glusberg. De la lectura del Viejo Testamento, trágico y soberbio, con su Jehová tonante y sus profetas apocalípticos, nunca hubiéramos sacado que el espíritu hebreo es humorista en su más íntima esencia. Esto lo aprendimos de los cuentistas modernos, los recientemente traducidos, aunque bien leído, el propio Talmud, en no pocas de sus páginas, trasluce eso humorismo racial.

Samuel Glusberg, que ha escrito un volumen de ''cuentos judíos de ambiente porteño'', es un humorista. En muchas de sus narraciones el dolor queda como disfumado por la sonrisa, y entonces se hace algo interno al que es necesario desentrañar a fuerza de sensibilidad, de la nuestra, porque la del autor queda como desdibujada por él mismo. Y ya se sabe que esta es la modalidad del humorista: desdibujar su dolor, no traslucir su sensibilidad, tal vez porque ésta le va a hacer prorrumpir en rugidos de indignación y llantos de dolor; y el humorista es, sobre todo, un hombre sociable, producto de civilidad, y sabe que los llantos y rugidos nuestros no son para alzarse en medio de la vida, a perturbar a nuestros semejantes. De esta modalidad, que es delicadeza de sentimientos, nace la mesura del humorista; y mal lo entienden aquellos que por ser mesurado lo tildan de frío.

Samuel Glusberg, pues, temperamento humorista, aparece correcto y parco en sus narraciones, al final de las cuales el lector ensaya una sonrisa, aunque no por ello ha dejado de vibrar con la suerte de los muñecos de carne y hueso que el cuentista ha hecho mover y hablar rápida y brevemente. Característicos son en estos cuentos, la rapidez con que la trama se desenvuelve y las pocas palabras que se dicen sus personajes. El autor, interesado por sus vidas interiores, se adentra en ellas y saca a flor de página sus tribulaciones, ensueños, dudas, emociones y penas. Los saca y los analiza. No podía ser de otro modo, ya que el humorismo posee una inveterada afición por el análisis.

Hasta ahora, entre nosotros, faltaba el editor que, por su cultura, fuese capaz de avalorar en su exacto valor a sus editados. El director de la ''Editorial Babel'', autor, viene a ''llenar este vacío'', motivo de doble regocijo para nosotros: primero, porque con él se incorpora un nuevo humorista a nuestra literatura y, segundo, porque la existencia de este editor capaz de producir por cuenta propia, es sintomático de que la cultura ambiente avanza y se sutiliza; y ya se sabe que sólo de ambientes así puede surgir el escritor culto y genial a la vez, flor y símbolo de civilidad: un Anatole France, por ejemplo.

Ernesto Morales

Elogio de Héctor Pedro Blomberg



Este ''almirante'' de la literatura argentina acaba de ''botar a estribor'' del éxito de venta y de crítica, un nuevo libro: ''Los soñadores del bajo fondo''. Pedro Héctor Blomberg es nuestro Loti, el pintor de los puertos con sus tipos y sus barcos. La lectura de sus obras nos encariña con los mares y los ríos. Tiene ''arboladura y desplazamiento'' de ''cutter''. Desde chicuelo se inició en la ''navegación'' por diarios y revistas. Lleva, pues, recorridas no pocas ''millas''. — Caricatura de Blay.

LOS SOÑADORES DEL BAJO FONDO, por Héctor Pedro Blomberg. En este nuevo volumen, que afirma la vigorosa producción de este joven y fecundo escritor, los lectores volverán a encontrar los ásperos y pintorescos ambientes que supo descubrir con extraordinaria sagacidad; las almas de los miserables que con tanta emoción sabe extraer del mundo sumergido del malvivir y la pobreza.

Los principales críticos americanos han tenido elogios entusiastas para la obra en prosa y verso de Héctor Pedro Blomberg, especialmente el chileno Armando Donoso, que lo llamó uno de los más extraordinarios cuentistas; el mejicano Gamboa, quien clasificó sus obras breves de aguafuertes a lo Felicien Rops, y Vicente A. Salaverri, quien lo llamó el precursor de un género en el Río de la Plata.

En ''Los soñadores del bajo fondo'', Blomberg nos vuelca una humanidad abigarrada y dolorosa: con los abismos sociales, los purgatorios de la injusticia, hasta los cuales suele llegar un rayo de luz. Porque los personajes de Blomberg—los agonistas, como los llama Miguel de Unamuno,—experimentan, como en la desgarrada elegía de Rubén Darío:

> ...hambre de luz y sed de cielo
> desde las sombras de su propio abismo.

Tal es el último libro que ha producido el autor de ''Las puertas de Babel'', el poeta de ''A la deriva'', y de tantos y tan bellos libros, que lo han consagrado como uno de los primeros en su generación.

La presentación gráfica del volumen impreso por ''Ediciones Argentinas Cóndor'', es excelente, con el texto interior en dos colores, y una acertada carátula en bicromía.

LA MÚSICA DE LAS FLORES, por Víctor Pérez Petit. Es, Víctor Pérez Petit, uno de los contados escritores que en el Río de la Plata han adquirido sólidos y perdurables prestigios gracias a una obra literaria seria y reposada, artística por encima de todas las cosas y noble en cuanto es dable exigir a un trabajo realizado siempre con afán y anhelo de no defraudar al público.

En ''La música de las flores'', la última publicación del celebrado autor de ''Mangacha'' y ''Los picaflores'', campea, en todas las páginas de alquitarada belleza y hermoso estilo, una verdadera y humana emoción. Junto al simbolismo de la primera composición está el desgarrador drama que el autor nos ha trazado con mano ágil y experta en ''El crimen de Juan Urizar''. Y, por si el lector exigente quisiera descubrir nuevos aspectos del arte puro de Pérez Petit, ahí están ''Los corceles de fuego'' y ''La justicia del hombre'' que completan el bello conjunto de este tomo que con el esmero habitual ha publicado la Editorial Tor en su serie de ''Lecturas selectas''.

ANTOLOGÍA AMERICANA. —Anecdotario. Acaba de aparecer el quinto volumen de esta interesante Antología, titulado ''Anecdotario'', que, bajo la acertada dirección de nuestro distinguido compatriota y conocido escritor, don Alberto Ghiraldo, viene publicando con éxito la Editorial Renacimiento de Madrid.

He aquí el sumario de lo que contiene el tomo que nos ocupa:

Prólogo (Alberto Ghiraldo).—Anécdotas de San Martín (Bartolomé Mitre).—Anécdotas de Bolívar (Juan Montalvo).—Anécdotas de ''Facundo'', de Rosas y de Lamadrid (Domingo F. Sarmiento).—El negro Manuelote. Caballería de agua. Los bravos de Apure. El negro primero (José Antonio Páez).—Don Simón Rodríguez.—Sarmiento en Santiago (José Victorino Lastarria).—Anécdotas de Rosas (Vicente Fidel López).—Pico con pico y ala con ala (Ricardo Palma).—Anécdota de José Félix Ribas. Bolívar en Casacoima (Juan Vicente González).—Anécdotas de Francia (José M. Ramos Mejía).—Anécdotas de Artigas (Juan Zorrilla de San Martín).—Croquis de Palo Seco. Aventuras de un asistente. El rescate de un héroe (Manuel de la Cruz).—Memorias de mis tiempos. Los San Lunes de ''Fidel'' (Guillermo Prieto, ''Fidel'').—Calandria y el doctor Avellaneda. El coronel Villagra y el general Urquiza (José S. Álvarez, ''Fray Mocho'').—Anécdota de Martí (Rubén Darío).

VÉRTIGO DE AMOR, por E. M. S. Danero. Una historia hasta cierto punto cómica, una novela de un realismo desconcertante y lacerador, y, al final, un drama fantástico e incongruente en el que el amor se muestra arrebatado por un torbellino de celos, odios y pasiones: tal este volumen que E. M. S. Danero publica bajo el sugestivo título de ''Vértigo de amor''.

Novelista conocido y cuyas producciones han alcanzado gran difusión, E. M. S. Danero, para hablar de ciertos temas, no ha vacilado en vivir la vida de sus héroes, humanos y realísimos todos ellos. Es así cómo en las páginas de ''Vértigo de amor'' encontrará el lector, vívidas, como calcadas de la realidad, las inquietas y azarosas jornadas de la vida periodística, las emociones que procura el dominio del volante automovilístico y algo de ese extraño y desconocido mundo de las telefonistas porteñas, donde hay mucha alegría y no menos dolor.

''Vértigo de amor'' forma el tomo XVII de la conocida colección ''Lecturas selectas''.

MARGARITA, por Anatole France. Naración delicada y primorosa como todas las del viejo maestro, esta ''Margarita'', hasta el presente, puédese decir que había permanecido inédita, pues en Francia sólo se conoce de ella una edición limitadísima y, hoy por hoy, imposible de encontrar.

Traducida con fidelidad y corrección loable, constituye esta novela el primer volumen de la serie ''Colección Nóbel'' con que las ''Ediciones Argentinas Cóndor'' aumentan su acervo literario.

Bella en su presentación gráfica, lleva ''Margarita'' una introducción del conocido poeta Pedro Miguel Obligado y el texto, impreso a dos colores, está avalorado por viñetas y capitulares del dibujante Simeón.

Puédese decir, sin embargo, que con esta edición, los editores han dado un estimable paso hacia la divulgación de obras maestras, en textos perfectos y a un precio realmente económico.

NUEVA GUÍA PEUSER DEL VIAJERO. A nuestra mesa de redacción, llega el volumen N.º 442, correspondiente al mes de julio actual, de esta práctica y útil publicación, editada bajo la dirección del señor Francisco Conte Mac Donell.

Como se sabe, esta acreditada obra de consulta, constituye un valioso elemento para industriales, comerciantes, agricultores, viajantes, etc., y, en general, para todas aquellas personas que despliegan sus diferentes actividades en la labor diaria, de índole análoga.

HEMOS RECIBIDO: ''El alma del Quijote (homenaje a la raza)'', por Rosa Bazán de Cámara. Prólogo de Adolfo Bonilla y San Martín. Edición Jacobo Peuser. Buenos Aires.

''Tronos vacantes. Arte y crítica'', por Pedro César Domínici. Edición Librería ''La Facultad''. Buenos Aires.

''Almas de mujeres'', por Josué Quesada. Edición H. A. Tommasi. Buenos Aires.

''¡Quimera...!'', volumen de poesías por Paulina Simoniello. Edición Atilio Moro. Buenos Aires.

''La seguridad pública. La mendicidad'', por Juan Clímaco Toranzo. Edición A. Baiocco y Cía. Buenos Aires.

''El cultivo de la yerba mate''. Corrientes.

''Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino''. N.º 29. Mayo de 1924.

''Revista Bimestre Cubana''. Volumen XIX. N.º 1.

''Resumen de la memoria de la Asistencia Pública correspondiente al año 1923.''

''Alas''. Revista quincenal de aeronáutica. Año III. N.º 45º Madrid (España).

''Institución Mitre. Memoria y balance general correspondientes a los años 1921-1923.''

''Gaceta de Bellas Artes''. Año I. N.º 4. La Habana (Cuba).

''Elevación''. Año I. N.º 16. Oliva.

''El arte tipográfico y el escritorio''. Año XXI. N.º 11.

''Boletín de fomento y obras públicas''. Año II. N.º 4. El Salvador.

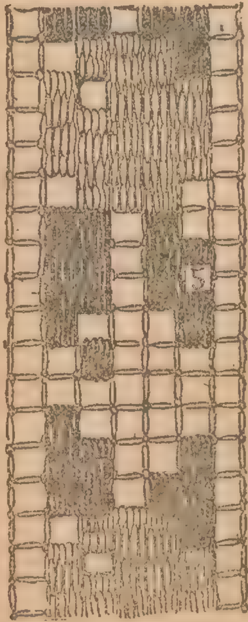
''Revista Sudamericana de Endocrinología, Inmulogía y Quimioterapia''. Año VII. Número 6.

Plantación de un árbol conmemorativo, en Wáshington, el 2 de junio de 1924, con motivo de la visita de los delegados de la América Latina, miembros de la Comisión Panamericana de Caminos.

El secretario de Estado de los Estados Unidos, los jefes de misiones del cuerpo diplomático latinoamericano en Wáshington, así como los 37 delegados de los países latinoamericanos, concurrieron a presenciar la plantación de un roble en los terrenos de la Unión Panamericana. El doctor L. S. Rowe, director general de la Unión Panamericana, presentó al señor Hoover, secretario del departamento de Comercio, quien, como ingeniero, le dirigió la palabra a los ingenieros visitantes, acerca de los vínculos que ligan a los miembros de esa profesión. Los señores Wallace y Davis, secretarios del departamento de Agricultura y del departamento de Trabajo, respectivamente, se hallaron presentes en aquella interesante ceremonia a la cual concurrieron muchas personas distinguidas.

LA MUJER EN EL HOGAR

Puntillas y bordados en colores





Está muy de moda y es muy elegante llevar el sombrero, el cinturón, la cartera y la bufanda con el mismo adorno.

Esta cartera (fig. 1) está adornada con una banda de filet bordado en colores, colocada sobre un transparente claro. Las agarraderas se hacen del tono del transparente. El adorno del sombrero (fig. 2), del cinturón (figura 3) y de la bufanda (fig. 4) es el mismo.

La figura 5 es una indicación para el zurcido del filet que puede ser de dos tonos que combinen bien, en seda, lana o algodón.

Las figuras 6 y 7 son una explicación del cierre del cinturón que se compone de un lazo de cinta que sostiene dos anillos de acero, el otro extremo del cinturón pasa primero por los anillos y luego por cada uno de ellos, formando así un cierre sólido y práctico.

Con este mismo motivo puede llegarse a hacer magníficas labores, almohadones, caminos de mesa, etc.

La figura 8 es un cubretetera confeccionado en tela cruda ornado de filet de colores y de puntos de fantasía hecho con la mismo lana que ha servido para zurcir el filet cuya malla tiene 1 cm.

Utilizando los dibujos de las aplicaciones comunes de filet y tejiendo el zurcido con colores y un algodón algo grueso o hasta si se quiere crema o crudo se confeccionan unas cortinas terminadas con flecos o macramé que son una verdadera maravilla y a la vez muy elegantes.



Consultorio del hogar

LIMPIEZA DE LOS DIFERENTES METALES

Para limpiar los objetos oxidados, basta con untarlos de petróleo; así se consigue muy bien quitar el óxido, también están indicados el papel de lija o de esmeril, pero éste raya y no debe emplearse más que en casos extremos. Cuando en la cocina se utilizan utensilios de hierro, sartenes, cacerolas, etc., se debe tener cuidado que estos objetos no estén oxidados y que no conserven ningún mal olor. En este último caso, se hacen hervir en agua de sosa y se enjuagan con agua hirviente y se secan rápidamente.

Pero nunca se deberán lavar las sartenes, porque luego se queman y las hermosas tortillas doradas se pegan con tenacidad en el fondo. Cuando se ha concluído con una sartén, se pasa un papel de modo que el elemento grasiento quede como preservativo al estado latente. En el momento de utilizarla de nuevo, se calienta con un poco de aceite o manteca y se limpia con un trapo, de este modo el objeto se encuentra en perfecto estado.

Pero si se ha oxidado, no hay más que meter dentro un puñado de sal gruesa y frotar vigorosamente con un papel.

El espíritu de sal limpia muy bien el cinc, pero es un producto muy peligroso, y para emplearlo hay que estar al aire libre porque las emanaciones lo son igualmente.

En cuanto a los demás objetos, cubos, etcétera, basta lavarlos con agua de carbonato o de cal y aclararlos con agua salada.

El jabón mineral da muy buenos resultados para limpiar el hierro blanco; el blanco de España es anticuado, pero de los dos no sabría decir cuál es mejor producto; pues todos los que limpian bien son buenos. Pero la prudencia indica hacer servir siempre la pieza comprometida y el brillo sale después con mucho menos trabajo.

Los fogones se limpian muy rápidamente pasándoles por encima un paño empapado de petróleo, pero además, cada quince días hay que darles una mano de plombagina y cepillarlos muy bien. Si tienen placas de acero, hay que cuidar de no dejar el óxido amontonarse. Se preservan estas partes untándolas de petróleo, a menos que se quiera darles una mano de barniz copal, pero el acero en su brillantez natural está mejor.

En metal inglés, exige muchos cuidados; pues puede intoxicar muy gravemente si no se tiene la precaución de limpiarle muy bien.

Nunca se debe dejar en el recipiente las hojas de te y poner encima las hojas frescas para obtener una bebida más fuerte. El te antiguo recibe una impresión que puede determinar accidentes muy dolorosos. Abandonar una tetera después de utilizarla, dejar dentro las hojas que han servido para la infusión deja mal gusto al metal y un olor fétido. Siempre se debe echar agua hirviendo en la tetera y secarla escrupulosamente antes de utilizarla. Si se ha cometido la torpeza de dejarla sucia, hay que hervir el metal en agua de sosa y aclararlo en agua hirviente y secarlo, después, destapada, se pone al aire.

La plata se limpia con agua de jabón y blanco de España bien molido para evitar las rayaduras.

El níquel se limpia con blanco de España y después se pasa por alcohol.

Conocimientos de economía doméstica

EL LAVADO DE LA ROPA

Las ropas interiores han de lavarse una vez por semana, sin dejar acumular la ropa sucia en armarios, cómodas, etc. Debe colocarse la ropa sucia en grandes cestas o cajas de cinc antes de ser llevadas al lavadero.

Las ventajas del lavado son las siguientes:

a) Las ropas lavadas conservan sus poros libres de polvo, y por consiguiente facilitan la respiración de la piel y contribuyen a la conservación de la salud.
b) Las ropas lavadas contribuyen a nuestra limpieza personal.
c) El buen lavado contribuye a la buena conservación de la ropa, y es por lo tanto una medida de economía.

Las ropas se pueden lavar en casa o se dan a lavanderas, o a empresas que lo hacen a precios económicos.

Entre las empresas que lavan a máquina y usan lejías fuertes o a lavanderas, siempre es preferible entregar la ropa a la lavandera. Pero lo más económico es lavar en casa. De este modo el ama de casa puede enterarse de la clase de jabón empleado, de la concentración de las lejías, de los medios mecánicos usados por la lavandera (golpes, frotamientos, etc.), todo lo cual influye mucho en la conservación o deterioro de la ropa.

LAS SUBSTANCIAS EMPLEADAS PARA EL LAVADO

El agua. — El agua empleada para el lavado no ha de ser calcárea o dura, sino agua de río, de fuente o de lluvia, sin cal, y que por lo tanto disuelva bien el jabón. Esta última es muy recomendable, porque suele estar libre de substancias terrosas. Las aguas excesivamente calcáreas, como suelen ser muchas veces las aguas de pozo, no disuelven bien el jabón, el cual forma con ellos grumos insolubles. El agua de pozo y la dura en general, se puede corregir por medio de la cocción, o bien añadiéndole carbonato de sosa.

El carbonato de sosa precipita la cal bajo forma de carbonato insoluble, de lo cual resulta una economía de jabón.

Hay que tener en cuenta que el agua caliente disuelve mejor las substancias que el agua fría.

Consultorio femenino

Jovita de O. C. Chascomús. — Para un temperamento deprimido, después de las fatigas o emociones, la fórmula siguiente le será provechosa:

Sal de cocina. . . .	150	gramos
Jabón blanco. . . .	150	„
Gelatina.	100	„

María Elena G. Lomas. — Contra el cansancio que siente al andar, bailar o cuando permanece mucho tiempo de pie, puede calmarlo con un baño caliente o, mejor aún, por inmersión en alcohol acompañada de friegas de jabón blanco.

Dolores R. S. Ramos Mejía. — Para fortalecer la vista, lávese de cuando en cuando los ojos con agua salada. Expóngalos al vapor del café hirviendo.

Ruperta L. Capital. — Las prendas de lana y franela se lavan con agua fría en la que se ha disuelto jabón. Frote la tela sobre sí misma y póngala en agua limpia con un 20 % de amoníaco; téngala en ese baño de seis a veinticuatro horas, y aclárela en agua templada. Exprímala con las manos, pero sin retorcer la tela, envuelva en un paño limpio, deje en reposo unas horas y al sacarla debe estirarla en todas direcciones, cuélguese al aire y a la sombra.

NOTA.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta referente a los secretos del tocador, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho". — Calle Bolívar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

CONTRA EL TOSTADO PERSISTENTE

Si vuestra piel quemada al fin de algunos días no pierde su tinte obscuro, será suficiente locionarlo con la mezcla siguiente, para volver a tener la blancura y el aterciopelado que lo hacen bello:

1 jugo de limón.
1 jugo de naranja
1 cucharada de buen aguardiente.
Algunas gotas de aceite de olivas.

PARA LOS LABIOS PALIDOS

Puede darse color a los labios sin acicalarlos. Es suficiente locionarlos a menudo con agua caliente en la que se habrá disuelto sal de cocina.

La glicerina puesta a la noche hasta el otro día atrae la sangre a los labios.

Vale más emplear estos medios lentos que morderlos o frotarlos para atraer la congestión.

PARA LAS MANOS ENROJECIDAS

Las manos enrojecidas son signo de mala circulación. A menudo estas manos son frías y húmedas a la vez. El limón es el remedio poderoso. Después de tener las manos bañadas con agua caliente en la que se ha tenido cuidado de echar algunas cucharadas de un alcohol de toilette, se friccionan las manos con jugo de limón.

Por la noche es bueno hacer lociones con alcohol alcanforado seguido de fricciones con lanolina y llevar guantes largos para dormir.

El aceite de camomila es excelente para fortalecer la piel. Puede ensayarse la siguiente loción:

Aceite de camomila . . .	40	gramos
Alcoholato de limón . . .	10	„
Alcanfor en polvo	5	„
Azufre lavado	5	„

Se extiende con un algodón y por la noche se usan guantes largos.

LAVADO DE LA CABEZA

La poca higiene, la falta de cuidados, contribuyen mucho a la caída del cabello.

Pero los cuidados exagerados o lavados demasiados frecuentes son más dañinos todavía.

Si la grasa impide el buen funcionamiento de las glándulas que nutren los bulbos pilosos, los lavados muy frecuentes humedecen esas glándulas y las atrofian.

Limpiad vuestros cabellos una vez o dos por mes, es suficiente para desengrasarlos y revivicar las glándulas nutritivas

Una mezcla excelente para limpiar la cabeza es la siguiente:

Agua de madera de Panamá	160	gramos
Tres yemas de huevo		
Agua de cal	340	„

Lavarse frotando con las dos manos el cuero cabelludo, secar cuidadosamente y cepillar largo rato con un cepillo duro; esta segunda operación sirve como masaje.

PARA VOLVER EL CABELLO RUBIO

Para dar al cabello reflejos rubios como el oro o rubio rojo de un tinte hermoso como el de las venecianas, se encuentran ciertas plantas en casa de los herboristas, como por ejemplo la matricaria.

I Una cocción muy concentrada compuesta de:

Matricaria . .	60	gramos
Camomila. . .	60	„
Agua.	1000	„

Llevada a la ebullición durante media hora, da un resultado excelente.

II El agua oxigenada a 12 volúmenes mezclada con XX gotas de amoníaco para 1/5 de litro, es también muy eficaz.

III

Sal de cocina . . .	50	gramos
Agua hirviendo . .	1000	„
Alcanfor	10	„

Esta es muy buena y da un resultado excelente.

Puede utilizarse una vez por mes. Si se utilizan muy a menudo cualquiera de estas recetas, pueden caerse los cabellos.

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

La gota de rocío

Diminuta, perlada, ebria de astío,
—regalo de la noche milagrosa—
se asoma blanca gota de rocío
del cáliz entreabierto de una rosa.

Viajera en el espacio, taciturna,
buscó un lugar donde morir callada
bajo la hermosa esplendidez nocturna,
y fué a caer, en la rosa perfumada.

Se refugió en el mágico alabastro
de un pétalo sedoso, y luego hundida
escintiló como la luz de un astro
y en la fragancia se quedó dormida.

Cuando la rosa despertó a la huraña
vacilación del alma que nacía,
se sorprendió de la viajera extraña
vaga, perlada, diminuta y fría.

¿De dónde vino? ¿Cómo fué volcada?
¿Quién la lloró tan blanca y tan liviana?
¿Fué el ave, fué la brisa o la alborada?
¿Fué la lívida luz de la mañana?

Pensativa la flor dejó bien prietas
la nieve de sus hojas, temerosa
de que las auras, demasiado inquietas
le robaran la lágrima piadosa.

Buenaventura de la maga noche
que así, a la rosa aquella bendecía...
La gota era un brillante, y ella, un broche
donde el brillante su valor fulgía...

Gema soberbia de brillar ileso,
paz lograrás, liviana, hasta el instante,
en que, convulsa, te disuelva el beso
de un rayo tornasol y fulgurante.

José A. FERRATÉ ACOSTA.

¡Bendito amor!...

Bendito amor, bendito hermano bueno
que has sembrado de rosas mi camino
y el corazón del triste peregrino
de un puñado de sol, claro y sereno.

Bendito seas amor, porque en tu seno
llevas oculto el bálsamo divino
que anula las aristas del destino,
elevando el espíritu del cieno,

Bendito seas amor, fuente sagrada
que alivias al viajero la jornada
y llenas de optimismo las ideas.

Por ti canto a la vida...
... Bueno y suave,
su recuerdo ha venido, como un ave,
a repetir: "Amor, bendito seas..."

Martín OLEGARIO SALDÍAS.

Si la vieras, madre...

Madre, si la vieras
no dirías eso,
que tanto me apena
que hasta lloro y siento
yo no sé que angustias
de mirar al cielo...
que me hiere tanto
como un puñal fiero,
que me parte el alma,
que me parte el pecho;
porque eso es mentira,
porque es todo incierto,
porque el que lo diga...
Madre, no me atrevo;
basta que tú sepas
que cuando lo pienso
siento que me ahoga
un nudo en el cuello,
siento que me oprimen
dos garras de hierro
como dos tenazas
que fueran de hielo,
y cunde un espasmo
por todo mi cuerpo,
que tiembla como una
gran bandera, al viento...
Madre si la vieras
no dirías eso.

¡QUÉ LASTIMA!



—¿Por qué estás preocupada?
—Porque Teresita me ha contado un secreto que no te puedo decir...
—¿Por qué?
—Porque se me ha olvidado.

Escúchame: tiene
dos ojos muy negros,
dos ojos que son
trocitos del cielo;
ojos soñadores
de beatitud llenos,
que llevan en sí
un trágico sello
de melancolía,
de dolor y ensueño;
ojos que fulguran
sobre el terciopelo
de sus dos ojeras,
como en mar sereno
la luna. Por eso,
Madre, estoy seguro
que si te miraran
no dirías eso,
que si tú le vieras
los labios bermejos
suaves como el alba,
como el alba frescos;
que si tú le vieras
Madre, los cabellos,
y las manos tibias
y los finos dedos
y la casta frente
y su pie hechicero:
Madre mía, entonces
no dirías eso,
que tanto me hiere
porque yo la quiero,
porque eso es mentira,
porque es todo incierto,
porque el que lo diga...
Madre, no me atrevo;
basta que tú sepas
que si vivo y sueño
por ella, también
por ella me muero...

Emilio Germán ANDRICH.

¡Te he buscado tanto!...

(Para "Fray Mocho").

Te he buscado mucho:
a través de selvas,
a través de valles,
por muchas veredas,
algunas tortuosas
algunas derechas;
en la luz brillante
y entre las tinieblas;
donde hay alegrías
y donde hay tristezas;
¡te he buscado tanto...!
¡ah!, si tú supieras
que, por ti, he corrido,
descalza, la tierra,
preguntando a todos,
hasta las estrellas,
si habías pasado,
si ya estabas cerca...

Te he buscado mucho;
a tontas y a ciegas
tomé para hablarte,
diferentes sendas,
y en lugar de puentes
encontré barreras...

¡Te he buscado tanto...!
criatura enferma,
marché, muchos años,
buscando la hierba
que pudo salvarme,
por toda la tierra...
¡¡Y estaba a mi alcance,
crecía en mi huerta!!

María Alicia DOMÍNGUEZ.

La fugaz impulsión

Sonámbulo del sueño que mantiene,
mi débil adhesión a la existencia,
me guiaba la diestra subconciencia,
entre la ola de gente que va y viene.

Mas, de pronto, mi paso se contiene,
y mi mirada vuelta de su ausencia,
admira la gentil magnificencia,
de otra que en ella su fulgor detiene.

Rápido impulso de un corazón pleno
de sangre juvenil, llevóme a ella,
mas llegado, trabó a mi lengua el freno

de una enseñanza que me ha dado el mundo;
y volví sin hablar hacia mi huella,
a sumirme en un sueño más profundo.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

FRAY MOCHO
SE PUBLICA LOS MARTES
Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . „ „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

PARA LA GENTE DE CAMPO

AJENJO

(Planta cultivada por sus flores y hojas)

Origen. — El ajenjo es planta vivaz, conocida desde los tiempos antiguos, propagada en Europa y en varios países de ambos hemisferios.

Vegetación. — Tiene tallos herbáceos, cilíndricos, acanalados, blanquizcos grisáceos, ramificados; hojas alternas, pecioladas, grisáceas, con lóbulos anchos, cubiertos de pelos; flores en capítulo formando panojas; la semilla es un aquenio pequeño, obovado, glabro; las extremidades florales tienen sabor aromático y amargo.

Hay varias especies, siendo las principales la mencionada que es la grande y la común que es la ''Artemisia vulgaris'' L.

Clima. — Clima templado y templado-cálido.

Terreno. — Profundo, arcillo-calcáreo, en general en los de composición mediana, más bien secos, profundos; las lomas en suelo permeable, aunque pedregoso son favorables.

Reproducción. — Por semilla, sembrándola superficialmente en lugar definitivo, en tierra fina, en líneas al voleo, y en almácigos para transplantar.

Por división de las matas, colocándolas a 0.60-0.80 m. de distancia entre las líneas y a 0.40-0.50 m. sobre las líneas.

Cuidados. — Los mismos que se aplican a la manzanilla: destrucción de las hierbas extrañas, carpidas, riegos, son indispensables.

Recolección. — Se cortan las ramas florecidas, con tijera, podadera u hoz; se hacen atados de 15-20; se obtienen de 20 a 25.000 kilos por hectárea al año. El producto seco varía de 2.000 a 5.000 kilos.

Propiedades. — La esencia es tónica, estomática, febrífuga, vermífuga, estimulante, emenagoga.

Aplicaciones. — El principal objeto de su cultivo al presente, es la extracción del aceite volátil que contiene. La destilación se hace al estado fresco, por el vapor. Se obtiene de 40 a 50 kilos de aceite por hectárea.

Cuando hay que preparar las hojas y las extremidades florales para el mercado, después de desecadas las plantas a la sombra sin emplear el calor artificial, se separan de los tallos a mano.

Porvenir. — Se puede cultivar en la región central y en la región septentrional sobre vastas superficies, si la demanda lo exige, lo que no es probable que suceda, en vista de las legislaciones cada vez más restrictivas contra el uso del ajenjo que absorbe la mayor parte del aceite que se extrae de esta planta.

Se ha incluído en estas notas por su aplicación medicinal y por ser planta conocida, de fácil cultivo, que resultaría extraño no mencionar.

GERANIO

(Planta cultivada por sus hojas)

Origen. — Del sud de Africa (Cabo de Buena Esperanza). Introducido en Europa hacia 1690 y propagado después en todo el mundo. Se cultiva en grande escala en los alrededores de Grasse, en Francia, en Argelia y otros países, para la extracción del aceite esencial que contiene las hojas.

Vegetación. — El geranio oloroso o palma rosa es planta vivaz, con tallo erecto, de un metro y más de alto, pero cuando se cultiva con fines industriales, como se corta varias veces al año, se desarrolla bajo forma de mata, emitiendo retoños de 50 a 70 centímetros al primer corte y la mitad en los siguientes; las hojas son alternas, pecioladas, cordiformes, divididas en 5-7 lóbulos principales, subdivididos en varios secundarios, con nervaduras aparentes; los varios órganos, especialmente cuando son tiernos, están cubiertos por un vello constituído por numerosos pelos; la inflorescencia es opuesta a la hoja, pedunculada, en umbela, constituída por flores simples de color rosado; las semillas a menudo no son fértiles, lo que se atribuye a varias causas, entre otras a la multiplicación por estacas que es la más usual.

En Argelia la especie típica es designada ''Pelargonium graveolens'' Ait. o ''P. therebinthinaceum'' Cav.; se considera ''P. roseum'' y ''P. capitatum'' como híbridos y según algunos autores, como sinónimos.

Clima. — Templado-cálido; sufre a temperaturas inferiores a + 2° y + 3°, siendo mejor que no baje de + 5°; conviene que se halle al abrigo de los vientos fuertes y fríos; las lluvias no deben ser copiosas, siendo suficientes una media de 700 mm. y menos, bien repartidas. En la región septentrional y en la parte central de nuestro país hay localidades adecuadas.

Terrenos. — Más bien suelto, arenoso-arcilloso; los aluviones de esta composición son muy adecuados, teniendo frescura sin humedad excesiva, y profundidad; es fácil labrarlos.

La preparación debe ser esmerada; ejecutar araduras profundas y rastrear para formar una capa de tierra muelle en la superficie.

Reproducción. — El método generalmente empleado es por taleas, que se preparan al principio de la primavera, eligiéndolas sobre plantas bien desarrolladas, vigorosas, antes de la formación de los botones florales. Conviene plantarlas en seguida, el mismo día de su preparación; se suelen colocar en viveros, para plantarlas en lugar definitivo al otoño siguiente o en la primavera, según el clima. Se pueden plantar las estacas directamente, lo que depende del clima, de las condiciones meteorológicas generales de la localidad.

Plantación. — Se planta a un metro en todos sentidos; más a menudo de 0.60 a 1 metro entre las hileras y de 25 a 50 centímetros entre las plantas sobre las hileras.

Cuidados. — Debe conservarse la tierra de la superficie muelle por medio de carpidas; no hay que dejar que se desarrollen hierbas, especialmente invasoras; se aplicarán los riegos necesarios, cuando se dispone de agua y el clima es seco; se abonará en los terrenos pobres. Hay que impedir que los insectos se reproduzcan y que se propaguen enfermedades criptogámicas.

Recolección. — Se comienza a cortar los tallos cuando aparecen las primeras flores, lo que depende del clima de la localidad; se cortan con hoz, podadera o con tijeras fuertes; según el desarrollo de los tallos y según el terreno y la latitud se efectúan dos o tres cortes al año, raras veces más. En algunas explotaciones se cosechan solamente las hojas, pero en general se cortan los tallos enteros.

El aceite esencial está localizado en las hojas. Hay que proceder con esmero para no lesionar o machucar los tallos y las hojas, para evitar que se mezclen partículas de tierra u otras impurezas. Es mejor cortar algunos días después de una lluvia y con preferencia después de mediodía, que por la mañana temprano. Los tallos se reunen en manojos que se atan o se colocan en grandes canastos que se cargan sobre carros y se llevan directamente al alambique, antes que se manifieste un principio de fermentación.

Rinde. — Se obtienen de 10-20 a 40.000 kilos de hojas por hectárea.

Extracción de la esencia. — Se obtiene por destilación al vapor de agua en alambiques. Las hojas, que son los órganos que contienen la mayor cantidad, dan 1 % a veces hasta 1½ %. En Argelia se calcula que se obtienen de 20 a 30 kilos de esencia por hectárea, por año: de 1 a 2.50 % al primer corte, de 1.8 a 2 % al segundo corte y 0.62-0.66 al tercero.

La esencia de geranio es incolora; tiene aroma muy delicado. La densidad es de 0.890 a 0.906 a + 15°.

Aplicación. — La esencia de geranio es muy empleada para la fabricación de perfumes y de jabones.

Falsificaciones. — Se falsifica con aceites grasos de coco, copaiba, de gurjum, de trementina. A veces se falsifica con la esencia de geranio de la India que se extrae de una gramínea (''Andropogon Schoeranthus Thunb'').

Porvenir. — El cultivo del geranio oloroso para esencia puede efectuarse sin dificultad en la región septentrional y en la mitad norte de la región central de la República Argentina, en las situaciones al abrigo de los vientos, con lluvias moderadas de 600 a 800 milímetros al año o en terrenos que se puedan regar, donde la temperatura no baje de + 2 grados en invierno y las heladas no son de temer por su intensidad.

En las provincias del N. O. y del Norte, en Santa Fe, Corrientes y Entre Ríos, en el norte de Buenos Aires se hallan situaciones adecuadas y probablemente en otras partes también.

El cultivo es fácil y la recolección de los tallos y de las hojas no presenta dificultades; la extracción de la esencia se hace en los alambiques comunes que han sido ya descriptos. La esencia de geranio tiene demanda segura y es susceptible de aumento considerable. Escasea en general la mano de obra cuidadosa y dúctil que tan grande influencia ejerce sobre el éxito de este y otros cultivos de la misma naturaleza. No tengo conocimiento de la existencia en el país de explotaciones de carácter industrial para la extracción de la esencia del geranio o palma de rosa como se designa vulgarmente.

Las siete maravillas de los Estados Unidos

Las siete maravillas de los Estados Unidos, ¿cuáles son? Esta pregunta se le ha hecho a veintitrés hombres eminentes de dicho país. Sus contestaciones son muy variadas:

El doctor Charles D. Walcot, famoso geólogo (geólogo al cabo) da parajes geográficos: el Valle Yosemita, el Canal de Panamá, etc., como las primeras maravillas del país.

Walter Dill Scott, presidente de la Universidad de Norhwestern, da la Constitución de los Estados Unidos, la declaración de la Independencia, el sistema educacional del país, etc. (educador al cabo).

Frederick Stuart Berene, superintendente de Obras Públicas, da el sistema de provisión de agua para Nueva York, el sistema ferroviario de transportes, el puente suspendido de Manhattan, etc. (arquitecto al cabo).

Herbert S. Philbrick, profesor de mecánica, da el teléfono, la máquina de gas, el freno de aire automático, etcétera (mecánico al cabo).

Henry Grew, físico eminente, da el descubrimiento de las leyes del equilibrio de substancias heterogéneas, el método para medir las cargas electrónicas, etc. (físico al fin).

Henry Fairfield Osborn, naturalista, da los árboles gigantescos de California, los fósiles vertebrados del Museo Nacional, etc. (naturalista al cabo).

Lorado Taft, escultor, da la estatua de Lincoln por Saint Gauden, el cuadro "Profetas" por Sargent, etc. (artista al cabo).

W. Lee Lewis, da la aplicación del cloroformo a la anestesia, el descubrimiento de la adrenalina, etc. (químico al cabo).

Stephen T. Malther, director del servicio de Parques Nacionales, da el Parque nacional de Yellowstone, las Cataratas del Niágara, etc. (director de parques al cabo).

Y todo sigue por el estilo. Cada uno escoge las primeras maravillas del país, dentro del ramo en el cual se especializa.

Tomando en su conjunto el pueblo norteamericano, puede decirse que no hay aquí cultura general especializada. Cada uno entiende mucho acerca de alguna cosa y nada acerca de las demás. El químico no sabe sino química, el fabricante de jabones no sabe sino de jabones. Esto queda en cierta manera comprobado con la elección de las siete primeras maravillas de los Estados Unidos hecha por veintitrés de los especialistas más eminentes de este país. Cada uno miraba sólo en su propio dominio.

William Hodge fué el único de los interrogados que contestó, que aparentemente se sale de este marco. Dijo que las siete maravillas nacionales eran: su madre, su esposa, su hija Genevieve, su hija Martha, su hijo William, su hacienda y su perro.

Por lo menos, he ahí una contestación que hace reir. ¿Cuál cree usted que sea la profesión de William Hodge? Actor cómico. Como se ve, tampoco se salió de su especialidad.

Si le preguntaran a un obrero especialista en hacer tuercas, cuáles son las maravillas de los Estados Unidos, diría: la cabeza de una tuerca, la punta de la tuerca, etc. Pero no se saldría de la tuerca.

Nelson YAÑES.

Nueva York, 1924.

EL TEATRO — CRÍTICA-GLOSAS -HUMORISMO-

"VÍA CRUCIS", DE ANÍBAL RUIZ HUIDOBRO, EN EL SMART

Al anunciar en el número anterior el estreno de "Vía crucis" decíamos que las referencias eran buenas, pero eran malos los presentimientos. Pues, bien, después de vista la obra nos quedamos con los presentimientos. Pertenece este trabajo a ese género de productos que como la muerte y la cebolla están destinados a hacer llorar cuando se las mira de cerca. Podría hacerse una trilogía con "Alma doliente", "Con las alas rotas" y "Vía crucis", que constituiría la epopeya de las lágrimas de nuestro teatro nacional. La última no es fácilmente superable en ese terreno y desearíamos que ella pusiera un broche definitivo que cerrara para siempre el ciclo folletinesco con que se viene acongojando a nuestro público y fomentando el histerismo sensiblero de esas pobres chicas que toman en serio el calamitoso destino de ciertos personajes teatrales, nacidos en la trágica cuna de una imaginación inquisitorial, atavismo de tiempos que conviene alejar cuanto antes y lo más posible. No es materia fácil referir el argumento de este drama, llamémoslo así, puesto que el de melodrama aún le quedaría chico para expresar toda la enjundia nefasta que contiene. Hay que ver la pieza y dejar correr el raudal de lágrimas que provoca, para comprender hasta qué extremos la desgracia en la vida y el mal gusto literario, pueden amontonar situaciones de angustias, a despecho de la lógica, de la moral y del Cuerpo de Bomberos voluntarios de la Boca. La salida del público, que nosotros presenciamos a través de una cortina de lágrimas, nos dió la evidencia de que lo que se dice respecto a la materialidad de los corazones en esta ciudad y de la empedernida dureza de nuestras almas, es un cuento tártaro o un sainete de Vaccarezza. No, señores. En Buenos Aires se llora más que en ninguna parte del mundo. Cualquier otro público, no habría podido derramar más abundantes lágrimas que el que presenció el estreno de "Vía crucis". Cada espectador parecía un protagonista. Cada platea, era una lacrimosa rada. Con todas las lágrimas vertidas esa noche podría inundarse el mundo. Blanca Podestá. lloró como todos. Cuando se pidió al final, entre sollozos, la salida del autor, se nos dijo que unos días antes había partido para Europa. Ha hecho bien el señor Ruiz Huidobro. Ha hecho bien y ha demostrado que él también tiene su corazoncito. Sin duda se ha ido a Europa para consolarse. Celebraremos que se consuele pronto y que no vuelva por mucho tiempo a la escena nacional.

"LOS HIJOS DE COLONIA", DE CARLOS SCHAEFER GALLO Y E. O'DONELL, EN EL MAIPO.

Parece que se despierta entre nuestros autores la afición por el vodevil, a juzgar por el número de piezas de este género estrenadas durante la actual temporada. El hecho hay que registrarlo como una favorable evolución de nuestro teatro hacia formas más complejas y superiores que el fácil sainete o la comedia disparatada, que parecían hasta ahora disfrutar el privilegio de la producción, por no decir el monopolio, ya que de vez en cuando se hacían tentativas más o menos afortunadas de piezas serias y bien orientadas. El vodevil requiere una detenida gimnasia mental, muy provechosa, porque obliga a la meditación y a los juegos de ingenio sobre pista más sólida que la que ofrecen los líos de conventillo o de garçonnière. Disciplinada la mente en este trabajo, se prepara el terreno para el advenimiento de la comedia en sus múltiples formas, pero siempre con más enjundia y más amplitud que el resobado ambiente de una clase media completamente y vulgar y ficticia casi siempre. En este sentido, la temporada actual es auspiciosa, siendo de notar también la frecuencia con que ocupan el cartel de los teatros nacionales piezas del teatro extranjero, traducidas o adaptadas, lo que viene a formar en el público un gusto o una inclinación por esas formas de arte, que va permitiendo su generalización.

"Los hijos de Colonia" es un vodevil de no mucha complicación, pero que está llevado con habilidad, ofreciendo escenas de gracioso enredo, por medio de los recursos usuales en piezas de esta índole. Sobre todo el final del primer acto está muy bien trazado y despierta la hilaridad general por la fuerza misma de la situación. Los elementos de la compañía Dealessi-Morganti se desempeñaron a satisfacción, destacándose las dos primeras figuras y especialmente la Dealessi, que dió a su rol una gran eficacia cómica.

PRESENTACIÓN DE LA COMPAÑÍA RIVERA-DE ROSAS

Ante una sala "au grans complet" reapareció el conjunto Rivera-De Rosas en el Marconi, con "La mala reputación" de José González Castillo y José Mazzanti. Si no nos es adúltera la memoria, esta pieza fué estrenada hace cuatro años y en aquella oportunidad le dedicamos un amplio comentario. Parece que ella ha sido el caballito de batalla de la compañía en su jira por España, donde ha sido muy aplaudida. Hemos encontrado a De Rosas, en la escena, tan buen actor como cuando se fué. Seguro y sobrio, desempeñó su papel con talento y eficacia. La señora Rivera, muy acertada en el suyo, demostró una vez más su excelente temperamento artístico. Los demás elementos del ponderado elenco, cumplió satisfactoriamente su cometido. El público tuvo para todos aplausos entusiastas que era como el premio a la labor meritoria de esta compañía que ha llevado fuera del país una nota de cultura artística y de honesta labor.

CASAUX EN LA BUENA

Ha vuelto Casaux a los buenos tiempos de teatro lleno, cuando el actor trabaja con todo entusiasmo, poniendo en su labor ese esfuerzo de facultades que desalienta una sala poco nutrida. La cuesta de julio, preocupación de toda compañía teatral, será tramontada por Casaux en este mal año, con toda holgura y aún parece que no será indispensable la renovación del cartel, porque "El movimiento continuo" ha reaparecido con apariencias de estreno. Cierto es que el papel de catalán que tiene a su cargo en esta obra el gran actor, es una de sus más felices creaciones. Por otra parte, la obra es entretenida y graciosa, lo que justifica que en este tiempo transcurrido desde su estreno, no haya envejecido. ¡Ay, por qué no nos pasará a todos lo mismo!

BORRÁS

En estos días pondrá fin a su temporada en el Avenida, el gran actor español Enrique Borrás. Su labor ha sido profícua y altamente artística, poniendo de relieve nuevamente sus altas dotes, que ya eran conocidas de nuestro público. Con "Tierra baja", "El místico" y "Los semidioses" alcanzó Borrás sus más clamorosos éxitos, porque en ellos tiene oportunidad de dar a su genio dramático amplia expansión. El repertorio que nos ha presentado, desde "El alcalde de Zalamea" hasta "Alfilerazos", ha sido sumamente interesante, con excepción de dos piezas en verso "La seca" y "Los villanos de Olmedo", que no debió representar por sus escasos méritos. Hubiese sido de desear que el gran actor hubiese estrenado alguna producción nacional, la que le hubiese servido luego para llevar a España una interesante nota de teatro argentino, favoreciendo así el intercambio artístico que viene acrecentándose día a día. En suma, una brillante temporada, que es de desear se repita en breve.

UNA FIJA

"Cristóbal Colón en la Facultad de Medicina" continúa en el cartel del Argentino. Esta pieza nos resulta una verdadera fija, porque no hay quien la saque de allí.

ESTRENO

En el número próximo nos ocuparemos de "Para las sierras, el señor Perandones", pieza en tres actos de Labiche y Martín, traducida por Julio F. Escobar, que ha debido de estrenarse en estos días en el Liceo por la compañía de Luis Arata.

OTRO ESTRENO

Otro tanto haremos con la pieza "Lo que la mujer quiere", de Rey y Savoir, traducción de Armando Mook, estrenada en el Odeón por la compañía de Camila Quiroga.

TODAVÍA OTRA MÁS

La cosa será en el Sarmiento. El autor es A. Rodríguez Bustamante. Lo que venga se titula "El valet de corazón". La compañía es la de ambos Ratti. Pronóstico reservado.

LA REVISTA FRUCTÍCOLA DEL BUENOS AIRES

Gusta mucho la revista "No tengo bananas", recientemente estrenada en el Buenos Aires. Muiño y Alippi han realizado un ponderable esfuerzo en la presentación de la obra, no omitiendo detalle por costoso que resultare.

El público ha sabido premiar ese esfuerzo y la sala del Buenos Aires se ve abundantemente poblada en las secciones donde se representa "No tengo bananas".

Se anuncia como primera novedad para ocupar la sección de las 22, el sainete de Vaccarezza, "Chacarita".

No obstante su título, creemos que no se tratará de una pieza fúnebre, teniendo en cuenta los antecedentes del autor.

NACIONAL

En el feudo de Carcavallo las cosas marchan como sobre rieles. Al éxito de público logrado con el sainete "Se casa el negro Rancagua", hay que agregar las perpectivas que ofrece el romance de Martínez Payva y Yamandú Rodríguez, "La lanza rota", que ha debido estrenarse en estos últimos días y en el que confiaba la compañía en forma tal que descontaba el suceso. Esperamos informar en el próximo número.

FUÉ ESTRENADO "LAS QUINIELAS"

La compañía de los hermanos Simari puso en escena esta nueva pieza del popular sainetero don Alberto Vaccarezza, autor cuyos estrenos son esperados con verdadero interés por el público adictó. Pero el mismo público que no cena por no perder la escena primera de los nuevos sainetes del autor de "Tu cuna fué un conventillo", reconoce que lo nuevo que va a ver le resulta viejo, pues Vaccarezza, fiel a su fórmula, reedita los tipos, crea situaciones que él mismo ya usó y, en fin, pone en juego su habilidad para presentar el mismo baile con distinta sotana.

Como el público es un niño grande que le gusta ser engañado, se ríe de lo mismo que rió anteriormente y aplaude con renovado entusiasmo al final, como si en realidad estuviera satisfecho.

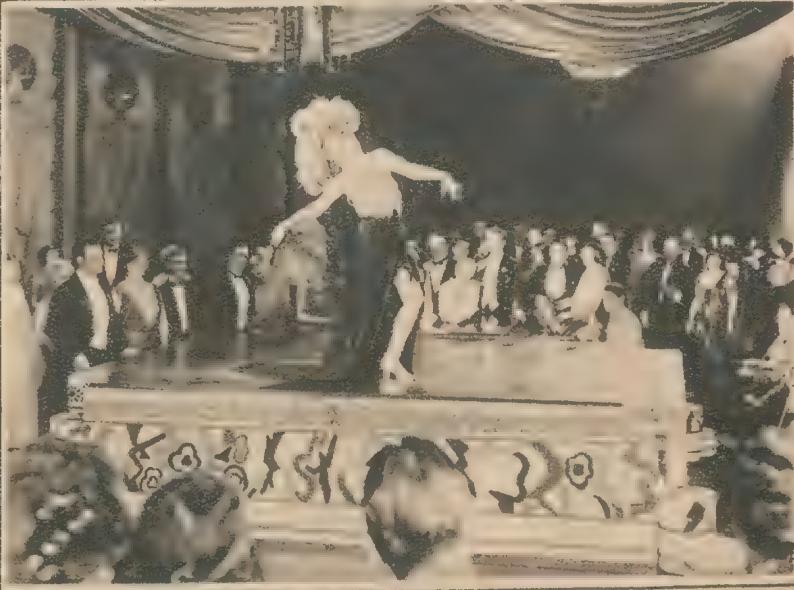
"Las quinielas" gustó como todo lo que escribe Vaccarezza y la compañía Simari la interpretó con agilidad.



Actualidad Cinematográfica



Mae Busch en una escena de ''¿Quién es él?'', la primera película Goldwyns que dará a conocer la Corporación Argentino Americana de Films, interpretada por dicha artista, Conrad Nagel, Aileen Pringle, Patsy Ruth Miller y Hobart Woshworth.



Bonito pasaje de ''Aquello que Dios unió...'', cinedrama Vitagraph interpretado por Paulina Frederick, Lou Tellegen y Mauricio Costello, que estrenará el sábado próximo la New York Film Exchange.



El divertido Johnny Hines y la bonita Doris May son los intérpretes de la cinecomedia ''El motorman 1492'', que en su programa Ajuria dió a conocer el viernes último la Sociedad General.



Charles Jones con Maurice Flynn y la bella Ruth Clifford, son los protagonistas de ''El último soplo'' cinedrama que la Fox Film estrenará el jueves próximo.



Escena de ''El jorobado de Notre Dame de París'', la espectaculosa superproducción que la Universal empieza a distribuir con gran éxito.



Escena de ''Jazz-manía'' producción Metro que distribuye Max Glücksmann [illegible] miércoles último, y donde se luce la [illegible] estrella Mae Murray.



La bellísima Patsy Ruth Miller en el sentimental personaje de la gitana Esmeralda, de ''El jorobado de Notre Dame de París''.

Teatros y Conciertos



El famoso tenor Giovanni Martinelli, que en el Metropolitán de Nueva York acaba de cantar cerca de treinta [illegible]



El maestro Ernesto Ansermet, director de la magnífica orquesta de la Asociación del Profesorado Orquestal, que con todo éxito y [illegible] de la crítica ha iniciado una serie de conciertos



Osvaldo Laplacette, joven actor de la compañía Parravicini



Mary [illegible] en [illegible] recientemente estrenado en el Victoria

DE SANTA FE



Cabecera del banquete con que fué obsequiado D. Héctor S. López, con motivo de su designación de vicepresidente 1.º de la Cámara de Diputados, de la legislatura santafesina.

ECOS DE UNA CACERÍA



TUCUMAN — [illegible] organizada en el dique "El aguadita" y a la cual asistió el general [illegible] y un grupo de amigos y [illegible] de la división.

Del presidio de Sierra Chica



José. E. Sarredi, vicedirector del presidio de Sierra Chica, y Enrique Dumont, auxiliar del mismo establecimiento, jubilados con 33 años de servicios



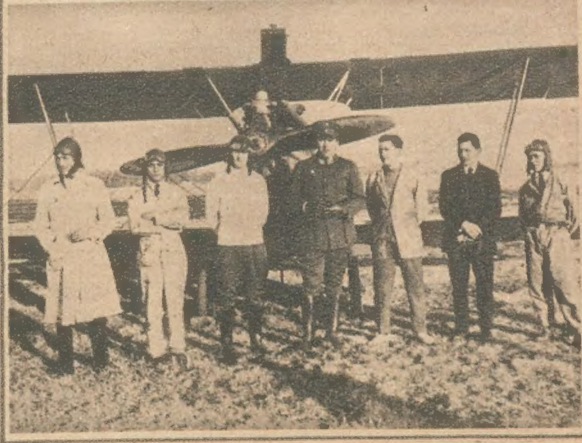
FRAY MOCHO EN TVCVMAN



Los aviadores, sargentos Farías y Fernández Arcay, el alumno salteño ingeniero Silvester y el mecánico Venturini, antes de partir el primero con dirección a Salta, piloteando al "Güemes".



El diputado nacional, señor Solano Peña, y el juez de instrucción, doctor Sandoval, que se la pelean con un "gato", en el aeródromo Teniente Matienzo.



Los aviadores sargentos Fernández Arcay y M. Farías, del servicio aéreo del ejército con los alumnos que cursan estudios de aviación.



Concurrentes a la comida ofrecida por el "negro Posse", presidente del Aero Club, a un grupo de amigos, después de los ejercicios de acrobacia aérea realizados por el piloto Fernández Arcay.



El aviador, sargento Fernández Arcay, y nuestro corresponsal, señor Luis Alfredo Posse, al descender de un vuelo sobre el Aconquija, Tafí Viejo, Muñeca y Tucumán.



El director del diario "La Nota", de Tucumán, señor Raúl Castro Videla, preso en la casa de gobierno por orden del senado, a raíz de una campaña periodística contra algunos legisladores.



Teams de los jugadores de football ferroviarios, chilenos y argentinos, que en un match internacional, recientemente jugado, empataron el partido marcando 3 a 3 goals.



Componentes del Club Ferroviario Chileno, durante la visita que realizaron a la Casa Histórica, donde colocaron una placa conmemorativa.

Fots. Luis Alfredo Posse.



DE LOS TERRITORIOS NACIONALES



GENERAL PICO (Pampa). — Primera división del Argentino Football Club, que disputó un match con una primera división del Atlético Club, de América, F. C. O., venciendo por 1 a 0 goals.



La concurrencia femenina llegando al lugar donde se realizó el partido entre Argentino Football Club y Atlético Club, de América.



Señora y señoritas de Panero llegando a la cancha de Argentino Football Club.



Otras tres conocidas señoritas, que se dirigen al campo de deportes a presenciar el partido



MIGUEL CANÉ. — Grupo de señoritas durante un intervalo del baile realizado en el "Salón Bilbao", festejando un acontecimiento familiar.



NEUQUÉN. — Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido al gobernador del territorio, teniente coronel Denis, por la comisión que auspicia la reelección del mencionado mandatario, para el mismo cargo.

Fots. Quiroga y Ligalupi.

DE SANTA CRUZ DE TENERIFE (ESPAÑA)



El embajador de España en la República Argentina, marqués de Amposta, formando grupo con el gobernador civil, el alcalde, otras autoridades locales, y el cónsul de la Argentina, en Santa Cruz de Tenerife (Canarias), a su paso por dicha isla, con rumbo a nuestro país.



El marqués de Amposta con el gobernador civil de Canarias, el alcalde de Santa Cruz de Tenerife y el cónsul de la Argentina, señor C. Martínez Deniz, al llegar al Ayuntamiento de dicha Capital, donde se le ofreció una copa de champagne, después de una jira a la Orotava.

Fots. Adalberto Benítez.



NEUQUÉN, la capital del territorio del mismo nombre



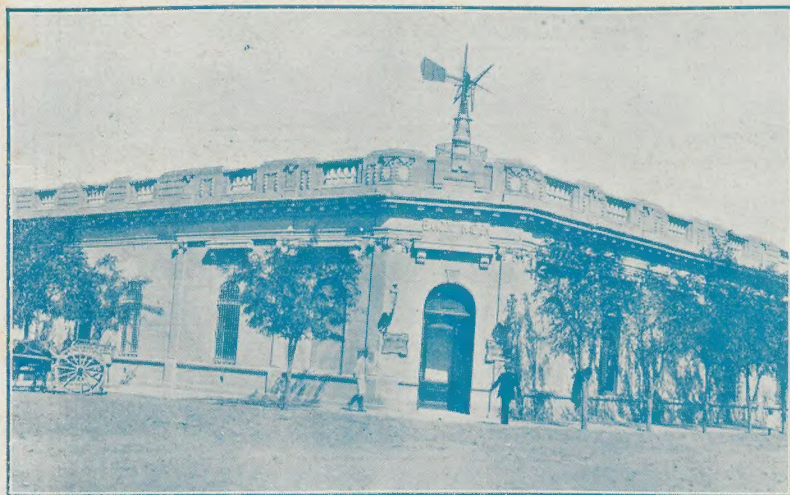
El edificio de la escuela primaria.



La casa de la gobernación del territorio y una pirámide conmemorativa... que nunca se termina.



La iglesia local.



Edificio de la sucursal del Banco de la Nación Argentina.



El puente del Ferrocarril Sud, sobre el río Neuquén, en la línea de Chile a Zapala.



El automóvil que hace el servicio entre Bariloche y Neuquén, atravesando, sobre balsa, el río Limay.

Fots. Juan Carlos Dantiacq.

Cía. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires